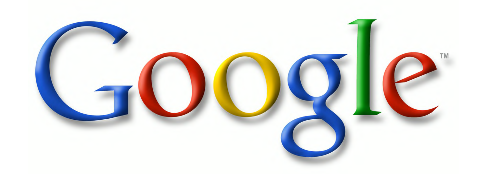
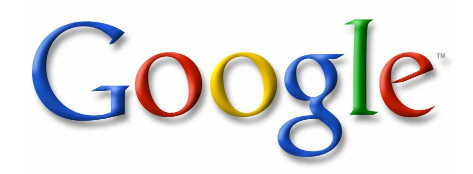
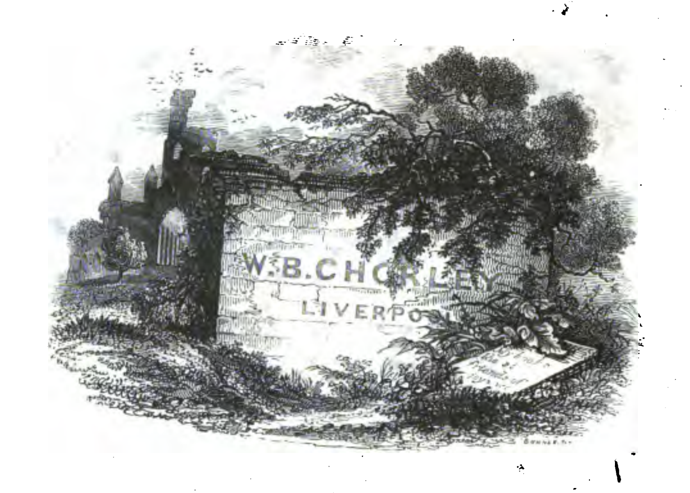





NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586546 3


W.B.CHORLEY
LIVERPO



THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO V.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

DE FUERA VENDRÁ, QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

MALDONADO.

¿Qué Lisardo?

CHICHON.

El que nos echa
á todos de nuestra casa,
siendo el que vino de fuera. Jorn.III.

ARGUMENTO.

El Capitan Lisardo, venido de Flandes á Madrid con carta de favor del Capitan Maldonado para su hermana Doña Cecilia, viuda en Madrid, enamorado de Doña Francisca, sobrina de aquella, é informado de lo mucho, que la zelaba, trata el modo de lograr su amor con el Alferez Aguirre, quien imitando los caracteres de la carta, forma otra en términos, que obliga á Doña Cecilia á hospedarlos en su casa.

La tia, que con anhelo deseaba segundas nupcias, al paso que estrechaba á su sobrina, encontró una noche á esta con Lisardo en su retrete, tan de improviso, que para disculparse, no le ocurrió otro arbitrio, que el suponer, habia ido, á buscarla por medianera para que la expresase el amor, que á ella la tenia; gozosa la tia quiso disponer, que dentro del dia siguiente quedase efectuado su consorcio á qualquiera costa. En este apuro Lisardo finge (entre otras cosas) ser hijo del Capitan Maldonado, y por lo tanto no poder ser su esposo; pero mas encendida la viuda ape-

la á la dispensa; á lo que hubo de convenirse Lisardo, para dar largas; determinado á negociar entretanto su casamiento con Doña Francisca.

En tal estado llega á Madrid el Capitan Maldonado; dexan los dos la casa; pero informado aquel de la ficcion, los busca, halla y quiere llevar desafiados. Lisardo disculpa su hierro con el amor, se allana á casar con Doña Francisca, y se convienen; efectuandose por ultimo esta boda, y la de Doña Cecilia con el Licenciado Celedon, uno de los que la galanteaban, y de quien era rival Don Martin Herrera, sirviendo la extravagancia de estos dos personages, de dar notable gracia á esta Comedia.





PERSONAS.

LISARDO, *Capitan.*

AGUIRRE, *Alferez.*

MALDONADO, *Capitan.*

DOÑA CECILIA *su hermana, viuda.*

DOÑA FRANCISCA, *su sobrina.*

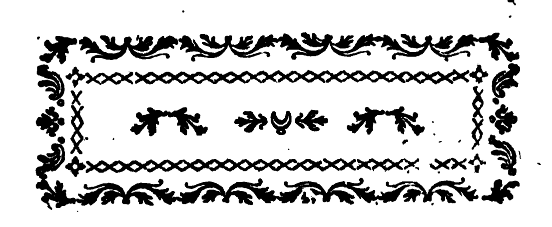
DON MARTIN DE HERRERA.

EL LICENCIADO CELEDON.

YAÑEZ, *Vejete.*

CHICHON, *Gracioso.*

MARGARITA, *Criada.*



DE FUERA VENDRÁ, QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

JORNADA PRIMERA.

Sale Lisardo y Aguirre, rompiendo unos naypes.

AGUIRRE.

O maldita sea el alma, que os consiente,
ruina de la paciencia y del dinero;
en atomos al ayre echaros quiero.

LISARDO.

¡Aguirre, Alferez, vos tan impaciente!

AGUIRRE.

¡Lisardo, Capitan, esto os espanta,
tras de verme perder con furia tanta
hoy doscientos escudos con un page,
que no los tubo todo su linage,
y me ganó en dos suertes el sarnoso,
lo que yo gané en Flandes á balazos!
Por vida del demonio:::

LISARDO.

Estais furioso.
Con eso habreis salido de embarazos;
que vos hasta perderlo, no hay teneros;
porque sois insufrible con dineros.
Con eso estais en paz.

AGUIRRE.

¿Y la piñata
con qué se ha de poner?

LISARDO.

¿Qué? No os de pena;
que ahun tengo una cadena.

AGUIRRE.

¡Una cadena,
ahunque fuera mayor, que una reata!
Pues tiene en ella vuestro amor ¡Macías,
para que vos enamoreis dos dias!

LISARDO.

¿Tanto es, Aguirre, lo que yo enamoro?

AGUIRRE.

Vos, ahunque sus cadenas fueran de oro,
y las damas pagarades á quatro,
con las del Escorial no teneis harto.

LISARDO.

¿Y vos no enamorais?

AUGIRRE.

Yo, hermano mio,
no enamoro Princesas. Mi terrero
hago en tiendas, plazuelas ó en el rio,
donde hallo proporcion á mi dinero;
porque la mas hermosa y entonada,
no pide mas, que aloja y limonada.
Vos hablais damas de tan alta esfera,
que la tercer palabra es la pollera.
Si por hombre de manos sois tenido,
en dar pollera, sois poco entendido;
y, que arriesgais el crédito, no dudo,
porque pareceis pollo, siendo crudo.

LISARDO.

Eso, Aguirre, es culpar la bizarria.

AGUIRRE.

¿Bizarria llamais la boberia,
de desnudaros vos, por darlas trage?

LISARDO.

¿Y es mas cordura, que os lo gane el
page?

AGUIRRE.

Dexadme; que os confieso,
que, si me acuerdo de eso,
me lleva el diablo en calzas y zapatos,
de ver, que me ganase un lame platos.

LISARDO.

Para ganar, no es menester sujeto.

AGUIRRE.

¡Que no teman las pintas un coleto!
Mas vienen juntas quince, ó diez y siete,
que perderán el miedo á un coselete.

LISARDO.

Ea, no os aflijais; que, quando estemos
sin dinero, á la carta apelaremos,
que nos dió el Capitan Luis Maldonado
en Flandes, donde vengo encomendado
á su hermana, riquisima viuda,
que aqui en Madrid está, y siempre que acuda,
me dará, quanto fuere yo, á pedirla.

AGUIRRE.

Pesia mi vida, vamos; á envestirla.

LISARDO.

Eso ha de ser, al vernos apretados.

AGUIRRE.

¿Pues qué mas, si á Madrid recien llegados
el page nos lamió la fadriquera,
mas que si plato de conserva fuera?
Mas al despique apelo;
que yo con estas gradas me consuelo
de San Felipe; donde mi contento
es, ver luego creido, lo que miento.

LISARDO.

¡Qué no sepais salir de aquestas gradas!

AGUIRRE.

Amigo, aqui se ven los camaradas:
estas losas me tienen hechizado;
que en todo el mundo tierra no he encontrado
tan fertil de mentiras.

LISARDO.

¿De qué suerte?

AGUIRRE.

Crecen tan bien aqui, que la mas fuerte,
sembrarla por la noche me sucede,
y á la mañana ya segar se puede.

LISARDO.

De vuestro humor, por Dios, me estoy riyendo.

AGUIRRE.

Por la mañana yo, al irme vistiendo,
pienso una mentirilla de mi mano;
vengo luego, y aqui la siembro en grano,
y crece tanto, que de alli á dos horas
hallo, quien con tal fuerza la prosiga,
que á contarmela vuelve con espiga.
Aqui del Rey, mas saben, que en Palacio;
y el Turco ::: Esto se finje mas despacio;
por que le hacen la armada por Diciembre,
y viene á Hespaña á fines de Septiembre.
Aqui está el Archiduque, mas que en Flandes;
aqui hacen todos Titulos y Grandes.
Ver y oir esto, amigo, es mi deseo,
mi comedia, mi prado y mi paseo;
y aqui solo estoy triste, quando hallo,
quien mienta mas que yo, sin estudiallo.

LISARDO.

Siempre graciosas son vuestras locuras.

AGUIRRE.

Mira: hay aqui de tabla unas figuras,
que, para entrener, basta qualquiera.
Es quotidiano un Don Martin de Herrera,
todo suspiros, ansias y querellas:
solo su tema es, galantear doncellas,
y el segundo papel, que las envia,
es palabra de esposo, y su porfia
es tal, que ahun á una Monja en un Convento,
palabra la dará de casamiento.
Tambien aqui es continuo el Licenciado
Celedon, gran sujeto y gran Letrado,
que fue Alcalde Mayor en San Clemente,
y á todo saca un texto de repente.
Viene aqui á San Phelipe su deseo;
y el Don Martin le ha olido un galantéo,
que tiene aqui con una doncellita,
que la guarda una tia tan maldita,
que la sierpe de Adan fue Angel con ella,
y á quantos dicen algo á la doncella,
se los quiere tragar, y es que se enfada,
de ver, que ella no es la enamorada;

que ahunque es viuda, piensa en su persona,
que Venus fue con ella una fregona.
Y en fin el Don Martin y el Licenciado,
muy pulidito aquel, y este espetado,
uno pretende á textos competido,
y otro apurar palabras de marido.
Viene luego un vejete, que es archivo
de todos los sucesos mas extraños,
y tiene ya de gradas setenta años.
El trahe la novedad y la pregona;
y ahora todo es contar lo de Girona,
como suceso fresco.

LISARDO.

Vive el cielo,
que ya que lo acordais, nada he sentido,
como haberme venido
de Cataluña, habiendo alli llegado,
despues de haber pasado
toda Francia, y hallarme en el socorro
de Girona, por no poder quedarme
con el señor Don Juan, que ya olbidarme
jamas podré de su bizarro haliento.
Cierto, que haberle conocido siento,
no pudiendo asistirle; que á su brio

en la faccion quedó inclinado el mio.

AGUIRRE.

Eso no puede ser; que hay pretensiones,
que no permiten esas dilaciones.
Mas ya los quotidianos van viniendo:
por vuestra vida reparad sus modos.
Este es el viejo, que los trahe á todos;
notadle bien el talle y la persona.

Sale Yañez.

YAÑEZ.

Bravo socorro se metió en Girona.
Ya queda por la cuenta
socorrida hasta el año de noventa.
Es el señor Don Juan bravo soldado.

LISARDO.

Gracioso es el vejete.

AGUIRRE.

Pues cuidado;
que viene Don Martin.

D. MARTIN *saliendo.*

Ver, no se escusa
las doncellas, que acuden á la inclusa,
ahunque el dote no es fixo, á lo que infiero,
porque su padre ha sido tesorero.

AGUIRRE.

Tras él viene tambien nuestro Letrado.

Sale Celedon.

CELEDON.

Todo el Código entero hoy he pasado,
y un texto he hallado ya en la ley tercera,
para que esta doncella mas me quiera.

YAÑEZ.

Oh, caballeros, sean bien venidos.

AGUIRRE.

¿Señor Yañez, que hay?

YAÑEZ.

Que destruidos
quedan ya los Franceses.
Cabeza no han de alzar en treinta meses.

CELEDON.

¿Pues cómo por su vida?

YAÑEZ.

Porque está ya Girona socorrida.

LISARDO.

Aqui está quien se halló en esa pelea.

D. MARTIN.

¿Quién es?

LISARDO.

Yo fui.

D. MARTIN.

En hora buena sea.

LISARDO.

Que de Flandes por Francia pasé á Hespaña,
y viendo de Girona la campaña,
despues de haber pasado,
quise en esta faccion, que se ofrecía,
de paso alli mostrar mi bizarria.

CELEDON.

Por acá variamente se ha contado.
Vos direis la verdad, como testigo.

AGUIRRE.

Vaya, Lisardo.

CELEDON.

Vaya.

LISARDO.

Ya lo digo.
Estando prevenido ya el socorro:::

YAÑEZ.

Diga usted, antes que se junte corro.

LISARDO.

Sabiendo el señor Don Juan,
como ya Girona estaba
en el ultimo conflicto,
pues de bastimentos falta,
para un dia solo habia
las raciones limitadas:
debiendose haber llegado
á necesidades tantas,
con peligro y sin socorro,

á costa de mil desgracias,
socorrer dispuso al punto
á los Cabos de la plaza;
y en ella principalmente
á la osadia bizarra
del Condestable; pues él
solo pudo sustentarla
con su sangre y con su nombre,
resistiendo su constancia
la necesidad, y el riesgo
con valor y con templanza;
asi como en los peligros
de los asaltos se hallaba
su valor siempre el primero,
coronando la muralla.
Conociendo pues su Alteza
el grande riesgo en que estaba,
ahunque siempre el Condestable
tubo segura la plaza,
pues nunca con su persona
tubo riesgo la fianza;
y ahunque se hallaba sin medios
y prevencion necesaria,
para intentar el socorro,
con los pocos que se hallaba,
á los quince de Septiembre,
con resolucion bizarra,
de Barcelona salió,

á dar vista á la campaña.
A los veinte y tres, con pocas,
ahunque dificiles marchas,
por ser fragoso el país,
llegó á vista de la Plaza.
Reconociendo los puestos,
que el enemigo ocupaba,
resolvió luego su Alteza,
acometer sus esquadras.
Intentó hacer tres ataques,
uno real, con su órdenanza,
y los dos de diversion.
El ataque real encarga
á Don Gaspar de la Cueva,
qué en él iba de vanguardia.
Seguiale Don Francisco
de Velasco, cuya espada
ilustró alli con su sangre
los blasones de su casa;
con él el Conde de Humanes,
llevando entrambos la esquadra,
que se formó de la gente
de navios de la armada.
Tras ellos iban los tercios,
con militar ordenanza,
del Baron de Amato, y Conde
Hercules, que le acompaña,
para lograr la faccion:

y de la gente bizarra
de galeras otro tercio,
del Marques de Flores de Avila;
los tercios de Catalanes
cubriendo la retaguardia.
La Caballeria de Flandes
y Borgoña, gobernada
por el Baron de Butier;
y asi dispuesta la marcha,
su Alteza, el señor Don Juan,
sacó bizarro la espada,
mandando, que acometiesen.
No cabrán en mis palabras
afectos, para decir
la merecida alabanza
de este Principe, el valor,
la osadia, la templanza,
el arrojo, la cordura,
la modestia, la arrogancia,
mezcladas unas con otras,
que hacen la virtud mas clara.
Mas solo podré decirlas,
con que la gloria mas alta,
es ser hijo de su padre;
y, quando la suerte avara
no le diera esta grandeza,
él por si merece tánta,
que ahun siendolo, ya el ser hijo

de tan ínclito Monarca,
tanto como por su sangre,
lo merecen sus hazañas.
Acometió Don Gaspar
de la Cueva con tan rara
resolucion la colina,
que en breve espacio ocupada,
se retiró el enemigo,
y él, siempre dandole carga,
como tenia por orden,
hizo, que desamparára
los puestos fortificados,
hasta llegar á una casa
de Esguizaros guarnecida,
donde hizo pie, y peleaban
como rayos los Franceses;
pero en este tiempo abanzan
Don Francisco de Velasco,
y el de Humanes con su esquadra,
y pelearon de suerte,
que tomandoles la casa,
se retiraron á otra,
que mas adelante estaba
con mas fortificacion;
y haciendo mas amenaza
al camino de Girona,
porque la mano se daba
con un fuerte, que tenian

en un parage, que llaman
de la Cuesta de la Liebre.
Aqui ardia la batalla,
que un infierno parecia
la confusion exhalada
contra los rayos del Sol,
de humo, polvo, sangre y balas.
Don Francisco de Velasco,
herido entre furia tanta,
anhelaba por entrar,
y en la sangre, que derrama,
por olbidar su peligro,
iba poniendo sus plantas.
Crecia la confusion;
mas de su Alteza irritada
la cólera generosa,
por enmedio de las armas
se metió, y á sus soldados,
halentando en voces altas,
parece, que en cada uno
se metió su misma saña;
porque, como ardiente fuego,
que por las mieses doradas
entra talando, y su ardor
de espiga en espiga salta,
dexando hecha una luz misma
todo el oro de sus cañas:
asi el valeroso joven,

por sus valientes esquadras,
del fuego de su furor
iba sembrando las brasas,
dexando todos los pechos
tan vestidos de su llama,
que á su exemplo todos eran
ya como él en la batalla.
A este tiempo el Condestable,
juntando la mas bizarra
gente, que en la plaza habia,
salió de ella, y por la espalda,
dando sobre el enemigo,
le apretó con furia tanta,
que obligandole á la fuga
del rayo, que le amenaza,
no dió lugar al valor,
para que le hiciese cara.
Empeñado en deshacerle,
se mezcló entre sus esquadras
de tal suerte, que llegando,
á pelear con la espada,
una astocada le dieron
á su salvo por la espalda.
Herido el valiente joven,
qual fiero leon de Albania,
que de sus heridas nacen
los furores de su saña,
por entre sus enemigos

rompe, hiere y desbarata,
con tal prisa y tal violencia,
que en los golpes de su espada,
por donde quiera que iba,
las centellas, que levanta
del triunfo de su victoria
iban siendo luminarias.
Viendo el riesgo el enemigo,
hizo del Fuerte llamada,
y con capitulaciones
se rindieron. Ocupadas
casa y fuerte, y casi todos
los puestos de la campaña,
no le quedaba al Francés
recurso ya de esperanza,
y marchando á toda prisa
sus quarteles desampara,
pegando fuego, por dar
seguro á la retirada;
mas con tanta brevedad,
que se dexó en partes varias
mucha ropa y bastimentos,
quedando para la plaza
libre el paso del socorro.
Picóle en la retaguardia
su Alteza, y en el camino
le obligó, á que se dexára
dos piezas de artillería,

con lo qual desbaratada
su gente y casi deshecha,
dentro de muy pocas marchas
quedó vencido su orgullo,
victoriosas nuestras armas,
la campaña fenecida,
y socorrida la plaza.
Y de esta faccion resulta
mas gloria á nuestro Monarca,
pues ha librado en tal hijo
tantas victorias á Hespaña.

D. MARTIN.

¡Cierto, que fue gran faccion!

CELEDON.

La ley trigésima quarta
habla de la guerra, y dice,
milites plurimum valeant.

AGUIRRE.

Y dice bien; porque aqui
todos los soldados balan.

YAÑEZ.

¿Y usancé, señor Alferez,
no hizo en esta faccion nada?

AGUIRRE.

¡Cómo no! Miren ustedes.
Yo estaba en una barraca,
y acometí hácia unos Turcos,
que nos hacian mas cara.

Yo los cogí de reves,
y al Capitan, que llamaban
Celin Gutierrez de Soto,
le dí tan gran cuchillada,
que le cercené la frente
con todas las tocas blancas,
y volando por el ayre
iba con tanta pujanza,
que en Guardarrama paró,
por ser la tierra mas alta;
y entonces dixeron todos,
ya es turbante Guadarrama.

CELEDON.

¡Pues alli Turcos habia!

YAÑEZ.

¿Pues eso duda? ¿No basta,
que lo diga el seor Alferez?

AGUIRRE.

Saben poco de batallas
los letrados.

LISARDO.

A lo menos,
como perros peleaban.

AGUIRRE.

¡Cómo perros! Juro á Dios,
que habia un tercio de Irlanda,
que se comia la gente.

CELEDON.

Solo en este caso no habla
ninguna ley del Derecho.

D. MARTIN.

¿Pues es preciso, que haya
ley para todo?

CELEDON.

Eso es bueno.
No hay cosa en el mundo rara,
de que no haya ley; y yo,
si estudio esta cuchillada,
he de hallar ley para ella.

D. MARTIN.

¡Qué ley, ni qué patarata!

CELEDON.

¿Piensa usté, que son las leyes
enamorar en las gradas?

D. MARTIN.

Yo pienso, que eso es locura.

LISARDO.

Caballeros, basta.

YAÑEZ.

Basta,
por Christo. El señor Alferez
no nos dió la cuchillada
á nosotros, para que
sobre ella pendencia haya.
Yo he visto cosas aqui,

que han pasado en Alemania,
en Flandes y en Filipinas,
mas exquisitas y raras,
sin hacer tanto aspaviento.

AGUIRRE.

¿No veis, que está en Guadarrama
el turbante? De aqui á una hora
ha de estar en las Canarias.

LISARDO.

Buen gusto teneis por Dios.

D. MARTIN.

Cielos, sacudo la capa.
Doña Francisca y su tia,
yá entrando van por las Gradas.
Largo va este ferreruelo:
esta golilla es muy ancha.
¿Si tendré bueno el vigote?
¡Qué no se usen en Hespaña
espejos de faldriquera!
Cierto, que hacen mucha falta.

CELEDON.

¡Qué miro! Doña Cecilia
con Doña Francisca pasan
á Misa con su escudero.
Este Don Martin me cansa;
porque yo le tengo miedo,
y enamorar, me embaraza.
Digo, señor Capitan,

¿quiere usted, hacerme espaldas,
para hablar á estas señoras?

AGUIRRE.

Esta es la viuda vana.

CELEDON.

Porque aqueste Don Martin
es temerario, y las habla,
y yo me quedo en ayunas.

LISARDO.

Vuesarced sin miedo vaya,
y hablelas, quanto quisiere;
que aqui tendrá retaguardia.

AGUIRRE.

¿No hay un texto para eso?

CELEDON.

Sí, hay texto, pero la espada
alcanza mas.

AGUIRRE.

¡Eso dice!
Traherla de mas de marca.
Atended al escudero,
que á la tal viuda acompaña,
que es un Montañés mas simple,
que Pedro Grullo y Panarra.

Salen Doña Cecilia con Chichon, y D. Francisca y Margarita delante.

D. CECILIA.

Frazquita, baja los ojos;

que vas desembarazada,
y no es modo de doncella.

D. FRANCISCA.

¡Yo, señora, miro nada!
Los ojos llevo en las losas.

YAÑEZ.

¡Oh! Si han venido las damas,
voló la conversacion.
Yo me voy; que en esta farsa
no hacen papel los ancianos. *Vase.*

D. FRANCISCA.

Los soldados son la gala
de estas gradas, Margarita.

D. CECILIA.

¿Que vas diciendo, muchacha?
No he dicho, qué á nadie mires.

D. FRANCISCA.

¡Yo, señora, miro nada!

MARGARITA.

¡Qué prolixa es mi señora!

D. FRANCISCA.

Margarita, harto me cansa.
Solo casarme deseo,
ahunque no esté enamorada,
por verme libre de tia.

MARGARITA.

La lleva el diablo su alma,
porque á ella no la enamoran;

que, quantos á tí te hablan
los quisiera para si;
todo el dia se está en casa,
adobando su hermosura.

D. CECILIA.

Chichon, mudese la capa;
porque le sudan las manos,
y con el sudor me mancha.

CHICHON.

Señora, como es invierno,
tengo yo ahora esas faltas;
hasta que entren los calores
tenga usted paciencia.

D. CECILIA.

Vaya.

CELEDON.

Miren, que llego, señores.

AGUIRRE.

Llegue sin miedo. ¡Que aguarda;
que aqui vamos de comboy!

CELEDON.

Para hablaros dos palabras,
he estudiado en Parladorio
tres horas esta mañana,
y hallé para vuestros ojos
un lugar, que de ellos habla
in terminis.

MARGARITA.

Lindo estilo.

D. FRANCISCA.

¿Y es el lugar Salamanca?

D. CECILIA.

No respondas nada, niña.

D. FRANCISCA.

¡Yo, señora, digo nada!

MARGARITA.

Oye, señor Licenciado,
ya le he dicho, que me cansa,
que enamore.

AGUIRRE

¿Caballero?

D. MARTIN.

¿Qué mandais?

AGUIRRE.

Una palabra
aqui á un lado.

D. MARTIN.

¿Qué quereis?

AGUIRRE.

Dexe usted batir la estrada;
que va el señor Auditor,
á averiguar una causa.

D. MARTIN.

Linda flema.

AGUIRRE.

Tenga usted.

D. MARTIN.

¿Qué quereis?

AGUIRRE.

Otra palabra.

LISARDO.

Por Christo, que la Francisca
es como una misma plata.

D. CECILIA.

Señores, en cortesia
les suplico, que se vayan.

CELEDON.

Señora, esto es matrimonio.

D. CECILIA.

Estas cosas, no se tratan,
ni aqui, ni con mi sobrina.

CHICHON.

¿No va aqui un hombre con barbas,
si tienen algo, que hablar?

LISARDO.

Soplarle quiero la dama.
Llegad, á hablar á la tia;
que es lo de mas importancia.

CELEDON.

Señora, si dais licencia,
os informaré en mi causa;
y porque esteis en el hecho,

diré solo la substancia.

CHICHON.

Mi ama no lo ha menester;
que está muy bien regalada,

D. CECILIA.

Calle, Chichon. ¿Ya no sabe,
que es simple? ¿Por qué no calla?

CHICHON.

¿Pues qué quiere usted, que diga,
si dice, que trahe substancia?

D. CECILIA.

¿Qué quereis, señor?

CELEDON.

Deciros
solamente dos palabras.

CHICHON.

Si usted no tiene la bula,
no puede hablar con mi ama.

CELEDON.

¿Por qué?

D. CECILIA.

¿Qué dice? ¿No ve
que es simple? ¿Por qué no calla?

GHICHON.

¡Valgame Dios! ¿Si es hoy viernes,
y nos tiene dicho en casa,
que usté es como una manteca,
sin bula podrá probarla?

D. CECILIA.

¿Qué es lo qué decís?

CELEDON.

Ya informo.

D. MARTIN.

Dexadme; que se me pasa
la ocasion del galanteo.

AGUIRRE.

Oygame; que poco falta.

D. MARTIN.

¿Qué he de oir, si no os entiendo?

AGUIRRE.

Ahora importa mas la larga; *ap.*
que con la doncella, pienso,
que pegó mi camarada.
Yo me explicaré.

D. MARTIN.

Sea presto.

LISARDO.

No tiene el Mayo mañana
mas florida, que esos ojos.

D. FRANCISCA.

¡Ay señor! Soy desdichada;
que esa tia es mi martirio.

LISARDO.

Si eso solo os acobarda,
yo vencer sabré ese estorbo.

MARGARITA.

¡Ay, que nos tiene encerradas,
como dinero de dueña,
y está rabiando nuestra alma,
por hablar, quando salimos!

LISARDO.

Si me decís vuestra casa,
yo os dare medio, de hablar.

D. CECILIA.

¿Qué haces, niña? ¿Con quién hablas?
Señor soldado, ¿que es eso?

D. FRANCISCA.

¡Yo, señora, digo nada!

D. CECILIA.

Entraos en la Iglesia luego.

LISARDO.

Esto, señora, no pasa
de casual cortesania.

D. CECILIA.

Pues para eso ya basta.
Entraos en la Iglesia, niñas.

MARGARITA.

¡Fuego de Dios, que tarasca!
Esta ella hablando dos horas,
y nosotras desdichadas,
quiere, que estemos á diente.

D. FRANCISCA.

Vamos, y no demos causa,

á que haya en casa sermon. *vase.*

MARGARITA.

¿Señor soldado?

LISARDO.

¿Qué mandas?

MARGARITA.

Que nos sigais en saliendo,
si quereis saber la casa.

LISARDO.

Si haré.

MARGARITA.

Por Dios que tengais
lástima de esta muchacha. *vase.*

D. MARTIN.

Vive Dios, que se han entrado.
Dexadme ir tras ellas.

AGUIRRE.

Vaya,
que ya es tarde. Mas oid.

D. MARTIN.

No os puedo oir mas palabra;
que tengo que ir luego al Carmen
y al Caballero de Gracia. *vase.*

CELEDON.

¿No respondeis á mi intento?

D. CECILIA.

No es cosa, la que se trata,
para responderos luego.

Vuestra presencia me agrada;
mas si habeis de ser mi esposo,
hay muchas cosas, que faltan,
y han de verse muy despacio.

CELEDON.

Yo no os he hablado palabra,
para ser esposo vuestro.

D. CECILIA.

¿Por qué?

CELEDON.

Yo, señora, hablaba
solo de vuestra sobrina.

D. CECILIA.

Mi sobrina no se casa,
hasta que me case yo;
que su edad es muy temprana;
y ahunque estoy con tocas hoy,
ya de quince años lo estaba,
y ahun no tengo diez y nueve
cumplidos.

CHICHON.

Y la mamada.

CELEDON.

Asi será, mas yo á vos
no os pretendo.

D. CECILIA.

Pues se cansa,
si pretende á mi sobrina.

Venga Chichon. *vase.*

CHICHON.

La muchacha
no se la darán por Dios
á él, ni ahun para descalzarla.

CELEDON.

¿Por qué?

CHICHON.

Porque ni ahun á mí,
con ser tanto de la casa,
no me la dará su tia.

CELEDON.

Y andará muy acertada.

CHICHON.

No andará, ni su zapato;
que soy yo de la Montaña
el gran Chichon de Barrientos,
mas antiguo que la sarna.
¡Oh, qué lindo letradillo!

CELEDON.

¿Hombre, que dices? ¿Qué hablas?
¿Sabes, que estoy consultado
por Auditor de Guaxaca?

CHICHON.

Tendrá muy bien chocolate:
casese allá con sus caxas. *vase.*

LISARDO.

La muchacha es como un oro,

CELEDON.

Mas la tia es grande maza.
Vos me habeis hecho un gran gusto,
que este Don Martin me enfada.

AGUIRRE.

En la iglesia entró tras ella.

CELEDON.

¿Entró? Fuerza es, que allá vaya:
allá dentro no le temo.

LISARDO.

Si la tia os desengaña,
¿para qué os cansais en vano?

CELEDON.

¡Cómo! ¡Cansarme qué llama!
A textos he de vencerla:
que si en el derecho se halla
ley Prima, ha de haber ley Tia,
ó me he de pelar las barbas. *vase.*

AGUIRRE.

¿Qué decís de estos humores?

LISARDO.

¿Vos no sabeis, lo que pasa?

AGUIRRE.

¿Qué?

LISARDO.

Entre vos y yo á los dos
hemos soplado la dama.

AGUIRRE.

¿Cómo?

LISARDO.

Yo eché al Licenciado
á la tia, para hablarla;
y me han dicho, que las siga.

AGUIRRE.

Bravo por Dios; la criada
acoto.

LISARDO.

Pues yo á la tia.

AGUIRRE.

¡Tia! Si fuera del Papa,
no la enamorára yo,
donde hay gorronas.

LISARDO.

Aguarda;
que aqui sale el escudero.

AGUIRRE.

De gran simple es la calaña.

Sale Chichon con un rosario en la mano.

CHICHON.

Ya oí Misa á buena cuenta.
¡Qué sea yo tan perdulario,
que nunca acabe un rosario!
Porque en llegando á esta cuenta,
que es la del alma, es notorio,
de aqui no puedo pasar;

todo se va en sacar
animas del Purgatorio.
Admitan mi buen deseo,
y den su santa intencion
por el pecador Chichon
de esta viuda Cirineo.

Santiguase con el rosario.

Como almorzariades vos,
Chichon. Qué bien sabe pues
un torreznito, despues
de encomendarse uno á Dios.

LISARDO.

¿Ah hidalgo?

CHICHON.

Y no es lo peor,
que tengo.

LISARDO.

Creólo á fe.
¿Quereisme oir?

CHICHON.

Mire usté,
que no soy yo Confesor.

LISARDO.

Que me deis pretendo, amigo,
de estas señoras razon.

CHICHON.

No sea murmuracion.

LISARDO.

Ni sombra.

CHICHON.

Por eso digo;
que soy yo muy virtuoso.

AGUIRRE.

¿Las servís?

CHICHON.

Las he criado.
Mas besos las tengo dado,
que á las colmenas un oso.

AGUIRRE.

Bien podreis dar testimonios.

LISARDO.

De quien son, es nuestra duda.

CHICHON.

Mire usted, lo que es la viuda,
es hija de los demonios.
Los mismos ojos la saca
á la pobre Francisquita.
¿Velá usté? es una santita,
mas grandisima bellaca.
Por casarse anda perdida.
La tia es libidinosa,
y á la niña, de envidiosa,
no dexa galan á vida.

LISARDO.

¿Y entra alguno, á ser dichoso?

CHICHON.

¡Jesus; ni imaginacion,
que eso era murmuracion,
y yo soy muy virtuoso!
¿Mas vé usté la tia? se endilga,
y por marido rebienta,
se alaba; tenga usté cuenta,
y se adoba y se remilga.
Se hace niña de faicion.
Pues vé usté, ahunque mas lo borre;
treinta tiene, y lo que corre
aca desde San Simon.

AGUIRRE.

Graciosa simpleza. Al verla,
la risa me precipita.
¿Y es doncella Margarita?

CHICHON.

Mire; y me casan con ella;
pero yo no quiero tal.

AGUIRRE.

¡Por qué! ¿No os hará provecho?

CHICHON.

No vé usté, que tengo hecho
voto de virgen bestial.

LISARDO.

¿Cómo tiene el apellido
la tia?

CHICHON.

Es Doña Cecilia
Maldonado: gran familia.

LISARDO.

¡Alferez, no habeis oido!

AGUIRRE.

Ya escucho, que es bravo cuento.

CHICHON.

Pero, señores, á Dios;
que ya me esperan las dos:
y callar lo que les cuento.

LISARDO.

De eso estamos cuidadosos.

CHICHON.

Por eso digo chiton,
que me quitan la racion,
y no es bueno, ser chismosos. *vase.*

LISARDO.

¡Alferez, suerte dichosa!
La hermana es esta viuda
del Capitan.

AGUIRRE.

Sí: sin duda.

LISARDO.

La sobrina es milagrosa;
y, segun contaba él de ella,
muy gran dote ha de tener.
¿Qué pudieramos hacer,

AGUIRRE.

Rendireisla.

LISARDO.

Al punto vamos.

AGUIRRE.

Pues toca al arma.

LISARDO.

Envistamos.

AGUIRRE.

Al arma contra las tias. *vanse.*

Salen Doña Cecilia, Doña Francisca, Margarita y Chichon.

D. CECILIA.

Esto se ha de remediar.
Ni ahun á Misa han de salir.
¡En la Iglesia se ha de hablar!

D. FRANCISCA.

¿Pues, señora, no he de oir?

D. CECILIA.

No tienes, que replicar.

MARGARITA.

Ya esto á rabia me provoca.
¡Que de sed matarnos quiera,
y no nos dé aquesta loca
un poco de habla siquiera
para enjugarnos la boca!
¡Que ella hable, enamore y hunda,
y marido, donde quiera,

es su palabra primera!
Pues ahunque mas nos confunda,
he de ser yo la tercera.

D. CECILIA.

¿Margarita, qué hablas quedo?
¿Qué estás rezando?

MARGARITA.

¡Hay tal dar!

D. CECILIA.

No me rezes.

MARGARITA.

Tengo miedo.
Como nos quieres matar,
estaba diciendo el Credo.

CHICHON.

Ya eso es, mucho apretar;
¡Ni hablar ni ver, cosa es fiera!

D. CECILIA.

¿Pues qué han de hacer, con hablar?

CHICHON.

Hacer materia siquiera,
de podernos confesar.
Demas de que su mercé
tiene la culpa, de que
ella hable á los de buen talle,
que va encontrando en la calle.

D. CECILIA.

¡Cómo!

CHICHON.

Yo se lo diré.
La mula, que hambrienta va,
camina, y si halla un sembrado,
que á tiro de diente está,
de trecho en trecho un bocado,
caminando, al verde da.
Si de amor hambrientas van,
y usté no las trata bien;
en parlar, ¿qué mucho harán,
si á tiro de lengua ven
el alcacér del galan?
Tengala usté en casa alguno,
y saquela á pasear,
harta de parlar con uno;
que si ella habláre á ninguno,
yo me dexaré quemar.
Mire, qual está, (mal dia)
y hace pucheros á fe.
No haya mas, Frazquita mia;
que es una mala esta tia:
escupe, y yo la daré.
Calla, que si te desvelas
por eso, y te desconsuelas,
te he de traher esta noche
quatro galanes y un coche,
en yendo á las covachuelas.

D. FRANCISCA.

Señora, tanto apurar,
mal con tu intento concuerda,
y á loca me harás pasar;
que por quererla afinar,
se suele quebrar la cuerda.
O soy liviana ú honrada:
¿si honrada soy, qué me adquieres
con tema tan porfiada?
¿si liviana, como quieres,
que te sufra tan pesada?
¿Si honrada soy, del delito
me guarda mi condicion;
pues si yo á mí me le evito,
para qué es la privacion,
donde falta el apetito?
Lo que yo nunca he querido,
me mueves, á que lo quiera;
porque á veces el sentido
quiere, lo que no quisiera,
porque lo ve prohibido.
Y en los manjares verás,
que siendo el comun mejor,
porque no se halla jamás,
se estima el extraño mas,
quando le hay, siendo peor.

MARGARITA.

Y el exemplo te he de dar,

que en los tomates contemplo;
y de paso has de notar,
que te hablo con un exemplo,
como soy tan exemplar.
Por la peste se prohibieron:
nadie á ochavo los queria;
y quando faltar los vieron,
tanto el deseo crecia,
que á real de á ocho valieron.

D. CECILIA.

¡Conmigo philosophias!
¡Chichon, no es cosa galante!

CHICHON.

¡Cómo es eso de folias!
Son muy grandes picardias;
matelas usté al instante.

D. FRANCISCA.

¿Pues la verdad no te cuento?

D. CECILIA.

Calla, picara: ó ahora
vengaré mi sentimiento.

CHICHON.

¡Folias á mí, señora!
Es muy grande atrevimiento.

D. CECILIA.

Y muchas bachillerias.
¡Conmigo philosophias!

CHICHON.

Riñalas mas su mercé;
que yo á su lado estaré,
quando hay razon. ¡Qué es folias!
Es muy gran disolucion,
y eso no se ha de sufrir:
lo que es razon, es razon.

LISARDO *dentro.*

Ah de casa.

D. CECILIA.

Vaya, á abrir:
mire, quien llama, Chichon.
Entraos adentro vosotras.

D. FRANCISCA.

¡Jesus, qué extraño martirio!

MARGARITA.

Vamos, señora, que está
hecha un mismo basilisco.

CHICHON.

Dos soldados son, señora,
y pienso, que son los mismos,
que hoy vimos en San Phelipe.

D. CECILIA.

Entren pues; mas ya los miro;
ellos son.

Salen Lisardo y Aguirre.

LISARDO.

Guardeos el cielo.

D. CECILIA.

¿Qué mandais?

LISARDO.

Recien venidos
de Flandes, aquesta carta
os dirá, á lo qué venimos.

CHICHON.

Bravos lagartos parecen.

D. CECILIA.

De mi hermano es: ya la miro. lee.
Hermana, el Capitan Lisardo y el Alferez Aguirre van á Madrid á pretensiones, tan mias como suyas. Suplicote, que pues tienes casa para poderlos tener con decencia, los hospedes en ella, y los regales, como á personas, á quien tengo muchas obligaciones.
No hay, que pasar adelante;
bien la firma he conocido.

AGUIRRE.

Tal trabajo me ha costado. *ap.*

D. CECILIA.

Seais, señores, bien venidos.
¿Cómo queda allá mi hermano?

LISARDO.

Bueno y mozo; que os afirmo,
que ahun lo está con tanta edad.

D. CECILIA.

Por él me obligo, á serviros,
y será vuestra esta casa.

LISARDO.

Hoy en San Phelipe os vimos,
sin conoceros: mas luego
nos dió este escudero aviso.

CHICHON.

Si, señor; mas yo no dixe,
que mi ama busca marido.

D. CECILIA.

Calle, Chichon; que es un simple.

CHICHON.

No quiero, que usté dé gritos,
sobre si yo soy parlero.

LISARDO.

A su sobrina, me dixo
vuestro hermano, que un abrazo
diese en su nombre, y no miro,
quien sea aqui esta señora.

D. CECILIA.

Esta adentro en su retiro.
Llame á Frazquita, Chichon.

CHICHON.

¡Pues es boba ella! Al resquicio
de la puerta está acechando.

D. CECILIA *en voz alta.*

¿Francisca?

Salen Doña Francisca y Margarita.

D. FRANCISCA.

Ya yo te he oido.

D. CECILIA.

Al señor Lisardo envia
á nuestra casa tu tio,
y que te vea, le encarga.

MARGARITA.

Señora, aqueste es el mismo.

D. FRANCISCA.

Ya le he conocido: calla.

LISARDO.

Señora, de haberos visto,
me huelgo. Cierto, que ha andado
muy corto allá vuestro tio
en vuestro encarecimiento;
que sois un angel divino.

D. FRANCISCA.

¿He de responder?

D. CECILIA.

¡Pues nó!

D. FRANCISCA.

Señor, á mi tio estimo,
que nos envie el regalo
de la ocasion, de serviros,
que yo agradezco.

D. CECILIA.

No tanto.

D. FRANCISCA.

Pues callaré.

LISARDO.

Yo os suplico,
me deis licencia, de darla
el abrazo.

D. CECILIA.

Por su tio,
es muy justo.

LISARDO.

Pues, señora,
que de él le admitais, os pido.

D. FRANCISCA.

¿Le he de abrazar?

D. CECILIA.

Claro está.

D. FRANCISCA.

Pues, señor, los brazos mios
tomad, y el alma con ellos,
que os la doy para mi tio.

D. CECILIA.

Basta, basta, ¡Tanto aprietas!
¡Jesus, y que desatino!

D. FRANCISCA.

Yo no sé abrazar mejor,
señora.

D. CECILIA.

Tonta has nacido.

CHICHON.

Sí, como caldo de zorra.

D. CECILIA.

Margarita, tú al proviso
adereza el quarto baxo.

MARGARITA.

Señores, voy á serviros.

AGUIRRE.

¡Oh qué brava es la fregona!
Ya el corazon me da brincos;
no la trueco á una Duquesa.

D. CECILIA.

Venid, señores, conmigo,
á sentaros acá dentro.

LISARDO.

A obedeceros, venimos.

D. CECILIA.

¡Lindo mozo es el Lisardo!
Con gran gusto le recibo. *vase.*

LISARDO.

¿Señora?

D. FRANCISCA.

Sois mi remedio.

LISARDO.

¿No es buen medio?

D. FRANCISCA.

Yo le estimo.

LISARDO.

¿Podreis hablar?

D. FRANCISCA.

Lindamente.

LISARDO.

¿Y me oireis?

D. FRANCISCA.

Sereis mi alivio.

LISARDO.

Pues vuestro seré.

D. FRANCISCA.

Eso quiero.

MARGARITA.

Presto; que vuelve por Christo.

D. CECILIA *volviendo.*

¿Qué es eso?

D. FRANCISCA.

La reverencia.

LISARDO.

No es necesaria conmigo. *vanse.*

AGUIRRE.

¿A quién digo?

MARGARITA.

Será á mí.

AGUIRRE.

¿Y yo tengo buen partido?

MARGARITA.

Y robado.

AGUIRRE.

Pues marchemos.

CHICHON.

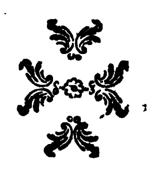
Quedo con las uvas, tio;
que esas son para colgadas.

MARGARITA.

Calla, bestia; entrad conmigo.

CHICHON.

Ahora bien, estos soldados
no quisiera yo::: Ya digo. *Vanse.*





JORNADA SEGUNDA.

Salen Lisardo y Aguirre.

AGUIRRE.

¡Hay tal regalo, hay tal cama,
tal limpieza, tal olor,
tan lindo gusto de amor,
siendo fregona la dama!
Lisardo amigo, ¿esto es sueño:
que de gusto estoy sin mí?
Bien haya, lo que perdí,
pues nos metió en este empeño.

LISARDO.

Pues yo traygo el alma loca
de un pesar, que la traspasa.

AGUIRRE.

¡Qué decis, siendo esta casa
libro, de que quieres boca!

LISARDO.

Aguirre amigo, mi amor,
que, quando aqui entramos, fué

inclinacion, ya en mi fé
se vá pasando á furor.

AGUIRRE.

¿Pues hay algo, que aventure
vuestro amor en su hermosura?
¿Qué os ofende la locura,
si teneis, quién os la cure?

LISARDO.

Ya sabeis, que Margarita
todas las noches me mete
de su ama en el retrete,
donde amor no me limita
el favor, la estimacion,
que á Doña Francisca debo.
A pintaros no me atrevo
el primor, la discrecion
de su amor casto y discreto;
y solo explico el primor,
con deciros, que á mi amor
ha vencido su respeto.
Que como es tan soberano
su discurso, la imagino
deidad, y con lo divino
no me atrevo, á ser humano.
A la mayor indecencia,
que mi pecho se ha atrevido,
á besar su mano, ha sido,
y esto por ser reverencia.

Puse en ella el labio ufano.
Mas mirad, qual es mi amor,
pues no me apaga el ardor
todo el cristal de su mano.

AGUIRRE.

¿Pues de qué es vuestro pesar,
que no se infiere del cuento?

LISARDO.

Hasta aqui todo es contento:
mas ahora entra el hazar.
Estando con ella, amigo,
de esta ventura en el centro,
me halló la tia allá dentro.

AGUIRRE.

Cuerpo de Christo conmigo.
¡Anoche!

LISARDO.

Sí.

AGUIRRE.

Y no en valde
lo sentis. ¿Y halló á los dos?

LISARDO.

Juntos.

AGUIRRE.

Menos mal por Dios
fuera, que entrára un Alcalde.
¿Y qué dixisteis?

LISARDO.

Amigo,
cojióme tan de repente,
que no hallé cosa decente
de mi disculpa testigo.
Mas sabiendo, que ella es
tan amiga de aficion,
dile por su inclinacion,
y salió peor despues.
Dixe, que de mi osadia
era disculpa el amor:
que ella me movió el error,
y que yo se le tenia:
que es cobarde, el que se inclina,
y como no me atreví,
á decirlo, me valí
del medio de su sobrina;
y que, á pedirla habia entrado,
que ella mi amor le dixera.

AGUIRRE.

¡Que tal desatino hiciera
un hombre mozo y so dado!
¡A fingir amor se pasa,
á una dueña!

LISARDO.

¿Por qué no?

AGUIRRE.

Primero dixera yo,

que entraba á robar la casa.

LISARDO.

¿Pues, si el suceso me empeña?

AGUIRRE.

Mas quisiera mi opinion,
ser tenido por ladron,
que por galan de una dueña.

LISARDO.

No es lo peor eso.

AGUIRRE.

¿No?
¿Pues qué?

LISARDO.

Que lo aceptó luego,
y llena de amante fuego,
á su quarto me llevó,
y yo, fingiendo querella,
estube pasando tragos;
y haciendome mil halagos,
sin poder librarme de ella,
me tubo la noche toda,
dando á su sobrina zelos;
que temí, viven los cielos,
que fuese la de la boda.
De esto, amigo, resultó,
que la sobrina, al salirme,
ni quiso verme ni oirme,
diciendo: esto se acabo;

y yo estoy en el tormento,
de no verla, y de la tia,
que dice, que en este dia
se ha de hacer el casamiento.
Y el medio, para vencella,
solo vos darle podeis;
pues, con que la enamoreis,
podré yo librarme de ella.

AGUIRRE.

¡Jesus, eso habeis pensado!
¡Habeis perdido el sentido!

LISARDO.

¿Pues que importa, si es fingido?

AGUIRRE.

¡Yo de dueña enamorado!

LISARDO.

Solo eso este daño allana,
y por vos vivir espero.

AGUIRRE.

Vive Christo, que primero
me eche por una ventana.
¿No sabeis, que yo á una dueña
no la tengo por mujer?

LISARDO.

¡Qué decis! ¿Pues qué ha de ser?

AGUIRRE.

No es mujer, sino cigueña.

LISARDO.

¡Qué penseis tal desatino!

AGUIRRE.

Hermano, el temor me empeña,
porque yo, en viendo una dueña,
pienso, que es la de Tarquino.
¿En tocas meterme manda,
aqueste estando en Madrid?
Que no es Flandes, advertid.
¿Quereis, que muera en Holanda?

LISARDO.

¿Fineza era tan extraña,
la que mi amor os pidió?

AGUIRRE.

¿Pues era San Jorge yo,
para andar tras esa araña?

LISARDO.

No es de la amistad indicio,
viendo, que es mi pena mas.

AGUIRRE.

Por vida de Satanás,
que me haréis, perder el juicio.
Empeñadme vos de veras,
mandadme hacer de malicia
resistencia á la Justicia,
ahunque me echen á galeras,
ó reñir en cosa hecha
con un zurdo, ahunque yo acabe

á manos, de quien no sabe,
qual es su mano derecha:
mas no, amar viuda tan loca.
¿Soy yo ladron negativo,
que quereis alcalde esquivo,
darme un tormento de toca?

LISARDO.

¡Que en mujer tan principal
no sepais, poner el gusto!

AGUIRRE.

Hermano, yo no me ajusto,
en no habiendo delantal
de picote, saya vieja
sobre el guardapies alzada,
la cintura á un lienzo atada,
lazo verde en la guedeja,
mantilla, que me alborta,
con boton el zapatillo,
que descubriendo el tobillo,
la brujuleo como sota.
A estas busco, á estas pretendo,
que hablan claro. ¿Hay mas, que oir
una fregona, decir:
¿Ha visto el hombre? No entiendo;
Vaya adelante, señor;
No se le acatárre el pecho;
Ya aguardo angel; Bien se ha hecho.
¿Qué nos quiere? ¿Y eso es flor?

¿Hace burla? Andar con ellas;
y otras cosillas asi,
que nacieron para mí,
ó yo nací para ellas?
Y quando está esquiva mas,
que gusto es mas apacible,
que rendir este imposible
con castañas y hipocrás.

LISARDO.

¡Pues qué he de hacer!

AGUIRRE.

Engañarla.

LISARDO.

¡Y de mi ángel la querella!

AGUIRRE.

Amarla y satisfacella.

D. CECILIA *dentro.*

¡Chichon!

CHICHON *saliendo.*

Ya voy á buscarla.
¡Jesus, Jesus, qué empujones!
Desde amanecer empieza,
Chichon, Chichon; la cabeza
tengo llena de chichones.

LISARDO.

¿Qué es eso?

CHICHON.

Mi ama, que toda

la mañana me ha molido.
Parece, que ha amanecido
rabiando de hambre de boda.

LISARDO.

¿Pues qué ahora te ha mandado?

CHICHON.

Me manda, que venga usté,
y diga, que voy:::

LISARDO.

¿A qué?

CHICHON.

¿A qué? Ya se me ha olbidado.

LISARDO.

¿Qué dices? ¿Qué te mandó?

CHICHON.

Dixo: mas espere usté,
y se lo preguntaré.
Ah si: ya se me acordó.
Dixo, valgate el demonio,
que á la audiencia del Vicario
vaya y llame á un perdulario,
para que haga el matrimonio.

LISARDO.

Notario diria.

CHICHON.

Voltario,
si, señor; que se fatiga
por voltarios; que es amiga,

de tener el gusto vario.

LISARDO.

¿Habeis visto tal quimera?
No sé, por Dios, qué he de hacer.

AGUIRRE.

Paciencia habeis menester.

CHICHON.

Ah si, ¿cómo dixo, que era?

LISARDO.

Notario habeis de llamar.

CHICHON.

Ya: ello suena á Kalandario,
campanario y Boticario;
no se me puede olbidar.
¿Mas dónde vive el Vicario,
señor?

LISARDO.

No sé, donde es.

CHICHON.

Pues ireme á San Gines;
mas por Atocha es mejor.

LISARDO.

¿A Atocha habeis de ir ahora?

CHICHON.

Por allí no puedo errar.

LISARDO.

¿Cómo?

CHICHON.

Mire usté, rezar
primero á nuestra señora;
que esto Dios me lo recibe,
y irme á Palacio despacio.

LISARDO.

¿Pues qué hareis luego en Palacio?

CHICHON.

Preguntar, adonde vive.

AGUIRRE.

¿Qué os importa, que lo yerre?
Dexadle ir, ¿Qué se os da á vos?

LISARDO.

Dices bien: andad con Dios.

CHICHON.

Mi ama está erre, que erre,
Voy, á buscar el Vicario;
que ella en él tiene su gloria,
Ya bien llevo en la memoria,
que he de traher un almario. *vase.*

LISARDO.

¡Que no me socorrais vos!
Yo he de perder el sentido.

AGUIRRE.

Doña Francisca ha salido.

LISARDO.

No sé, que hacerme, por Dios.

Salen Doña Francisca y Margarita.

D. FRANCISCA.

Margarita, esto ha de ser.
Yo no he de sufrir mas zelos.
¡Toda la noche con ella
hablando en su casamiento!

MARGARITA.

Estos soldados, señora,
tienen almas de ventero.
El quiere á tia y sobrina;
que en estando en Flandes, luego
trahen del Príncipe de Orange
bula para el parentesco.
Ellos comen carne en viernes.
Yo pregunté al compañero,
¿que, por qué carne comia?
Y dixo: señora, tengo
un hermano tuerto frayle.

D. FRANCISCA.

No, Margarita: su intento
es, casarse con mi Tia
por codicia del dinero.

MARGARITA.

¿Pues tú no tienes buen dote?

LISARDO.

¿Aguirre, no ois aquesto?

AGUIRRE.

De zelos trahe una esquadra.

Envistan los mosqueteros
con dos mangas de lisonjas;
que con eso huirán los zelos;
que en la batalla de amor,
son los caballos ligeros.

MARGARITA.

Señora, aqui está los dos.

LISARDO.

Aurora de mi deseo,
sol de mi verde esperanza,
dia de mi pensamiento,
primavera de mi amor:::

D. FRANCISCA.

Ten, Lisardo; quedo, quedo,
de primavera y de sol;
que, ahunque yo á tí no te debo
ese amor, que significas,
tampoco no te merezco,
sabiendo yo, que son falsos,
la injuria de esos requiebros.

LISARDO.

¡Qué son falsos! ¡Qué es injuria!
Dueño mio, no te entiendo.

D. FRANCISCA.

¿No te casas con mi tia?

LISARDO.

¡Tampoco crédito tengo
de discreto, que has creido,

que pudiera ser tan necio!
¡Yo á tu tia!

AGUIRRE.

Vive Dios,
que, ahunque él estubiera ciego,
no se pusiera en los ojos
á tu tia por remedio.

LISARDO.

¡Yo á tu tia!

MARGARITA.

Y preparada.

D. FRANCISCA.

Señor Lisardo, no vengo,
á buscar en vos halagos,
que satisfagan mi pecho.
Admitir satisfacciones
de agravios, es otro riesgo,
pues solo es, curarme el alma,
para herirmela de nuevo.
Solo vengo, á suplicaros,
que os salgais de casa luego;
porque ya que os hallo ingrato,
no es bien, que os vea grosero.
Enamorar á mis ojos,
á mi tia, quando tierno
fingiais conmigo, os hace
ingrato y mal caballero.
Dos culpas son, y sufrirlas,

no he poder. Idos presto;
que por no sufrir el otro,
os perdono un desacierto.
El de ingrato á mí me ofende,
ese os perdona mi pecho:
el de grosero os ultraja,
ese es, el que ver no quiero.
Mirad vos, lo que os estimo;
pues perdonandoos, os dexo,
que os vais desagradecido,
por no veros desatento.
Ven, Margarita.

LISARDO.

Señora,
espera. Mi bien, mi dueño,
sabe el cielo, que te adoro,
que te estimo y te venero.

D. FRANCISCA.

El lo sabrá, mas yo no.

LISARDO.

¿Pues como puede ser eso?
Si tú lo dudas, señora,
no puede saberlo el cielo.
Ecuchame.

D. FRANCISCA.

No he de oiros.

LISARDO.

Oyeme, señora, y luego,

si no quedas satisfecha,
obedecerte pretendo.

AGUIRRE.

Ya está Lisardo perdido.
¡Que no sepa un majadero
querer con comodidad,
como yo! No sé, que tengo,
que si cada tercer dia
no me mudo y me renuevo
el amor y la camisa,
se me ensucian al momento.

D. FRANCISCA.

Mirad, que saldrá mi tia.

LISARDO.

Alferez, estad atento.

AGUIRRE.

Yo me ofrezco, á ser espia;
pero mientras hablan ellos,
remolquenme esa fragata;
que ya que espia me han hecho,
no quiero, serlo perdida.

D. FRANCISCA.

Vé, Margarita.

MARGARITA.

Eso quiero.

LISARDO.

Si fue forzoso fingir,
para salir del empeño,

que la amaba, y ella al punto
me propuso el casamiento,
¿cómo pude yo escusarlo?
Este engaño ha de ser medio,
con que nuestro amor los dos
mejor vamos disponiendo.

D. FRANCISCA.

¿Cómo ha de ser?

LISARDO.

De esta suerte.

AGUIRRE.

¿Qué no crees, que te quiero?

MARGARITA.

Pienso, que de mí haceis burla.

AGUIRRE.

Miren, si mi gusto es bueno.
¿Hay cosa, como querer
á quien me tiene respeto?
¿Y que, en tenerla yo amor,
piensa, que la favorezco?
Ven aca, ¿y qué harás de costa
cada año, si eres mi empeño?

MARGARITA.

Eso con un calzadillo,
tal vez unos lazos nuevos,
y esto muy de tarde en tarde,
unos guantes, los del tiempo,
la gargantilla de vidro,

y con eso me contento.

AGUIRRE.

¿Y por eso me querrás?

MARGARITA.

Me colgaré de tu cuello.

AGUIRRE.

Ahorcado tal barato.

D. FRANCISCA.

Si escusar el casamiento,
me prometes, á sufrir,
que finjas amor, me ofrezco.

LISARDO.

Yo te doy palabra, y mano
de ser tuyo á un mismo tiempo.

D. FRANCISCA.

Y yo de esposo la admito.

AGUIRRE.

Pues la mano se dan ellos,
damela tambien.

MARGARITA.

Si haré,
Alferez, toca esos huesos,
que yo seré la-vandera.

Sale Doña Cecilia al paño.

D. CECILIA.

¡Qué es lo que miro! ¡Qué veo!
Desafio es mano á mano.

AGUIRRE.

Ola. La tia; al remedio. *Ap.*
Esta raya os significa,
inclinada por extremo
á beber; y en el beber,
habeis de tener un riesgo.

MARGARITA.

Bien decís; y este es el trago,
que me amenaza.

LISARDO.

Convento
significa aquesta raya;
que habeis de ser monja, es cierto.

D. FRANCISCA.

Vos me dais muy buenas nuevas,
porque eso es, lo que deseo;
que yo estoy tan bien hallada
con este recojimiento,
en que me tiene mi tia,
que esa es la eleccion, que tengo.

D. CECILIA.

¿Qué es eso?

AGUIRRE.

Curiosidades,
que allá en Flandes aprendemos.

D. CECILIA.

¿En Flandes saben de manos?

AGUIRRE.

¿Pues ahora dudais eso?
sin saber quiromancia,
no puede uno ser sargento.

D. CECILIA.

¿Y ha de ser monja Frazquita?

LISARDO.

Tres señales tiene de ello.

D. CECILIA.

Cierto, que le está muy bien;
que hay tan malos casamientos,
que es una muerte un marido.

D. FRANCISCA.

Sí, señora; mas yo pienso,
que tú no temes morirte.

D. CECILIA.

Vivo bien, y no lo temo.
Ea, entraos á hacer labor;
que ahunque sea tan honesto,
parecen mal las doncellas
con los hombres.

MARGARITA.

Eso es cierto;
pero tambien las viudas.

D. CECILIA.

¿Quién os mete á vos en eso?

D. FRANCISCA.

Tiene razon Margarita;

que tú te quedas con ellos,
y sabe Dios, la que tiene
mas malicia en el intento.

D. CECILIA.

¿Pues qué malicia, atrevida?
Ea, entraos allá dentro:
no me hagais descomponer.

D. FRANCISCA.

No hagas tal; ya nos irémos,
que á quien trata, de ser novia,
descomponerla, es gran yerro. *vanse.*

D. CECILIA.

¿Qué es lo que dices, Francisca?

LISARDO.

Si tratas del casamiento
tan en público, que envias
por el notario, ¿qué exceso
hace, en decirtelo ella?

D. CECILIA.

Pues digalo; que hoy intento
desposarme, si es posible;
que todo lo hace el dinero,
y el Nuncio. ¿Tú, dueño mio,
no irás luego á disponerlo?
¿Qué es, lo que dices, querido?

AGUIRRE.

Vive Dios, que pierdo el seso?
¿Que haya hombre, que oyga á una dueña

amores, sin que primero
vaya, á meterse ermitaño?

LISARDO.

Señora, por tí te advierto,
que, sin que hayas dado estado
á tu sobrina, es gran yerro,
publicar, que tú te casas.

D. CECILIA.

Casemonos de secreto.
¿Hay mas, de que no se sepa?

LISARDO.

Tu me aprietas tanto en eso,
que es forzoso, ahunque lo sienta,
que te declare el secreto.

D. CECILIA.

¿Qué secreto?

LISARDO.

Que los dos
ser casados no podemos.
¿En la carta de tu hermano
no dice, que yo le debo
mas que mucha obligacion?

D. CECILIA.

¿Pues bien, qué se infiere de eso?

LISARDO.

Señora, yo vine aqui
por un intento encubierto,
que ya se ha desvanecido,

y declarartelo puedo.
Yo soy hijo de tu hermano;
que allá en sus años primeros
me tubo en madama Blanca,
que en todo el pais Flamenco
no hubo dama mas hermosa.

AGUIRRE.

Vive Dios, que halló remedio.

D. CECILIA.

¿Pues eso es inconveniente,
sobrino? Ahora te quiero
mucho mas. Dame los brazos
por nueva, que tanto aprecio;
que eso lo hacen mil ducados
de dispensacion.

AGUIRRE.

Laus Deo.
Miren, que presto saltó
el foso del parentesco.

LISARDO.

Señora, ese inconveniente
no es el mayor, que yo tengo.

D. CECILIA.

¿Pues hay otro?

LISARDO.

Sí, y mayor.
Ya sabreis, lo que yo debo
á Aguirre, que el ser mi alferez

en su amistad es lo menos;
y aseguro, que en Vizcaya
su sangre es la de mas precio.
El me ha dicho, que de ver
vuestra gracia y vuestro aseo,
se ha enamorado de vos.

AGUIRRE.

¡Qué es lo que escucho! Esto es bueno.
¿Hombre, has perdido el sentido? *ap.*

LISARDO.

Esto, señora, es lo cierto,
y el mayor inconveniente;
porque yo tanto le quiero,
que solo por él hiciera
la fineza, de perderos.
Pero solo me consuela,
lo que mejorais en esto.
¿Mirad, qué talle, y qué brio,
qué bizarria, y qué haliento?

AGUIRRE.

¡Está borracho Lisardo! *ap.*

LISARDO.

Y es tan grande caballero
como yo, ahunque por mi madre
del conde Curcio desciendo.

AGUIRRE.

Señores, si ella lo cree, *ap.*
de aqui me he de ir al infierno,

antes que oirla un bien mio.

D. CECILIA.

¿Alferez, pues como es eso?
¿Vos me quereis?

AGUIRRE.

No, señora.
¡Yo! ni por el pensamiento.

LISARDO.

Fingidlo, amigo.

AGUIRRE.

¿Estais loco?

LISARDO.

Fingidlo por mí.

AGUIRRE.

No puedo.

LISARDO.

Mirad, que me dais la vida. ap.

AGUIRRE.

Ya os he dicho, que no quiero.

LISARDO.

Señora, él de buen amigo
disimula; mas es cierto,
que yo le hago gran pesar.

D. CECILIA.

¿Alferez, qué decís de esto?

AGUIRRE.

Señora, yo os ví sin tocas,
y me enamoré; mas luego

se me fue el amor, al punto
que con tocas volví á veros.

D. CECILIA.

¿Pues si esto es asi, qué quieres?

LISARDO.

Si él no da licencia de ello,
yo no le he de hacer pesar,
que sé, que lo está encubriendo.

AGUIRRE.

Yo no encubro tal, señora.
Licencia doy al momento.

D. CECILIA.

¿Pues, sobrino, qué mas quieres?

LISARDO.

Ello, aqui no hay mas remedio,
que de la dispensacion *ap.*
me valga el plazo. Si es cierto,
que lo permite el Alferez,
señora, luego al momento
por dispensacion se envie.

D. CECILIA.

Pues dame los brazos luego,
y no me los regatees.

LISARDO.

Y el alma tambien con ellos.

Salen Doña Francisca y Margarita.

D. FRANCISCA.

Ya voy, señora, ¿qué quieres?

¡Pero qué es esto, qué veo!
¡Señor Lisardo, pues vos
con mi tia descompuesto!
¡Y áhun por eso me llamabas!
Es muy grande atrevimiento.

MARGARITA.

Y muy gran bellaquería,
y muy atrevido exceso,
abrazar á mi señora,
que es de virtud un exemplo,
y nos enseña á nosotras
el recato, que tenemos.

D. CECILIA.

¿Qué es lo que dices, Francisca?
Esto no es atrevimiento;
que Lisardo es mi sobrino,
y le he abrazado por eso.

D. FRANCISCA.

¡Jesus! ¡Sobrino! ¿Qué dices?
¿Eso, señora, hay de nuevo?
Pues si por tia le abrazas,
por prima tambien yo puedo.

D. CECILIA.

Detente: no puedes tal;
que no es tanto el parentesco,
que dispensacion no quepa.

D. FRANCISCA.

¿Tú la tendrás segun eso?

D. CECILIA.

¡Yo de qué la he de tener!

D. FRANCISCA.

O la tienes, ó á lo menos
querrás enviar por ella.

D. CECILIA.

¡Ya has escuchado el concierto!

MARGARITA.

Eso, por aquel resquicio.

D. CECILIA.

Pues es verdad. ¿Qué tenemos?
¿No me puedo yo casar?

D. FRANCISCA.

Si puedes; pero con esto
sabré yo, que tus recatos,
tus voces y tus encierros,
tus riñas y tus enojos,
no son por mis galanteos,
sino porque no son tuyos
los galanes, que yo tengo.
Yo te tenia por piedra;
mas ya que mujer te veo,
tambien lo he de ser, que soy
mas niña yo, para serlo.
Tú, que me estás predicando,
que sea monja, ¿este exemplo
me das? Pues yo te lo admito,
y pido el mismo convento.

Que es una muerte un marido,
dices, y á morir te has vuelto;
ó el morirse, no es muy malo,
ó es el marido muy bueno.
¿Tú que lo sabes, te casas,
y me predicas el riesgo?
¿Quieres, que en mí sea temor,
lo que en tí no es escarmiento?
¿Cómo he de creer yo las ansias,
que siempre me estás diciendo,
que pasabas con tu esposo,
si aqui las buscas de nuevo?
„¿Qué vida tan trabajosa
pasé con mi esposo muerto?"
Valgate Dios por trabajo,
que al gusto dexa deseos.
Si tú vuelves á esta vida,
sin duda hay algun contento,
que es mayor, que sus trabajos,
pues tu atropellas por ellos.
Pues, tia, yo he de casarme;
que ya por saber me muero
un mal, que ponderas tanto,
y un gusto, que le hace menos.
Y si preguntas, por qué
en tal peligro me meto,
respondete tú; que yo
me tomo aqui el argumento.

Quien la culpa, que condena,
comete, pague su yerro,
ó absuelvale, pues por mí
le cometió en el exemplo.
Y habiendo yo de casarme,
(esto es lo peor) te advierto,
que si quieres á Lisardo,
nos encontramos en eso.
Yo tambien le quiero, tia;
y si entrambas le queremos,
tu le querrás por tu gusto,
mas yo por mi honor le quiero.
Que no soy yo tan liviana,
ni mi honor tan poco cuerdo,
que á quien no fuera mi esposo,
diera entrada en mi aposento.
El me ha dado la palabra:
mira lo que haces en esto;
porque yo tengo testigos,
y ha de cumplirmela luegó. *vase.*

D. CECILIA.

¡Qué es lo que dices, Francisca!
¡Margarita, que es aquesto!

MARGARITA.

Yo, señora, soy testigo,
y lo juraré á su tiempo.

D. CECILIA.

¡Tú testigo! ¡Tú lo has visto!

MARGARITA.

Con estos ojos no ménos,
que se ha de comer la tierra.

D. CECILIA.

¡Tú has de hacer tal juramento!
Lo contrario has de jurar.

MARGARITA.

¡Yo he de jurar falso! Arredro.
¿Y el alma, señora mia?
¿Pues no sabes, que hay infierno?

D. CECILIA.

¿Qué es infierno?

MARGARITA.

Donde hay tias.

D. CECILIA.

¿Sobrino, es aquesto cierto?

LISARDO.

Yo, señora:::

MARGARITA.

Yo testigo,
y lo juraré á su tiempo. *vase.*

D. CECILIA.

¿Qué es ésto, Lisardo? Alferez,
hablad. ¿De qué estais suspenso?

AGUIRRE.

Yo soy testigo tambien,
y lo juraré á su tiempo. *vase,*

D. CECILIA.

¡Qué es lo que escucho! Lisardo,
idos de casa al momento;
idos; no deis ocasion,
que á mis parientes y deudos
dé cuenta de esta traycion,
y os hagan pedazos luego.

LISARDO.

Esto es peor, vive Christo,
porque con esto perdemos
comodidad y regalo,
sin saber donde tenerlo,
y de malograr mi amor,
me pongo á evidente riesgo,
si ella avisa á sus parientes.
Engañarla, es el remedio.

D. CECILIA.

¿Qué esperais aqui, Lisardo?

LISARDO.

Señora, el sentido pierdo,
viendo tan gran falsedad,
quando yo solo soy vuestro.

D. CECILIA.

¡Qué decís!

LISARDO.

Que aquesto afirmo.

D. CECILIA.

¿Pues quién mueve este embeleco?

LISARDO.

¿Cómo he de saberlo yo,
señora? Viven los cielos,
que es engaño. ¿Pues por qué
quereis, que finja, que os quiero,
si no fuera la verdad?

D. CECILIA.

Pues si es solo atrevimiento
de mi sobrina, enojada
porque casarla no quiero;
sobrino, ven al instante,
y llevarás el dinero
para la dispensacion;
y como mi esposo y dueño,
de esta casa, en su desorden,
pon al instante remedio.

LISARDO.

Remedio, castigo y todo.

D. CECILIA.

Pues entra luego por ello.

Sale Chichon llorando.

CHICHON.

¡Ay de mí! Pobre Chichon,
que vengo ya medio muerto.
Oh lleve el diablo la vida,
que me envió á tal enredo.

D. CECILIA

¿Qué es eso, Chichon? ¿Qué trahe?

CHICHON.

Ay, señora: muerto vengo.
Fui á la audiencia del Vicario,
que es en un patio, muy lleno
de mesas, con tanta gente,
y tantos gritos entre ellos.
Llegué á una, donde unos mozos
alli estaban escribiendo,
y con mucha cortesia
dixe, quitando el sombrero:
¿Quién es aquí el perdulario,
para hacer un casamiento?
Y apenas tal hube dicho,
quando conmigo envistieron,
y á puñadas y patadas
me remendaron el cuerpo.

D. CECILIA.

¿Qué dice, Chichon?

CHICHON.

Señora,
no soy Chichon; que antes vengo
todo lleno de chichones.
Miré usté, que bien viene esto,
con decirme á mí mi padre,
que tener hijos no puedo,
si traygo aqui mas de treinta
chichoncitos.

D. CECILIA.

¡Qué tan necio
sea, que olbide un recado!

CHICHON.

Ay, señora; que no es eso.

D. CECILIA.

¡Que sea tan mentecato,
que á nada enviarle puedo,
que en vano siempre no sea!

CHICHON.

Pues ahora en vano no vengo.

D. CECILIA.

¿Pues qué ha hecho?

CHICHON.

¿Qué? Aqui traygo
dos papeles, que me dieron
para Frazquita.

LISARDO.

¡Qué dices!

CHICHON.

¿Pues qué manda para eso?
¿Quiere usté saber acaso,
lo que á la otra escribieron?

LISARDO.

Suelta, necio.

CHICHON.

No haré tal;
que me lo han dado en secreto.

LISARDO.

¿Quién te dió aquestos papeles?

CHICHON.

Ahí lo verán en ellos.
El Letrado y Don Martin.

D. CECILIA.

Leelos.

LISARDO.

Eso pretendo.

CHICHON.

Señores, miren lo que hacen;
que sabe mas que Galeno
el Letrado, y nos podrá
poner despues algun pleyto,
que nos cueste nuestra hacienda.

LISARDO.

Del Letrado es, el que leo. *lee.*

Señora, muchos litigantes van por vuestro parecer, pero el contrato de amor ha de ser in solidum, *y no de mancomun. Un soldado teneis en casa, y ahunque sea primo, yo entiendo mejor que vos* de militibus, capite 6. *Si enviais por dispensacion para casaros, yo lo he de estorbar, que para esto tengo á Salgado* de retentione; *y con esto,* vale. *Fecha* ut suprà.

El Lic. Celedon de Ampuero.

D. CECILIA.

¡Vióse tan gran desvergüenza!

CHICHON.

¡Mire usté, si bien le advierto!
¡Tome y los tiestos, que sabe!

LISARDO.

El de Don Martin ver, quiero. *lee.*
Señora, muy congojado estoy de lo mucho, que ha que no os doy palabra de casamiento. Tres cédulas os he enviado, y por si el término de ellas se ha acabado, le prorrógo en esta. Digo yo Don Martin de Herrera, Regidor, que fui de la Villa de Arnedo, que doy palabra de casarme con Doña Francisca Maldonado á su voluntad, á quien debo estas finezas por tantas de contado; y asi lo juro á Dios y á esta ✠.

Don Martin de Herrera,
Regidor de Arnedo.

D. CECILIA.

Lisardo, ¿qué es lo que dices?
¡Que á tales atrevimientos
ocasion dé mi sobrina!
Ya á tí te toca el empeño.

LISARDO.

Yo pondré remedio en todo,
y castigaré este exceso.

D. CECILIA.

¡Y él, Chichon, es alcahuete!

CHICHON.

¡Alcahuete! ¡Santos cielos,
alcahuete me han llamado
á mí, que un hermano tengo,
que va á caballo delante
del Rey!

D. CECILIA.

¿Pues qué es?

CHICHON.

Su cochero;
y tengo dos primos yo
sacristanes en Oviedo.
¡Yo alcahuete! ¡Jesu-Christo!
Pagueme usté mi dinero;
que no quiero estar en casa.

D. CECILIA.

¿Que dice?

CHICHON.

Lo que la cuento.
¡Yo deshonrar mi linage!

LISARDO.

Él no tiene culpa de ello.

CHICHON.

Sepa su merced, que soy
mas hidalgo, que un torrezno;
y si fue bruxa mi madre,

no tube la culpa de ello;
que ya por eso en Logroño
la dieron su salmorejo.
No he de parar mas en casa.

LISARDO.

Sosieguese; que el remedio
pondré yo, en quien tiene culpa.

CHICHON.

No hay que tratar; esto es hecho.
¡A mí me llama alcahuete,
que soy Chichon de Barrientos,
de Gil de Barrientos hijo,
y de Lain Lainez nieto,
bisnieto de Sancho Sanchez,
y chozno de Mendez Mendo!
Eso, como el A. B. C.
sé yo todos mis avuelos.

D. CECILIA.

Vén al momento, sobrino,
y luego lleva el dinero,
y mira por nuestro honor,
pues ya el de todos es vuestro.

LISARDO

Vamos, pues, señora.

D. CECILIA.

Vamos.

LISARDO.

¡Mil ducados! Tomarélos,

que ellos servirán de ayuda,
para lograr mis intentos. *vanse.*

CHICHON.

¡A mí alcahuete! ¡A mí teniendo avuelos!
En la garganta, cielos,
toda la honra se me ha hecho un nudo,
y aqui me temo ahogar, si no estornudo.
En un libro leí los otros dias,
que hay un viejo, que llaman Matatías.
Pues, Chichon, luego de buscarle trata,
y si le hallo, sabré, á como las mata;
que quiero, por honor de mis pasados,
vengarme, ahunque las mate á cien ducados.
Porque ya ha anochecido y hace lodos,
no le voy á buscar; mas si los codos,
de hambre me sé comer, he de buscalle.
Piensa, que lo ha con bobos; pero calle.
¿Ello no hay Matatías? Oh gran viejo,
pues hoy ha de valerme su consejo.
A todo el mundo hará gran beneficio;
no tiene el Rey, que dar, mejor oficio.
Pero en la sala pasos he sentido.

No puedo ver, quien es; que ha obscurecido.

Sale Celedon.

CELEDON.

Del Papel, vengo, á ver, si hallo respuesta;
que me ha costado hoy toda la siesta
de estudio, porque fuese bien escrito.

CHICHON.

¿Quién vá?

CELEDON.

¿Chichon amigo?

CHICHON.

¡El Letradito!

CELEDON.

¿Qué hay del Papel?

CHICHON.

¡Ay Dios! ¿Si hará prehenderme,
en sabiendo, lo que hay? No sé, que hacerme.

CELEDON.

¿Qué dices?

CHICHON.

Me costó mil embarazos.

CELEDON.

¿Cómo?

CHICHON.

La tia le ha hecho mil pedazos.

CELEDON.

¿Pues como tú el secreto has revelado?

CHICHON.

¿Revelar? Sepa usted, señor Letrado,
que yo soy mas leal, sin duda alguna,
que el page de Don Alvaro de Luna.

CELEDON.

Ya lo sé yo.

CHICHON.

La tia lo ha rompido,
y me llamó alcahuete.

CELEDON.

¡Qué eso ha habido!

CHICHON.

¿Quiere usted ordenarme una querella
para el Juez Matatías contra ella?

Sale Don Martin.

D. MARTIN.

Mientras es hora de otro galanteo,
vengo, á ver, si se logra mi deseo
con el Papel; que á tantas que prometo,
casamiento, en alguna tendrá efecto.

CHICHON.

¡Ay señor, grande mal, si es el soldado!

CELEDON.

¿Qué he de hacer?

CHICHON *escondiendole.*

Esconderos á este lado.

CELEDON.

Sacame de aqui presto, hombre del diablo.

CHICHON.

Yo os sacaré. ¿Quién vá?

D. MARTIN.

Yo soy.

CHICHON.

¡San Pablo!

¿A qué viene, señor? Gran mal sospecho.

¿No sabe el caldo, que el Papel ha hecho?

D. MARTIN.

¿Qué caldo?

CHICHON.

De alcaparras.

Vayase; no tengamos la de marras.

D. CECILIA *dentro.*

¿Ola, Chichon?

D. MARTIN.

¿Quién es?

CHICHON.

¡Santa Maria!

D. MARTIN.

¿Es el soldado?

CHICHON.

No sino la tia,

que es peor que soldado y vandolero.
Mira, que viene.

D. MARTIN.

Aqui esconderme quiero.

CHICHON.

¿Dónde vais?

D. MARTIN.

A esconderme.

CHICHON.

En otro nido;
que en ese está otro paxaro escondido.

Escondese á otro lado, y sale Doña Cecilia.

D. CECILIA.

¿Chichon, qué es eso? ¿Quién hablaba ahora?

CHICHON.

Rezo mis devociones; que ya es hora.

D. CECILIA.

Yo he sentido aqui pasos de otra planta.

CHICHON.

¡Pasos ahora! ¡Es semana santa!

D. CECILIA.

Yo pasos he sentido,
y visto un vulto, á quien hablar he oido.

CHICHON.

Pues eso es la verdad; que se me ha hinchado
no sé que, y tengo un vulto en este lado.

D. CECILIA.

Sacad luces. ¿Francisca, Margarita. Sobrino, ola?

CHICHON.

Tu lengua sea maldita.
¡Qué hace, señora! Calle: no le llame, que topará con ellos.

D. CECILIA.

¡Cómo, infame!
¿Francisca, Margarita?

Salen Doña Francisca, Margarita, Lisardo y Aguirre.

D. FRANCISCA.

¡Qué nos quieres, señora!

LISARDO.

¡Qué das voces!

D. CECILIA.

¿Pues no infieres el riesgo de mi voz? Aqui he sentido un hombre con Chichon, y está escondido.

CHICHON.

Señores, que se engaña y precipita; que son dos por aquesta cruz bendita.

D. CECILIA.

¿Qué es lo que dices, simple?

CHICHON.

Aqui está el uno.

CELEDON *saliendo.*

¿Qué haces, tonto?

CHICHON.

No sea usté importuno.

D. CECILIA.

¡Qué es lo que miro! ¡En mi casa
un hombre escondido está!
Sobrino, á tu honor le importa;
este hombre se ha de casar
con mi sobrina al instante.

LISARDO.

No me faltaba á mí mas. *ap.*

D. FRANCISCA.

¿Qué es, lo que dices, señora?

D. CECILIA.

Contigo se ha de casar.

MARGARITA.

Valgate el diablo por tia,
fondo en suegra.

CELEDON.

Eso me está
muy bien á mí. Esta es mi mano.

CHICHON.

Tengase; que hay mayor mal;
que no se remedia nada
con eso.

D. CECILIA.

¡Hay tal necedad!

¿Qué es lo que dices, simplón?

CHICHON.

¿Pues el otro, que allí está,
hase de casar conmigo?

LISARDO.

¡Otro hombre escondido hay!

CHICHON.

Si, señor: véle usté aqui.

D. MARTIN.

Calla, hombre de Satanas.

CHICHON.

Calle él con dos mil diablos;
que tiene porque callar.

Saca á Don Martin.

D. CECILIA.

¡Qué es lo que miro! Sobrino,
vuestro honor perdido está,
si uno de ellos no se casa.

LISARDO.

Bueno.

AGUIRRE.

¿Qué llama casar?
Lisardo, mueran entrambos.

D. CECILIA.

Alferez, mi honor mirad;
que eso es hacer mas mi afrenta.

MARGARITA.

¡Qué haga esta tia infernal

el viejo de la comedia!

D. MARTIN.

Para mí dicha será,
darla al instante la mano.

CELEDON.

Darla yo, os importa mas;
que es dicha mia y ahun suya.

D. CECILIA.

Lisardo, escoje tu qual;
porque de los dos, el uno
casado aqui ha de quedar.

D. FRANCISCA.

Mira, lo que haces, Lisardo. *ap.*

LISARDO.

Asi lo quiero estorbar. *ap.*
El que fuere de los dos
de mas merito capaz,
se ha de casar con mi prima.

CELEDON.

¿Pues en eso hay que dudar?
Yo he sido de San Clemente
Alcalde mayor: demás
de que yo entré aqui primero,
como ese hombre lo dirá;
y la ley *primo occupanti*
por derecho me la da.

D. MARTIN.

¿Qué ley? ¡Pues un Licenciado

se quiere ahora igualar
con un Regidor de Arnedo!

CELEDON.

¡Cómo Regidor! ¿No es mas
un grado de Bacalauro?

CHICHON.

El grado de bacallar
no es mas, sino mucho menos.

AGUIRRE.

El remedio, que aqui hay,
es, que salgan á campaña,
y al que alli valiere mas,
le deis á vuestra sobrina.

D. MARTIN.

Yo lo aceto. Salga ya:
tome armas, seor Licenciado;
que yo le espero en San Blas. *vase.*

D. CECILIA.

¿Alferez, que es lo que haceis?

LISARDO.

Esto es mas autoridad
de nuestro honor. Bien ha dicho.
¿Licenciado, que esperais?

CELEDON.

Señor, yo reñir no quiero;
que vengo á casarme en paz.

AGUIRRE.

¡Como no! Viven los cielos,

que lo habeis de pelear,
ó se le ha de dar al otro....

CELEDON.

Densela con Barrabás;
que yo no quiero reñir.

LISARDO.

¿No veis, que infame quedais?

CELEDON.

Señor mio, no hay aqui
tomarlo ó dexarlo mas.
Yo no he menester mujer,
que la haya de sustentar
con la espada y la comida.

D. CECILIA.

Dice bien, y pues se va
el otro, este no ha de ir,
sin casarse.

D. FRANCISCA.

Eso será,
si quiero yo, y con ninguno
de los dos me he de casar.

LISARDO.

¡Cómo no! Viven los cielos,
que la mano habeis de dar,
al que de los dos venciere.
¿Licenciado, que aguardais?

CELEDON.

Yo me voy; mas no á reñir.

LISARDO.

¿Pues donde os vais?

CELEDON.

A cenar. *vase.*

D. CECILIA.

¡Que es esto, Lisardo! ¡Cómo
entrambos á dos se van,
sin casarse! ¡Pues mi honor!

LISARDO.

Eso á mí me importa mas.

D. CECILIA.

¡Cómo importar! Detenedle,
Alferez; que esto es quedar
toda mi casa sin honra.

LISARDO.

Deteneos, ¿Donde vais?

D. CECILIA.

No le detengais.

LISARDO.

Sí quiero.
¡Yo á mi prima la he de dar,
á quien rehusa un desafio!

D. CECILIA.

¿Pues vos, como asi me hablais?

LISARDO.

Porque el honor de mi prima
es mio, y me importa mas
á mí, que á vos; y porque

yo soy vuestro esposo ya,
y á quien, los daños de casa
toca, solo, remediar;
y vos no habeis de tener
mas duelo que yo: ea, entrad,
á cuidar, de lo que os toca
dentro de casa; que acá
yo sabré, lo que me importa.

D. CECILIA.

¿Pues cómo asi me tratais?

LISARDO.

¿No soy vuestro esposo?

D. CECILIA.

Si.

LISARDO.

¿Pues por qué no he de mandar
á mi mujer?

D. CECILIA.

Es razon.

LISARDO.

Pues entraos. ¿Qué aguardais?

D. CECILIA.

Ya os obedezco, marido.
Oygan, de fuera vendrá
quien nos echará de casa. *vase.*

D. FRANCISCA.

¡Cómo, ingrato y desleal,
tu marido de mi tia!

LISARDO.

Si, señora. ¿Lo dudais?
Y vos, de quien yo quisiere,
lo habeis de ser.

D. FRANCISCA.

Eso es mas.

LISARDO.

Entraos vos tambien adentro.

MARGARITA.

¡A mi señora tratais
de este modo!

AGUIRRE.

¿Quién la mete
á ella aqui? Vaya á fregar,
y á prevenirnos la cena;
que Lisardo es su amo ya,
si fue huesped hasta aqui.

MARGARITA.

¡Bueno! De fuera vendrá,
quien nos echará de casa. *vase.*

CHICHON.

¡Pues de esa suerte tratais
á mi mujer!

AGUIRRE.

¡Qué mujer!

CHICHON.

Margarita; que lo es ya;
que ya no quiero ser virgen,

sino martir; y mirad,
que es mi esposa.

AGUIRRE.

Y vos tambien
idos al punto, á limpiar
la caballeriza.

CHICHON.

¡Yo!

AGUIRRE.

Sí: vos.

CHICHON.

De fuera vendrá,
quien nos echará de casa. *vase.*

LISARDO.

Esto lo acredita mas,
Alferez, á mis criados
vos no mandeis, ni riñais.
Idos de aqui.

AGUIRRE.

¡Yo tambien!

LISARDO.

Vos tambien.

AGUIRRE.

Pues el refran
tambien se hizo para mí. *vase.*

D. FRANCISCA.

¡Dueño esquivo de mi mal,
qué es esto! ¡Con tal traicion

tú me has venido á engañar!
¡Tú te casas con mi tia!

LISARDO.

Mi bien, yo no intento tal.
Saben los cielos divinos,
que tu sola la deidad
eres, que el alma venera.

D. FRANCISCA.

¿Pues qué es esto?

LISARDO.

Dar lugar,
á que nuestro amor se logre.

D. FRANCISCA.

¿Pues cómo tomado has
para la dispensacion
mil ducados?

LISARDO.

Para dar
mas logro al intento mio
con este engaño, y verás,
como luego en una joya
te los vuelvo.

D. FRANCISCA.

No hagas tal.
Dexa joyas: la firmeza
solo de tu amor me da.

LISARDO.

Esa en el alma la tienes.

D. FRANCISCA.

Ay Lisardo ¡esto es verdad!

LISARDO.

¡Pues tú la dudas!

D. FRANCISCA.

La temo.

LISARDO.

Tuyo soy.

D. FRANCISCA.

Dicha será.

Pues con eso:::

LISARDO.

¡Qué pretendes!

D. FRANCISCA.

los pensamientos, que están
tristes en mi corazon,
á los alegres, que ya
entran en él, dirán luego:::

LISARDO.

¡Cómo!

D. FRANCISCA.

de fuera vendrá,
quien de casa nos echará.

JORNADA TERCERA.

Salen Aguirre y Lisardo.

AGUIRRE.

Lisardo, viven los cielos,
que toda la casa está
en un puño.

LISARDO.

¿Mando ya
como dueño?

AGUIRRE.

El fingir zelos
de la tia, no me plugo,
ni os lo he de poder llevar.

LISARDO.

¿Por qué?

AGUIRRE.

Lo mismo es, pagar
los azotes al verdugo.

LISARDO.

Eso, amigo, es necesario,

hasta lograr mi pretexto;
con el dinero he dispuesto,
sacarla por el Vicario;
que otro medio no consiente
Doña Francisca á mi amor;
porque este para su honor
le parece el mas decente.
Y asi ahora vos, es preciso,
que pues todo está cabal,
vais, á llamar al Fiscal,
que está esperando mi aviso.

AGUIRRE.

Yo iré; mas me desatina
la tia. Pues ya sois dueño,
fingidla el amor con ceño,
y echadlo ya á la mohina.

LISARDO.

Andad; que el tema os celebro.

AGUIRRE.

Pues mirad:::

LISARDO.

¿Que he de mirar?

AGUIRRE.

que os he de desafiar,
si la decis un requiebro.
Asi el mandar os señalo.

LISARDO.

¡Qué mande tanto, quereis!

AGUIRRE.

Sí, amigo; por si podeis
tras el mando, iros al palo. *vase.*

Sale Chichon.

CHICHON.

¡Tanto esperar con tal frio!
Ya mi paciencia condeno.
No hay mal sin algo de bueno.
Esto está bien á un Judio.

LISARDO.

¿Chichon, qué es eso?

CHICHON.

En ponerse,
para salir mis señoras
un manto, ha que están dos horas.
No tarda tanto, en texerse.

LISARDO.

¿Salir?

CHICHON.

Salir: si, señor.

LISARDO.

¿Dónde?

CHICHON.

No lo sé en conciencia.

LISARDO.

¡Pues cómo sin mi licencia!

CHICHON.

¿Es usté el Padre Prior?

LISARDO.

Soy el dueño de esta accion;
y él, si antes no me avisa,
no ha de ir con ellas ni á Misa.

CHICHON.

Tiene usté mucha razon.
A Misa, es bien, que repare,
que ir sin licencia, es error;
pero á la calle mayor,
quando se las antojare.

LISARDO.

No han de ir sin esta atencion,
ni ahun á Sermon, si eso pasa.

CHICHON.

¿Pues, si usté predica en casa,
para qué han de ir á Sermon?

LISARDO.

A esto, el ser dueño, me empeña.

CHICHON.

Dueño es usté, pues las ciñe;
pero, segun lo que riñe,
no parece, sino dueña.

LISARDO.

Dexe la capa; que no
ha de ir con ellas ahora.

CHICHON.

¿Y si riñe mi señora?

LISARDO.

No hay mas señora, que yo.

CHICHON.

Ola, por Dios, que lo crea.

LISARDO.

Quite la capa, ó si no
iré, á quitarsela yo.

CHICHON.

¿Pues usté manda, ó capea?

LISARDO.

Solo á mí, el mandarle, toca.

CHICHON.

¿Luego mi ama no lo es ya?

LISARDO.

No; sino yo.

CHICHON.

Bien está.
Mas pongase usté la toca.

LISARDO.

Entrese adentro.

CHICHON.

Si haré.
¿Mas qué es mi señora en casa?
Expliqueme, si eso pasa,
este busilis, porque
mis obediencias se midan.

LISARDO.

Nada mas que mi mujer.

CHICHON.

Pues ella algo es.

LISARDO.

¿Qué ha de ser?

CHICHON.

Digo yo, que será un *quidam.*

LISARDO.

Solo á mi obedezca en casa;
que lo demas será exceso.

CHICHON.

Tenga usté cuenta con eso;
que ahora verá, lo que pasa.

Salen Doña Francisca, Doña Cecilia y Margarita con mantos.

D. CECILIA.

Frazquita, no me amohines.
¡Vióse tardar tan molesto!

D. FRANCISCA.

Ya yo tengo el manto puesto.

MARGARITA.

Y yo el manto y los chapines.

D. CECILIA.

¿Chichon, no vé, que le espero?
Venga ya; que él es peor.

CHICHON.

¿Dónde?

D. CECILIA.

Á la calle mayor.

CHICHON.

Vayase ella; que no quiero.

D. CECILIA.

¡Está loco!

CHICHON.

Ya es en vano,
ni mandar, ni obedecello.

D. CECILIA.

¡Qué habla!

CHICHON.

Hay orden para ello.

D. CECILIA.

¿Qué orden hay?

CHICHON.

La de Moyano.

D. CECILIA.

¡Pues palabras tan osadas
conmigo ha de prónunciar!

CHICHON.

Señora mia, el mandar
ya son cosas acabadas.

D. CECILIA.

¡Quién le ha dado esa osadia!

LISARDO.

Yo.

D. CECILIA.

¡Pues, sobrino, qué es eso!

LISARDO.

Poner modo en el exceso,
que hay en esta casa, tia.
Que salga, es mal consentido,
nadie ya sin mi licencia;
porque hay mucha diferencia
desde un sobrino á un marido.
Y tu esta atencion me estima;
que va muy errado el modo,
y ha de haber enmienda en todo.
Quitate ya el manto, prima.

D. FRANCISCA.

Yo no soy, la que lo mando;
en vano, á reñirme, vienes.

MARGARITA.

Bien haya el alma, que tienes;
que ibamos ya reventando.

D. CECILIA.

¡Qué haces, Frazquita! ¡Esto pasa!
¡Conmigo no han de venir!

LISARDO.

Digo, que no hán de salir
sin mi licencia de casa.

D. CECILIA.

¡Bueno es, que eso nos impidas!

LISARDO.

Bueno ó malo, eso será.

CHICHON.

Dice bien: entrense allá;
que son unas atrevidas.

D. CECILIA.

¿Pues salir es indecencia,
donde necesario es?

LISARDO.

No; mas ha de ser, despues
de pedirme á mí licencia;
que si yo he ser tu esposo,
no quiero, que mi mujer
esté enseñada, á tener
el manto tan licencioso.

D. CECILIA.

¡Pues esto me has de quitar!

LISARDO.

Como marido lo impido.

CHICHON.

¿Pues con un señor marido
se atreven á replicar?

D. CECILIA.

Mi decoro á mí me abona,
y, donde quiera, saldré.

CHICHON.

Calle ahi. Quitela usté,
que no sea respondona.

D. CECILIA.

Digo, que yo he de salir.

Niñas, nó os quiteis los mantos;
que no es cosa estos espantos,
para poderse sufrir.
¡El me ha de ir á la mano
en que salga ó nó!

CHICHON.

Si hará.

LISARDO.

Pues con eso vendrá ya
la dispensacion en vano;
que yo, á casarme, no aguardo
con mujer tan licenciosa.

CHICHON.

Bien dice; que es muy briosa.

D. CECILIA.

¿Qué es lo que dices, Lisardo?

LISARDO.

Que, casarme, no imagino.

D. CECILIA.

Quita presto, Margarita:
quita el manto: quita, quita.
Tiene razon mi sobrino:
Jesus, sobrino querido,
no saldré de casa yo
sin tu licencia. Eso no.
Lo primero es el marido.
y si tu gustas, esposo,
me iré á la cueva.

CHICHON.

Y la creo.
¡Miren lo que hace un deseo
de viuda libidinosa!

D. FRANCISCA.

Margarita, lindo cuento. *ap.*
¿No ves, lo que le ha sufrido?
¡Que ella haga esto por marido,
y nos predique convento!

MARGARITA.

Pues solo, señora mia, *ap.*
de ella me he de ver vengada,
con que, ahunque sea casada,
siempre ha de quedarse tia.

D. CECILIA.

¿Qué quieres; que mi albedrio
solo en tí tiene su centro?

LISARDO.

Quiero, que te entres adentro.

D. CECILIA.

Al instante, dueño mio.
Solo ya tu gusto espero;
que obedecerle, es razon.
Venid, muchachas. Chichon,
entre conmigo.

CHICHON.

No quiero.

D. CECILIA.

¡Cómo responde ese error!

CHICHON.

¡Cómo! ¿No llega á entender,
que solo he de obedecer
al marido mi señor!

LISARDO.

¡Porque no! Y á ella tambien.

CHICHON.

Anden y tenganse, es esto.
¿Usté no me manda aquesto?

LISARDO.

Para en casa no.

CHICHON.

Está bien.
Pues dentro de la clausura,
mande usté, hasta que no quiera;
porque, en saliendo allá fuera,
se cierra la mandadura. *vanse.*

D. FRANCISCA.

Esto, Lisardo, no es vida,
para que sufrir se pueda,
Yo, de fingirte su esposo,
te revoco la licencia.
Porque, ahunque sea fingido,
tanto del marido juega,
que con el eco su labio
tira á mi oido una flecha.

Yo no he de ver, que mi tia
te enamore en mi presencia:
y quando yo atada el alma,
tenga ella libre la lengua.
Ella repite el marido,
y tu de mujer la llenas;
mi agravio el oido toca,
tu amor el mio le piensa.
¿Pues cómo yo he de sufrirlo?
¡Soy monja, para que crea
satisfacciones mentales
contra vocales ofensas!
No, Lisardo: no es posible;
porque no es equivalencia,
que me quieras hácia dentro,
y me agravies hácia fuera.
¡Yo he de tocar mis heridas,
y quieres, que esté contenta,
de que hagas, para curarme,
por ensalmo las finezas!
No, señor. ¿Para qué es esto?
¿Yo no hablé claro con ella?
¡Pues qué temes tu en mi tia,
lo que mi temor desprecia!
¿Qué aguardas con tu silencio,
Lisardo mio? ¿Qué esperas?
¿Soy plaza sitiada yo,
para estar con esa flema?

¿Soy yo castillo de Flandes?
Y quando acaso lo fuera,
si te doy la puerta yo,
¿qué aguardas á la interpresa?
Declarate pues.

LISARDO.

Detente,
Doña Francisca; que dexas
corrida mi bizarria,
é injuriada mi fineza.
¿No sabes, que está dispuesto,
que por el Vicario vengan
á sacarte de tu casa,
con una cédula hecha
de tu mano, en que mi esposa
prometes ser, y tu mesma
este medio has escojido,
por ser de mayor decencia?
Esto está ya executado,
y ahora espero, que vengan.
¿Pues qué te quexas de mí,
si executo lo que ordenas?

D. FRANCISCA.

¿Pues, si está tan cerca el plazo,
para qué me das la pena,
de llamarla siempre esposa?

MARGARITA.

Señor, eso se remedia

con una cosa muy facil,
que á mí de paso me venga.

LISARDO.

¿Y que ha de ser?

MARGARITA.

No mas de esto;
que pues ella se refresca
con lo esposa, se lo quites,
y la llames tia á secas.

LISARDO.

¿Pues para qué ha de ser eso?

MARGARITA.

Lisardo, vengame de ella.
Veala yo lleno llena de tias
de los pies á la cabeza.

LISARDO.

¿No es mejor, fingir ahora?

D. FRANCISCA.

Lisardo, tú me atormentas.

LISARDO.

¿No lo sufrirás dos horas?

D. FRANCISCA.

¿Qué se aventura en su quexa?

LISARDO.

Que se presuma el engaño.

D. FRANCISCA.

¿Pues luego no ha de ser fuerza?

LISARDO.

Quando estés fuera, no importa.

D. FRANCISCA.

¿Y antes de eso, qué se arriesga?

LISARDO.

El que avise á sus parientes.

D. FRANCISCA.

Pues, ahunque todo se pierda,
no la has de llamar esposa.

LISARDO.

¿Pues no ves, que eso es quimera?

D. FRANCISCA.

Me da pesar.

LISARDO.

Es fingido.

D. FRANCISCA.

Eso es susto.

LISARDO.

No es fineza.

D. FRANCISCA.

Pues no, ha de ser.

LISARDO.

¿Eso dices?

D. CECILIA *saliendo.*

¡Jesus, que voces son estas!

LISARDO.

Cierto, tia, que mi prima
pienso, que se ha vuelto suegra.

porque, de haberte reñido,
por sí ha tomado la quexa,
y está insufrible por Dios.

D. CECILIA.

¿Quién la mete en eso á ella?
Mi esposo puede reñirme,
y hace muy bien, y en mí es deuda,
obedecer á mi esposo;
que su honor en esto zela:
y á un esposo esto le toca.

D. FRANCISCA.

Ya escampa. ¡Lo que esponsea!

MARGARITA.

Di, que á cuenta de lo esposo
le dé una zurra muy buena;
que, porque no se le vaya,
le ha de sufrir una vuelta.

LISARDO.

Esto, tia, es insufrible.

D. CECILIA.

Esposo, es grande indecencia,
que te riña mi sobrina;
pero todo se remedia,
con darla estado al instante.

LISARDO.

Sí, tia; eso ha de ser fuerza.

D. CECILIA.

Darsela á Don Martin, quiero.

LISARDO.

Tia, si conviene, sea.

D. CECILIA.

Pues, esposo, hablale tú.

LISARDO.

Tia, haré la diligencia.

D. FRANCISCA.

¿Viste tal tema de esposo?

MARGARITA.

Calla, que eso se descuenta
con las tias, que él la da.
Ten un poco de paciencia.

D. CECILIA.

Pues ve á buscarle al momento;
que no quiero, que esto tenga
mas plazo, que el de mañana.

LISARDO.

Sí, tia.

D. CECILIA.

Ese nombre dexa,
sobrino; que es mucha tia,
á quien ser tu esposa espera.

LISARDO.

¿Pues tia, esto no es cariño?

MARGARITA.

Eso si: dale con ella.
Dexale tiar, señora.

Sale Aguirre.

AGUIRRE.

¿Lisardo?

LISARDO.

¿Qué cara es esa,
Alferez? ¿Qué ha sucedido?

AGUIRRE.

He tenido una pendencia.

LISARDO.

¡Con quién! ¿Viene ya el Fiscal?

AGUIRRE.

Ya de ello avisado queda;
mas en vano.

LISARDO.

¿Qué decís?

AGUIRRE.

Vos estais con linda flema.
Venid conmigo al momento.

LISARDO.

¿Pues, que ha habido?

AGUIRRE.

Una contienda.

LISARDO.

¿Pues con quién?

AGUIRRE.

Venios luego;
que yo os lo diré acá fuera.

LISARDO.

¿Qué es?

AGUIRRE.

El diablo, que me lleve.
Venid presto.

LISARDO.

¡Hay tal respuesta!
Alferez, habladme claro.

AGUIRRE.

¿Que he de hablar? Mirad, que llega.

LISARDO.

¿Quién es?

AGUIRRE.

Don Luis Maldonado,
que ahora de Flandes se apea,
y preguntando la casa,
ya por esta calle entra.

LISARDO.

¿Hablais de veras?

AGUIRRE.

¿Pues qué
darme á mí susto pudiera,
sino un hermano, de quien
hijo os fingís en su ausencia?

LISARDO.

¡Pues quién ahora le ha trahido!

AGUIRRE.

Algun diablo ó un poeta,

que trahe al paso apretado
el hermano á la comedia.

LISARDO.

¿Qué hemos de hacer?

AGUIRRE.

El remedio
en dos palabras se encierra.

LISARDO.

¿Qué son?

AGUIRRE.

Escurrir la bola,
y presto; que pienso, que entra;

LISARDO.

Señora, un amigo mio
de Flandes ahora llega,
y irle á ver luego, es forzoso.

D. CECILIA.

Aguarda, sobrino; espera.

LISARDO.

No me puedo detener.

D. FRANCISCA.

Ay, señora, que es pendencia.
Llamale.

D. CECILIA.

¿Sobrino? ¿Esposo?

LISARDO.

Tia, luego doy la vuelta.

D. CECILIA.

Escucha.

AGUIRRE.

Vamos de aqui.

LISARDO.

Luego vuelvo.

AGUIRRE.

Ved, que espera.

LISARDO.

A Dios.

D. CECILIA.

¿Lisardo?

D. FRANCISCA.

¿Lisardo?

AGUIRRE.

A buen tiempo lisardean. *vanse.*

CHICHON *saliendo.*

Señora, señora, albricias.

D. CECILIA.

¡De qué, Chichon!

CHICHON.

Esa es buena.

¿Luego ya no le habeis visto?

D. CECILIA.

¿A quién?

CHICHON.

Hay mayor pereza.

Cierto, que son descuidadas.

D. CECILIA.

¡Qué dice!

CHICHON.

¡Miren, qué flema!
¡Que se esten unas mugeres
en casa, y que hacer no tengan,
y haya venido un hermano
de Flandes, y no lo sepan!

D. CECILIA.

¡Pues cómo hemos de saberlo!

CHICHON.

¡Pues en casa tan compuestas,
qué hacen todo el santo dia!
¿No es mejor, que lo supieran,
que estar mano sobre mano?

D. CECILIA.

¡Mi hermano viene!

CHICHON.

¡Hay tal flema!
Velo aqui: estas son las cosas,
que me apuran la paciencia.
¡Qué se venga el buen señor,
harto de caminar leguas,
que sabe Dios como tiene
las pobres asentaderas,
y su merced se esté aqui,
sin saberlo!

D. CECILIA.

¡Qué me cuenta!
¡Mi hermano en Madrid!

CHICHON.

Ea, calle;
que eso es, no tener vergüenza.
Quando no fuera su hermano,
sino un amigo siquiera,
era poca caridad;
pues, es decir, como llega.
Mas gordo está, que un Prior
vestido de la Flamenca,
que ahora llaman á la moda,
todo con botas y espuelas,
y pienso, que viene en coche.

D. CECILIA.

¡Con espuelas en coche entra!

CHICHON.

Si: para picar la almohada,
que no sabe usté esta treta,
por si no andan las mulas;
Pero aguardense: que él llega.

D. CECILIA.

¡Ay cielos, si sentirá;
que su hijo mi esposo sea!

D. FRANCISCA.

¡Ay Margarita! Mi tio,
temo, que á estorbarme, venga,

que con Lisardo me case.

MARGARITA.

Calla, señora; no temas;
que él es, á quien le está bien.

MALDONADO *dentro.*

Ah de casa.

CHICHON.

A esotra puerta;
que aqui están, sordos.

Sale Maldonado.

MALDONADO.

¿Hermana?

D. CECILIA.

Mil veces enhorabuena
vengas, hermano querido.

MALDONADO.

Francisca, abrazame: llega.

D. FRANCISCA.

Y con muchos parabienes.

MARGARITA.

Veamos, si de mí se acuerda.

MALDONADO.

¿Margarita, no me abrazas?

MARGARITA.

Estaba, señor, suspensa,
por si de mí te acordabas,
que con poquisima ausencia
se olbidan las Margaritas.

CHICHON.

Es, señor, como una perla.

MALDONADO.

¿Chichon amigo?

CHICHON.

Señor,
¿qué de mí tambien te acuerdas?

MALDONADO.

¿Pues no?

CHICHON.

No es sino, que tú
tienes muy linda cabeza
para chichones.

D. CECILIA.

Hermano,
¡cómo en olbido lo dexas!
¿No preguntas por tu hijo?

MALDONADO.

¿Por que hijo?

D. CECILIA.

En vano lo zelas;
que ya él me ha dicho el secreto.

MALDONADO.

¿Qué secreto?

D. CECILIA.

¿Pues te pesa?
Ya sé, que tu hijo es Lisardo.

MALDONADO.

¿Qué Lisardo?

CHICHON.

El que nos echa
á todos de nuestra casa,
siendo el que vino de fuera.
No se le parece á usté,
ahunque mas su hijo sea;
que tiene mas condicion,
que una tia, y que una suegra.
Mas manda, que un mayordomo.

MALDONADO.

No es posible, que os entienda.

D. FRANCISCA.

Tio, ¿el Capitan Lisardo
no es mi primo, el que encomiendas
á mi tia por tu carta?

MALDONADO.

¿Qué primo? ¿Qué carta es esta?

D. CECILIA.

Con el Alferez Aguirre
vino, á mi casa á trahella.

MALDONADO.

Ese hombre es un Capitan,
que de Flandes en la guerra
sirvió y fue soldado mio;
y al venirse, la encomienda
le dí de una carta mia,

por si algo se le ofreciera,
en que valerle pudieses.

D. CECILIA.

¿Y no me mandaste en ella,
que le hospedase en mi casa?

MALDONADO.

¡Yo mandar tal indecencia!

D. CECILIA.

¡Y no es tu hijo!

MALDONADO.

¡Qué hijo!

D. CECILIA.

De aquella dama Flamenca,
que llaman madama Blanca.

MALDONADO.

¡Quieres que el sentido pierda!
Ni yo tube hijo en mi vida,
ni supe jamas, quien fuera
aquesa madama Blanca.

CHICHON.

Pues será madama Negra.

MALDONADO.

¿Qué dices?

CHICHON.

Que esto es forzoso,
si es el primo de Güinea.

MARGARITA.

Ay señora, que el sobrino

se volvió con la veleta.

D. FRANCISCA.

¡Ay de mí, que el desengaño,
quando es sin remedio, llega!

MALDONADO.

¿Luego ha dicho, que es mi hijo?

D. CECILIA.

Y con esa fé se hospeda
en casa, desde que vino.

MALDONADO.

¡Vióse mayor desvergüenza!
¿Y dónde está?

D. CECILIA.

De aqui ahora
se fue.

MALDONADO.

Antes que las espuelas
me quite, le he de buscar,
y castigar esta ofensa.

CHICHON.

Pues yo iré con su mercé;
que hemos de ajustar la cuenta,
y me ha de restituir,
lo que ha mandado en su ausencia,
como hijo falso.

MALDONADO.

Ven luego.
Donde estubiere me lleva.

CHICHON.

El es, quien ha de llevar.

MALDONADO.

Vamos pues.

D. CECILIA.

Hermano, espera.

MALDONADO.

¿Qué dices?

D. CECILIA.

Que hay mas empeño.

MALDONADO.

Calla; no hables, si es afrenta:
que, hasta tomar la venganza,
mejor es, que no la sepa.
Ven, Chichon.

CHICHON.

Vamos al punto.

D. FRANCISCA.

¿Tio, señor::::?

CHICHON.

Callen ellas.

MALDONADO.

Vive Dios, que he de matarle.

D. FRANCISCA.

¡Hay desdicha como aquesta!
Oye antes.

MALDONADO.

No quiero, oirte,

hasta que este infame muera. *vase.*

D. FRANCISCA.

Chichon, reportale tú.

D. CECILIA.

Reportale, si se empeña.

CHICHON.

¿Soy yo reportorio acaso?
Dexenle matar siquiera. *vase.*

D. CECILIA.

¡Ay Frazquita!

D. FRANCISCA.

¿Qué, señora?

D. CECILIA.

Gran mal habrá, si le encuentra.

D. FRANCISCA.

Eso mesmo digo yo.

D. CECILIA.

Mas que la tuya, es mi pena.

D. FRANCISCA.

¿Por qué mas, si como á primo
le amaba?

D. CECILIA.

Porque yo, es fuerza,
que como amante le llore,
y como esposo le pierda. *vase.*

D. FRANCISCA.

¡Ay Margarita!

MARGARITA.

¿Qué dices?

D. FRANCISCA.

¡Muerta voy!

MARGARITA.

Tu mal halienta.

D. FRANCISCA.

¿Pues qué he de hacer?

MARGARITA.

Consolarte,
con lo que á mí me consuela.

D. FRANCISCA.

¿Qué?

MARGARITA.

Que tu tia esta noche,
no hay razon, sino revienta.

D. FRANCISCA.

¿De qué?

MARGARITA.

De dolor de tripas.

D. FRANCISCA.

¿Cómo?

MARGARITA.

Echó al marido de ellas,
y se le han llenado de ayre.

D. FRANCISCA.

Ven, amiga; que voy muerta. *vanse.*

Sale Aguirre.

AGUIRRE.

Ya que habemos perdido la posada,
y en paz quedamos yo y mi camarada,
por la infausta venida del hermano,
que el paxaro nos quita de la mano,
del susto y de la pérdida del caso,
á hartarme de mentir, para despique,
á las gradas me vengo paso á paso;
y vive Dios, que, si hallo, quien replique
á cuchillada alguna,
ahunque yo diga, que la dí en la Luna,
y del creciente le corté una pieza,
se la he de dar á él en la cabeza.
Yo solo he de envestir aqui á un Castillo,
y he de ganar el foso y el rastrillo;
y por suponer algo de batalla,
se ha de volar un lienzo de muralla,
que fue á parar volando en Alicante,
de que se hizo el turron de alli adelante.

Sale Celedon.

CELEDON.

¡Señores, hay tal tema de hombre osado!
¡Jesus, Jesus!

AGUIRRE.

¿Qué es eso, Licenciado?

CELEDON.

Usted, señor Alferez, me defienda
de Don Martin; que ahun dura la contienda.

Sale Don Martin.

D. MARTIN.

Ha de salir al campo, por San Pablo.

CELEDON.

Yo no quiero reñir, hombre del diablo.

D. MARTIN.

¿Pues por qué me compite el galanteo.

CELEDON.

Yo no compito; logra tu deseo;
que yo diré ante el Nuncio,
que esa doncella, y todas te renuncio,
y á las del fuero Real del mesmo modo,
y á la doncella de labor y todo.

D. MARTIN.

Yo no puedo casarme, sino riño.

AGUIRRE.

Dice bien, porque está comprometido.

CELEDON.

¡Qué llama bien; que perderé el sentido!

AGUIRRE.

Oyga, señor Letrado,
el reñir no lo excusa un hombre hon-

rado;
si usted no tiene colera bastante,
yo un desafio le pondré delante,
que tube en Flandes. Mire como riño,
y haga colera usted.

CELEDON.

¡Gentil aliño!

AGUIRRE.

Ocho Franceses me desafiaron.
Salí al campo con ellos, y chocaron;
cernené á uno de un tajo la garganta,
y la testa saltó con furia tanta,
que se birló otras quatro como volos.
Murieron cinco: tres quedaron solos;
y viendo, que quedaban en hilera,
metí una zumbullida de manera,
qué á todos tres de sola una estocada,
los levanté ensartados en mi espada.
Viendome vencedor, mi espada zampo,
y ochenta dexé muertos en el campo.

D. MARTIN.

¿Pues si eran ocho, cómo errais la cuenta?

AGUIRRE.

Eso, lo mismo es ocho, que ochenta.
¿No se irrita con esto?

CELEDON.

No me irrito:

señor, que antes me ha puesto tamañito.

D. MARTIN.

Pues habeis de reñir, ó por mi fama
ir, á decir delante de la dama,
que en mí cedeis, por no reñir, su pecho.

CELEDON.

Y con todas las leyes de Derecho.

AGUIRRE.

¿Eso de miedo hablais?

CELEDON.

Señor. ¡*Quid miram*;
que es *metus cadens in constantem viram*!

D. MARTIN.

Pues conmigo venid, señor Alferez.
¿Donde está el Capitan?

AGUIRRE.

En casa queda.
Esto es famoso, para que no pueda
buscarnos el hermano, si yo trazo,
que á casa vaya ahora este embarazo.
Idle á buscar allá, y quede ajustado,
que si él no riñe, vos quedeis casado.

CHICHON.

Que me dé en el camino, no quisiera.

D. MARTIN.

Vamos.

CELEDON.

Pues vaya usted por otra cera.

D. MARTIN.

En vano es su temor.

CELEDON.

No muy en vano;
que lleva usted la daga muy á mano. *vanse.*

AGUIRRE.

Cielos, la vida nos da,
que halle ahora este embarazo
el Capitan en su casa,
porque no venga, á buscarnos.
Mas Lisardo viene aqui.

Sale Lisardo.

LISARDO.

¡Ay Aguirre!

AGUIRRE.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO.

Muerto vengo, vive Dios.

AGUIRRE.

¿De qué?

LISARDO.

De que fui al Vicario,
para avisar al Fiscal,
que suspendiese el asalto;
y ya dicen, que ha salido

con ministros y Notarios,
y que iba á nuestra posada,
á la execucion del caso.
Yo he andado medio Madrid,
y no he podido encontrarlos;
con que es forzoso, que encuentren
al Capitan Maldonado.

AGUIRRE.

¿Pues de eso venis con susto?
Vaya con todos los diablos
la soga tras el caldero!

LISARDO.

Mas aguardad. ¡Por Dios santo,
que viene aqui el Capitan.

AGUIRRE.

¿Qué decís?

LISARDO.

Miradle.

AGUIRRE.

Malo.

Entremonos en la iglesia.

LISARDO.

Decís bien; andad á espacio.

Sale Maldonado y Chichon.

CHICHON.

Ellos son, señor.

MALDONADO.

Es cierto;

que yo los conozco. ¿Ah hidalgos?

LISARDO.

¿Ola, nos llaman?

AGUIRRE.

A juicio.

LISARDO.

Disimulemos y vamos.

MALDONADO.

¿Ah caballeros? Esperen.

AGUIRRE.

¿Quién llama?

MALDONADO.

Yo soy, quien llamo.

LISARDO.

¿Qué mandais?

CHICHON.

El es quien manda,
y quien mandará hasta el cabo,
si muere con testamento.

LISARDO.

¡Oh Capitan Maldonado!
¡Vos sois!

AGUIRRE.

El es. ¡Qué decís!
Amigo, dadme los brazos.

MALDONADO.

No vengo á eso.

LISARDO.

¿Pues á qué?

MALDONADO.

Venid, á saberlo, al campo.

CHICHON.

Sí; que allá sabrán, que el padre
se les ha vuelto padrastro.

MALDONADO.

Cchihon, vete.

CHICHON.

¿Yo me he de ir?

MALDONADO.

Sí.

CHICHON.

¿Pues lo que me han mandado,
quién lo ha de cobrar por mí?

MALDONADO.

Yo solo quedo á cobrarlo.

CHICHON.

Pues cobremelo usté todo
muy cabal; que allá lo aguardo;
y no lo he de recibir,
si me faltáre un ochavo. *vase.*

MALDONADO.

Venid, Lisardo.

LISARDO.

¿Por qué,
decid, antes que salgamos,

me sacais á la campaña;
pues sabeis, que los soldados
nunca salimos á hablar,
sino á reñir en el campo?

MALDONADO.

¿Pues cómo dudais en eso,
habiendo en mi casa estado
con título de mi hijo:
y habiendo atrevido y falso
contrahechome la firma,
para poder hospedaros
contra mi honor en mi casa?
Mirad, si con causa os saco,
ó si esta es cosa, que puede
haber hecho un hombre honrado.

AGUIRRE.

En dos puntos habeis puesto
el duelo, indignos entrambos;
porque si es el hospedage,
no habiendo en eso pasado,
de socorrernos con él,
no es cosa, para enojaros,
sabiendo vos, lo que es
faltarle á un pobre soldado,
para poner la piñata.
Si fingirse hijo Lisardo,
sabiendo vos su nobleza,
no resulta en vuestro daño,

sino en el suyo, pues él
hace á su madre el agravio.
Luego ese duelo es injusto;
que vos no habeis de matarnos,
porque con vos nos honremos.

MALDONADO.

De eso no me satisfago;
que es hacer burla de mí;
y asi salgamos al campo.

AGUIRRE.

Pues yo no le he de dexar.

MALDONADO.

No importa: venid entrambos.

LISARDO.

Señor Capitan, teneos,
y escuchadme.

MALDONADO.

Será en vano.

LISARDO.

Lo primero, que aqui os digo,
es, que fui vuestro soldado,
y contra mi Capitan
yo nunca la espada saco.
Porque, caso que haya duelo,
que nos obligue á ir al campo,
antes que reñir con vos,
yo, para desenojaros,
con mi espada á vuestros pies,

pondré el cuello á vuestro brazo.
Lo segundo es, que ahunque ha dicho
el Alférez de bizarro,
que á fingirlo nos movió
[illegible] tan necesario,
[illegible] que fue amor;
y aunque son [illegible] entrambos,
amor [illegible],
[illegible] es mas honrado.
Y aunque [illegible] mas os ofenda,
[illegible] mi aplauso,
[illegible] humilde,
[illegible]
Y [illegible] sobrina,
[illegible]
[illegible]
[illegible] mano
[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible] Yo, Lisarda,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

MALDONADO.

Y yo os la tomo.
Venid conmigo.

LISARDO.

Pues vamos.

AGUIRRE.

¡Cuerpo de Christo conmigo!
No espero ver mas, que el caldo,
que ha de revolver la tia.

LISARDO.

Mas esperad, Maldonado.
Hasta que esto se disponga,
por el decoro de entrambos
vos habeis de confirmar,
que sois mi padre.

MALDONADO.

Me allano.

LISARDO.

Pues dexadme á mí, ir delante.

MALDONADO.

Yo seguiré vuestros pasos.

AGUIRRE.

Vive Christo, que ha de haber
una de todos los diablos. *vanse.*

Salen Chichon, Doña Cecilia, Doña Francisca y Margarita.

CHICHON.

Con ellos quedan sus iras.

D. CECILIA.

¡Cómo! ¡En las gradas están!

CHICHON.

Claro está; que allí se van,
á retraher las mentiras.

D. FRANCISCA.

¿Y qué han dicho?

CHICHON.

Se han quedado
muertos, y que está, sospecho,
sacandoles ya del pecho
todo, lo que me han mandado.

D. CECILIA.

¡Pues riñirán, si eso pasa!

CHICHON.

No tal; porque han de advertir;
que él no tendrá, que reñir,
si lo riñó todo en casa.
El Capitan hecho un fuego,
soltó luego la maldita.

D. FRANCISCA.

¡Hay tal pena, Margarita! *ap.*

MARGARITA.

El primo se ha vuelto negro.

D. CECILIA.

Lo que les dixo, prosigue.

CHICHON.

El se encasquetó el sombrero,

y le dixo. Ah caballero,
y lo demas, que se sigue.

D. CECILIA.

¿Qué es lo demas?

CHICHON.

Embaydores,
ingratos, perros, malinos,
embusteros, asesinos,
alcahuetes y traydores;
y de esto llenas muy bien,
las medidas les dexó.

D. FRANCISCA.

¿Y él á eso que respondió?

CHICHON.

Por siempre jamas amen.

Salen Lisardo y Aguirre.

LISARDO.

Cierto, que él viene gallardo.

AGUIRRE.

Mas mozo está cada dia.

D. CECILIA.

¡Qué es esto, sobrina mia!

D. FRANCISCA.

¡Ay Margarita! ¿Lisardo?

LISARDO.

¡Oh tia!

CHICHON.

¡Bueno, á fé mia!

¿Con la tia vuelve acá?
¿Pues no sabe, que ya está
desmancipado de tia?

D. CECILIA.

¡No sabes ya, lo que pasa,
Lisardo! ¡El riesgo no infieres,
en qué estás; ó acaso quieres,
que te maten en mi casa!

LISARDO.

¿Quién á mí me ha de matar?
¿Alferez, qué es, lo que he oido?

AGUIRRE.

Vive Dios, que no ha nacido,
quien nos mire, sin temblar.

D. FRANCISCA.

¿Pues como tu desvario
vuelve, á buscar la ocasion,
quando sabes, que es traycion,
fingirte hijo de mi tio?

AGUIRRE.

¿Quién ha sido el charlatan,
que del Capitan os dixo,
que no es Lisardo su hijo?

D. CECILIA.

¡De mi hermano el Capitan!

AGUIRRE.

Del Capitan vuestro hermano,
y el gran Capitan tambien.

D. CECILIA.

El mismo, si dudais quien,
que dice, que es error vano.

LISARDO.

¡Tal dice!

D. CECILIA.

Del mismo modo.

LISARDO.

El Capitan mi señor
no dirá tal; que es error,
si él me engendró.

AGUIRRE.

Y á mí y todo.

D. FRANCISCA.

¿Qué dices, si aqui mi tio
niega, que ha sido tu padre?

LISARDO.

No es eso, honrar á mi madre:
y ha sido gran desvario;
que Madama Blanca tray
su claro origen de Gante,
y mi avuelo Mons de Anglante
fue natural de Cambray,
y en Holanda hizo Lisardo
al Conde Curcio demanda.

CHICHON.

¡Cambray, Gante y Holanda!
El desciende de algun fardo.

D. CECILIA.

¿Eso, Lisardo, es asi?

CHICHON.

Pues claro está, que será,
y otro avuelo sacará,
que sea de Caniquí.

LISARDO.

¡Cómo haceis burla de mí!
Idos noramala vos.
Callad, tia; que por Dios,
que me estais cansando aqui.

D. FRANCISCA.

¿Cómo, si tus falsos modos
claramente aqui se ven?

LISARDO.

Y tú, prima, que tambien
me cansas.

D. CECILIA.

Vamonos todos,
si ya en el mundo esto pasa.
Sobrina, dexale ya;
que esto es, de fuera vendrá,
quien nos echará de casa.

LISARDO.

Mi padre desengañada
os dexará.

D. CECILIA.

Y lo previene.

MARGARITA.

„Ele, ele por do viene
el moro por la calzada."

LISARDO.

¿Padre y señor?

Sale Maldonado.

MALDONADO.

¿Hijo mio?

LISARDO.

¿Tan poco tu amor me estima,
que á mi tia y á mi prima
dices tan gran desvario,
como que no eres mi padre?
Vive Dios, que me he corrido;
porque nunca te ha debido
desestimacion mi madre;
y este es error tan liviano,
que á tí deshonor te adquiere.

D. CECILIA.

Oygan esto; tambien quiere
echar de casa á mi hermano.

D. FRANCISCA.

¿Lo oyes, Margarita mia?
De contento estoy sin mí.

MARGARITA.

Yo me huelgo, porque asi
tu tia será mas tia.

MALDONADO.

Hijo, el haberme informado,
que tú en Madrid te casabas,
que sin mi gusto lo errabas,
me obligó, á haberlo negado.
Pero, ya que falso ha sido,
lo confieso, y te prevengo,
que ya casado te tengo.

D. FRANCISCA.

¡Ay cielos, que es lo que he oido!

D. CECILIA.

¿Y con quien? Valgame Dios.

NALDONADO.

Ya yo, hermana, lo he dispuesto.
Mas, para tratar aquesto,
quedemos solos los dos.
Retiraos.

LISARDO.

Vamos pues.

AGUIRRE.

¿Mas que lo estorba la tia? *vanse.*

D. FRANCISCA.

Yo he de morir este dia.

MARGARITA.

No hagas tal hasta despues. *vanse.*

CHICHON.

Que sea su hijo, de creerlo,
no acabo; mas él lo dixo.

Yo tambien me he de hacer hijo,
y me he de salir con ello. *vase.*

MALDONADO.

Yo, hermana, tengo pensado:::

D. CECILIA.

Antes, que me digas nada,
sabe, que yo estoy casada
con Lisardo.

MALDONADO.

¡Qué he escuchado!
¡Con Lisardo!

D. CECILIA.

En la aficion
son estos yerros dorados.
Yo le he dado mil ducados
para la dispensacion.

MALDONADO.

¡Cielos, qué es esto, que he oido!
¿Y de concierto ha pasado?

D. CECILIA.

Sí; que por eso le he dado
la licencia de marido,
y él por eso me atropella.

MALDONADO.

¡Qué dices! Tu lengua calle.
Vive Dios, que he de matalle,
ó se ha de casar con ella.

D. CECILIA.

Que te ha pesado, colijo.
Señor, por amor lo he errado.

MALDONADO.

Vive Dios, que me ha engañado;
que este traydor no es mi hijo.

D. CECILIA.

¿Pues por mí quieres negarle?

MALDONADO.

Vete, hermana: entrate allá.

D. CECILIA.

Esto es, afrentarme ya. *vase.*

MALDONADO.

Vive Dios, que he de matarle
á Lisardo.

Salen Celedon y Don Martin.

D. MARTIN.

Entrad; que en vano
habeis querido escapar.
Aqui habeis de confesar,
que os esperé mano á mano,
y que no quereis reñir.

MALDONADO.

¿Ah señores, dónde van?

D. MARTIN.

¿A dónde está el Capitan?

MALDONADO.

¿Yo soy. ¿Qué quereis? Decid.

D. MARTIN.

No os busco yo á vos, señor.

MALDONADO.

¿Pues á quién? ¿Qué pretendeis?

D. MARTIN.

A Lisardo.

MALDONADO.

¿Y qué quereis?

CELEDON.

Eso diré yo mejor.
Señor, Lisardo á los dos
nos halló en casa escondidos,
que á poder ser dos maridos,
nos casára.

MALDONADO.

Tened. ¿Vos
hablais de ésta casa?

CELEDON.

Sí.

MALDONADO.

¡Cielos, qué es esto que pasa!
¿Escondidos en mi casa,
pues qué intentabais aqui?

D. MARTIN.

De Doña Francisca espero,
ser esposo en este dia.

CELEDON.

Y yo tambien la queria;

mas, riñendo, no la quiero.

MALDONADO.

¡Cómo riñendo!

CELEDON.

Señor,
él nos mandó pelear;
y dice, que la ha de dar,
al que fuere vencedor.

MALDONADO.

¡Cielos, como este alevoso
de esta suerte me ha engañado;
si tiene eso concertado,
y hay empeño tan forzoso!

D. MARTIN.

Llamadle, y vea mi valor.

MALDONADO.

Entrad.

D. MARTIN.

¿Qué quereis hacer?

MALDONADO *echando mano.*

De aqui no habeis de volver,
sin asegurar mi honor.

CELEDON.

Detente, hombre, temerario.
¿Tambien estás de malicia?

Sale el Fiscal del Vicario y Notarios.

FISCAL.

Caballeros, la Justicia

viene del señor Vicario.

MALDONADO.

¡Qué es, lo que miro! ¿Qué quiere
el señor Vicario aqui?

FISCAL.

¿Sois vos de esta casa?

MALDONADO.

Sí.

FISCAL.

De vuestro modo se infiera,
que sois dueño.

MALDONADO.

Si seré.

FISCAL.

Si lo sois, mandad ahora,
que salga aqui mi señora
Doña Francisca.

MALDONADO.

¿Por qué?

FISCAL.

Nos mandan depositarla
por el Capitan Lisardo;
que ahunque es tan noble y gallardo,
su tia estorba, el casarla;
y siendo él tan bien nacido,
darsela en paz, mejor fuera.

MALDONADO.

¡Señores, hay tal quimera!

Yo he de perder el sentido.
Caballeros, esta accion
se escuse; que me han hallado
tal, que no mire al sagrado
de vuestra veneracion.

FISCAL.

Eso pretendeis en vano;
que es fuerza, que la llevemos;
que una cedula trahemos
firmada aqui de su mano.

MALDONADO.

¿Cómo haceis tal desvario,
si está casado?

FISCAL.

Eso allá
el Vicario lo verá.

Sale Doña Francisca.

D. FRANCISCA.

Yo soy la casada, tio.
Mi tia es, quien os engaña:
Señor Fiscal, vuestro amparo,
pues venís por mí, me valga.

MALDONADO.

¡Ah aleve injusta sobrina!
Dexadme; que he de matarla.

FISCAL.

Tened; mirad, que es perderos.

Salen Lisardo y Aguirre.

LISARDO.

A vuestro lado mi espada
teneis. ¿Capitan, qué es eso?

MALDONADO.

Ah traydor, tú eres la causa.

AGUIRRE.

Tener de ahí, caballeros;
que está aqui su camarada.

D. MARTIN.

Teneos, señor Capitan.

CELEDON.

Mirad; no saqueis la espada;
que quedais excomulgados.

MALDONADO.

No me estorbeis la venganza.

CELEDON.

Capite si quis suadente.

LISARDO.

¿Pues, Capitan, la palabra
no me cumplís?

MALDONADO.

¡Traydor, cómo
si le debes á mi hermana
el honor!

LISARDO.

¡Jesus, qué dices!

MALDONADO.

Ella de decirlo acaba.

Sale Doña Cecilia.

D. CECILIA.

Yo no he dicho, que me debe
á mí, mas que la palabra,
y mil ducados, que he dado
para que las bulas trayga.

LISARDO.

Esos he gastado en joyas
para mi esposa.

Salen Margarita y Chichon.

MARGARITA.

Estas caxas
son los testigos.

CHICHON.

Y yo,
de que está entera la cama.

D. FRANCISCA.

Pues si esto es cierto, ¿por qué
con Lisardo no me casas?

LISARDO.

Esta es mi mano.

MALDONADO.

Detente;
que mi honor no se restaura,
si uno de aquestos dos hombres
no se casa con mi hermana.

D. MARTIN.

¡Yo con viuda! Primero
me echaré de una ventana.

CELEDON.

Pues yo con ella de miedo
me caso.

MALDONADO.

Solo eso falta.
Cecilia, dale la mano;
y llevaos vos á mi hermana
á vuestra casa; que yo
me quiero ir á una posada,
porque aqui los dos se queden,
y cierto el refran les salga,
de que de fuera vendrá,
quien nos echará de casa.

D. FRANCISCA.

Pues, Lisardo; esta es mi mano.

LISARDO.

Y con los brazos y el alma
la recibo.

CHICHON.

Margarita,
pues todos aqui se casan,
dame tu tambien la mano.

MARGARITA.

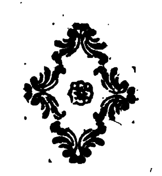
Ten, bobo.

CHICHON.

Pícara, daca.

AGUIRRE.

Yo me quedo celibato;
mas, pues para mí no hay nada,
comeré de las tres bodas
mas que ellos, áhunque se casan.
Para que tenga con esto
fin dichoso, si os agrada,
el que de fuera vendrá,
quien nos echará de casa.



NO SIEMPRE LO PEOR ES CIERTO.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Nadie
desconfie de su dama;
que, ahunque la apariencia engañe,
no siempre lo peor es cierto. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Don Carlos enamorado en la Corte de Doña Leonor de Lara, hablandola una noche en su casa, y sintiendo ruido, halló un embozado, riñó con él, dexandole por muerto: al ruido se alborota la casa, y el padre de Leonor, pide aquella á Don Carlos mire por ella, la lleva consigo á Valencia, da parte de todo á su primo Don Juan de Roca; entra esta por criada de Beatriz, hermana de Don Juan, debiendo Carlos partirse á servir en las guerras de Italia.

Convalecido Don Diego Centellas, que fué el herido, va á Valencia, visita á Doña Beatriz, de quien era amante; la qual noticiosa del caso le recibe zelosa y con desden: queriendo satisfacerla sobreviene Don Juan, y aquel tiene que ocultarse con Gines su criado, y en el silencio de la noche descolgarse por un balcon; pero visto por Don Juan, sin que tubiese arbitrio para seguirlos, ni indagar el cómplice doméstico, disimula; se vale de Carlos (que detiene su marcha por esto), y

te hace se esconda en su casa, para vigilar su honor.

Llega Don Pedro, padre de Leonor á Valencia con poderosa recomendacion para Don Juan; se sorprehenden con su llegada este y Carlos; pero de su relacion comprehenden, ir siguiendo á Don Diego, suponiendo, haberse llevado á su hija.

Introducido nuevamente Don Diego en casa de Beatriz, y visto por Don Juan, sale este con Don Carlos, á quien previene, guarde la salida; escondese Don Diego, siguele Don Juan, y ocultandose de unas á otras piezas, se encuentra con Leonor, que conociendole, asustada sale huyendo de él, y tras ambos D. Juan: satisfacele Don Diego, suponiendo haber entrado á ver á esta, contra quien resulta la culpa, cuyo indicio confirma á Carlos mas en el engaño de sus agravios, quedando para Don Juan indemnizada su hermana.

Tratan Carlos y Don Juan, se case Doña Leonor con Don Diego; y se encarga la propuesta á Beatriz; resistese aquella; habla al efecto á Don Diego, quien se excusa, contando las esquiveces constantes de Leonor, con todos los suce-

sos ocurridos, que oye Carlos escondido; de que resulta, quedar plenamente satisfecho de su dama, noticioso del amor de Don Diego y Beatriz, y haber sido esta la causa de los indicios, que contra aquella aparecian.

Finalmente llegan. Don Juan y Don Pedro. Viendo este sus enemigos quiere vengarse: se sosiega, por allanarse Don Carlos, á casarse con Leonor; extrañalo D. Juan, mas le satisface con pasarse á su lado, y compeler á Don Diego, se case con Beatriz, y con efecto se hacen las bodas.

NOTA.

Esta es una de las Comedias, que Mons. Linguet comprehendió en su *Theatro Hespañol*. Lo impuntual y deforme de su Traduccion se deduce, de haber desfigurado tan erroneamente ahun el título Castellano, bautizandola con el de *Nunca lo peor es cierto*: expresion absolutamente falsa, absurda, y contraria al objeto y argumento del drama mismo.

PERSONAS.

DON CARLOS.

DON JUAN ROCA.

DOÑA BEATRIZ, *su hermana.*

DON DIEGO CENTELLAS.

DON PEDRO DE LARA.

DOÑA LEONOR, *su hija.*

FABIO, *Criado.*

INES, *Criada.*

GINES, *Criado.*



NO SIEMPRE LO PEOR ES CIERTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Carlos y Fabio vestidos de camino.

D. CARLOS.

Diste el papel?

FABIO.

Sí, señor;

y con notable alegria
dixo, que al punto vendria
á esta posada.

D. CARLOS.

¿Y Leonor
habrase ya levantado?

FABIO.

Ahun no ha abierto su aposento.

D. CARLOS.

Pues llama á él, porque intento
darla parte del cuidado,
con que asegurar me atrevo
su vida y su honor aqui;
por lo que me debo á mí,
no por lo que á ella la debo.
Llamala pues; que ya es hora,
de que despierte.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Eso fuera,
si yo, Don Carlos, durmiera;
pero, quien padece y llora
desdenes de una fortuna
tan cruel, tan inclemente,
tan á todas horas siente,
que no descansa en ninguna.
¿Qué me quieres?

D. CARLOS.

Informarte,
de como en tan triste suerte
trata mi amor defenderte,
ya que no es posible, amarte.
Sabrás:::

D. LEONOR.

No prosigas, no.
Pues sea justo, ó no sea justo,
basta saber, que es tu gusto,
para obecerle yo.
Que, ahunque en pena semejante
atento te considero
á la ley de caballero,
primero que á la de amante;
si en mí no hay mas eleccion,
mas gusto, mas albedrío,
que el tuyo, siendo este el mio,
para qué es la relacion?

D. CARLOS.

¡Oh, que bien esa humildad,
hermosa Leonor, viniera,
si de voluntad naciera,
y no de necesidad!

D. LEONOR.

A quien ya le ha persuadido
la apariencia de un engaño,
tarde ó nunca el desengaño

pondrá su quexa en olbido.
Y mas quando él de su parte
tan poco hace, por creer,
que pudo ó no pudo ser.

D. CARLOS.

No trates, de disculparte;
que no has de poder, Leonor,

D. LEONOR.

Haz una cosa por mí,
por ser la última, que aqui
ha de deberte mi amor.

D. CARLOS.

Sí haré; sal de ese cuidado.
Dime pues, lo que deseas.

D. LEONOR.

Escuchame y no me creas,
despues de haberme escuchado.

D. CARLOS.

Con aquesa condicion,
si haré. Prosigue pues: dí.
¿Qué es, lo que quieres de mí?

D. LEONOR.

Solamente tu atencion.

D. CARLOS.

Aguarda. ¿Fabio?

FABIO.

¿Señor?

D. CARLOS.

Si viniere el caballero,
que llamaste, entra primero;
porque se esconda Leonor.
Prosigue ahora. *vase Fabio.*

D. LEONOR.

Ya sabes,
Carlos mio::: Mal empiezo,
pues, yendo á decir verdades,
hube de empezar, mintiendo.
Descuido fue: ¡ay Dios, qual debe
de andar mi honor acá dentro,
pues, de quanto arroja fuera,
hasta el descuido es requiebro!
Ya sabes, digo otra vez,
la ilustre sangre, que tengo,
por la estimacion, que has visto
en mis padres y en mis deudos.
Tambien sabes, que por mí,
Carlos, no la desmerezco,
ahunque quieran mis desdichas
deslucir mis pensamientos.
¡Oh, quánto en esta materia
cobarde estoy, conociendo,
que contra mí hasta la misma
verdad sospechosa tengo!
Pues, quien me viere venir
peregrinando á otro Reyno,

en poder de un hombre mozo,
y de este con tal despego
tratada, que las finezas,
que á su ilustre sangre debo,
ahun no las debo yo, pues
él se las debe á sí mesmo:
¿cómo creerá, que sin culpa
tantas desdichas padezco,
quando al primero, que obligo,
es el primero, que ofendo?
¿Pero qué importa, qué importa,
que en lo aparente y supuesto
se conjuren contra mí
estrella, fortuna y tiempo:
si en la verdad han de hallarse
todos de mi parte, haciendo,
lo que el sol con el eclipse,
que, ahunque borre sus reflexos,
ahunque perturbe sus rayos,
no por eso, no por eso
dexa, á pesar de las sombras,
de salir despues, venciendo
la vaga interposicion,
que ya le juzgaba muerto;
y al fin contra quantas nieblas
mi esplendor deslucen, pienso
coronarme victoriosa:
y hasta llegar á este afecto,

hoy, á pesar de sus iras,
á atar el discurso vuelvo?
En la Corte, patria mia,
(ó pluguiera al mismo cielo,
hubiera sido el nacer
mi cuna y mi monumento)
Carlos, me viste una tarde,
que á San Isidro saliendo
con unas amigas mias,
por amistad ó por deudo,
llegaste á hablarlas, y dando
licencias el campo, (atento
á mi hermosura dixera,
si pensára, que la tengo)
de galan y de entendido
juntaste los dos extremos,
haciendo la cortesia
capa del atrevimiento.
Continuaste desde entonces
en mi calle los paseos,
en mi rexa los suspiros,
de dia y de noche siendo
la estatua de mis umbrales,
y la sombra de mi cuerpo.
Solicitaste criadas
y amigas, que son los medios
comunes de amor, á quien
debiste, que tus afectos

oyese, para escucharlos,
sino para agradecerlos.
¿Quántos dias te costó
de finezas y desvelos,
que leyese un papel tuyo?
Tú lo sabes, y asi quiero,
dexando empeños menores,
ir á mayores empeños.
Enterada yo, de que
fuesen, Carlos, tus intentos
tan lícitos, que aspiraban
solo al fin de casamiento,
admití, menos cruel
que debiera, tus deseos;
pero con aquel seguro,
bastante disculpa tengo
en lo ilustre de tu sangre,
lo honrado de tus respetos,
lo galan de tu persona,
y lo sutil de tu ingenio.
Ya nuestra correspondencia
entablada, en el silencio
de la noche, porque á él solo
se fiaba el amor nuestro,
nos hablabamos por una
rexa de mi quarto; y viendo,
que no dexaba de ser
escandalo, á los que necios,

de sus cuidados se olbidan,
por cuidar de los ajenos,
tratamos, que desde entonces
entrases al aposento
de un criado, donde yo
hablarte podia sin miedo.
De esta vil curiosidad,
que tantos daños ha hecho,
pues los peligros de afuera
enmienda con los de adentro:
una noche, que veniste
mas tarde, que otras::: (No quiero
hablar, que no es ocasion,
en si otro divertimiento
mas gustoso te detubo,
pues al fin yo le agradezco
la novedad de venir
al daño, y no venir presto:)
entraste en mi casa, y quando
quexoso mi sentimiento,
desconfiada mi fe,
te esperaba con aquellos
dulces desayres de amor,
que entre confianza y riesgo
hacen el cariño mas,
porque le descubren menos:
apenas una palabra
pude hablarte, quando siento

dentro de mi quarto ruido,
y, á saber quien era, vuelvo.
Tú, pensando, que sería
desden estudiado, á efecto
de castigar tu tardanza,
me seguiste, quando, ay cielo,
vi, (mateme mi memoria)
que (con qué dolor me acuerdo)
un (con qué pena lo digo)
hombre (ahoguēme mi haliento)
embozado (que desdicha)
hácia mí:::

Sale Fabio.

FABIO.

Aquel caballero,
que enviaste á llamar, aguarda
afuera.

D. CARLOS.

Entrate allá dentro;
que no quiero, que te vea
hasta despues.

D. LEONOR.

¡Que hasta en esto
hube de ser desdichada,
pues ahun para este pequeño
alivio de hablar siquiera,
hubo de faltarme tiempo!

D. CARLOS.

Hoy verás, quanto es en vano,
querer disculparte.

FABIO.

Presto,
si has de esconderte; que entra.

D. CARLOS *á Fabio.*

Tú salte allá fuera luego.
Y tú escucha, lo que hablamos. *á Leon.*

D. LEONOR.

¡Que poco á mi estrella debo!

D. CARLOS.

Menos debo yo á la mia,
pues, lo que me dió, la he vuelto.

Escondese Leonor, vase Fabio, y sale Don Juan.

D. JUAN.

¡Don Carlos! ¡Primo!

D. CARLOS.

Los brazos
me dad, Don Juan.

D. JUAN.

Ahunque tengo,
para negarlos, razon,
conmigo acabar no puedo,
que valga la quexa mas,
que vale el gusto, de veros.
¡Vos en Valencia, Don Carlos,

y no en mi casa! ¿Qué es esto?
¿Pues cómo se hace este agravio
á amistad y parentesco?

D. CARLOS.

La quexa, Don Juan, estimo,
como es justo; pero tengo
la disculpa tan á mano,
que habreis de olbidarla presto.
¿Cómo estais?

D. JUAN.

Para serviros
siempre, á todo trance expuesto.

D. CARLOS.

¿Vuestra hermana y prima mia?

D. JUAN.

Salud goza. Mas dexemos,
el cumplimiento por Dios;
que es un hidalgo muy necio.
¡Qué venida es esta, Carlos!
Qué hay en la corte de nuevo!

D. CARLOS.

¡Qué ha de haber! Desdichas mias,
de que en vano voy huyendo;
pues donde quiera, que voy,
alli, Don Juan, las encuentro.

D. JUAN.

Con eso, que me habeis dicho,
me habeis crecido el deseo

de saber, qué causa os trahe
tan despulsado el haliento.

D. CARLOS.

Yo ví una hermosura, y yo
la amé, Don Juan, tan á un tiempo
todo, que entre ver y amar,
ahun no sé, qual fue primero.
Rendido ostenté finezas,
constante sufrí desprecios,
fino merecí favores,
zeloso lloré tormentos;
que estas son las quatro edades
de qualquier amor; pues vemos,
que en brazos del desden nace,
crece en poder del deseo,
vive en casa del favor,
y muere en la de los zelos.
Entraba de noche, á hablarla,
de un criado al aposento,
que corresponde á su quarto:
escuchamos pasos dentro;
volvió ella, y yo tras ella,
ó recelando ó temiendo,
que fuese su padre, quando
vimos un hombre encubierto,
que de su quarto venia,
á hurto sus pasos siguiendo.
Quién es, dixo: él respondió;

quien solo quiso ver esto.
Yo nada hablé, porque á vista
de mi dama y de mis zelos
remití toda la voz
á la lengua del acero.
Saqué la espada, y cerrando
los dos, á morir resueltos,
quiso, no sé bien, si diga
piadoso ó cruel, el cielo,
que de una herida cayese
en la tierra, para hacernos
iguales la suerte, pues
nos vimos á un punto mesmo,
muerto de la herida él,
y yo del agravio muerto.
Bien pensareis, que esta es sola
mi desdicha, y que el suceso
para, en que yo delinqüente
me vengo á Valencia, huyendo
del rigor de la Justicia.
Pues no, Don Juan, pues no es eso;
que ahora empieza el mas extraño,
el mas notable, el mas nuevo
lance de amor, que jamas
dió la cadena á su templo.
Al ruido de las espadas,
de la dama á los extremos,
dieron las criadas gritos,

dispertó su padre á ellos.
Considerame á mí ahora,
sobre declarados zslos,
conjurando contra mí
su familia á un noble viejo,
desmayada aqui mi dama,
y alli mi enemigo muerto.
En este trance me hallaba,
quando ella, ay de mí, volviendo
del desmayo, me pidió,
su vida amparase. ¡Ah cielos,
qué bien hace la mujer,
que habiendo de hacer un yerro,
lo fia de buena sangre!
Digalo yo, pues en medio
de su traycion y mi agravio,
dispuse acudir primero
al reparò de su vida,
que no al de mi sentimiento.
Sigueme presto, la dixe:
y haciendo muro mi pecho,
salí con ella á la calle,
donde las alas del miedo
nos ampararon, de suerte
veloces, que en un momento
en cás de un Embaxador
tomamos seguro puerto.
Envié, á llamar un criado,

que informado de secreto
de todo, volvió, á decirme,
que el hombre era un caballero
forastero, que en la corte
estaba, á seguir un pleyto,
cuyo nombre, ahunque le oí,
por ahora no me acuerdo.
Que la herida en la cabeza
le privó el sentido, pero,
ahunque con poca esperanza
de vida, no estaba muerto,
sino en otra casa, adonde
le llevó un Alcalde, preso:
que habiendo sabido, que era
yo el agresor del suceso,
mi hacienda estaba embargando;
y añadió despues á esto,
que el padre, como hombre al fin
prudente, advertido y cuerdo,
ní querella, ni otra alguna
diligencia habia hecho,
porque su venganza solo
librada tenia en su esfuerzo.
Yo, viendome pues cercado
de penas, y en un empeño
tan grande, como amparar
la causa de ellas, resuelvo
salir de Madrid, adonde

pueda vivir por lo menos,
sin temor de la Justicia,
ni de su padre y sus deudos.
Y asi lleno de pesares,
y de obligaciones lleno,
acordandome de vos,
de vos, á valerme, vengo.
Yo, Don Juan, traygo conmigo
aquesta dama, á quien tengo
de salvar la vida, á costa
de todos mis sentimientos.
En dexandola segura,
pues esta es en todo riesgo
mi primera obligacion,
podrán mis dedichas luego,
acudir á la segunda,
pues la segunda, que tengo,
es, huir de esta enemiga,
que como noble defiendo,
que como quexoso obligo,
como enamorado quiero,
y como ofendido huyo;
y en dos contrarios extremos
acudiendo á las dos partes
de amante y de caballero,
enamorado la adoro,
y zeloso la aborrezco:
cuyas dos obligaciones

tan cabal la accion han hecho,
que desde Madrid aqui,
sino es hoy, juraros puedo,
que no la hablé dos palabras;
porque no quise, que en tiempo
alguno, de mí dixese
la fama, que pudo menos
mi valor, que mi apetito;
que es hombre baxo, que es necio,
es vil, es ruin, es infame
el que solamente atento
á lo irracional del gusto,
y á lo bruto del deseo,
viendo perdido lo mas,
se contenta con lo menos.
Mirad vos, como en Valencia,
con otro nombre supuesto,
podrá vivir esta dama,
en qué casa, en qué convento,
en qué retiro, en qué aldea,
donde vereis, que la dexo
lo poco, que traher conmigo
pude, para su sustento;
que á mí me basta esta espada;
pues al instante, al momento,
que ella asegurada quede,
yo tengo de ir de ella huyendo.
A Italia, á servir al Rey,

me pasaré, donde al cielo
le pido, que la primera
bala acierte con mi pecho;
porque con mi vida acaben
de una vez tantos rezelos,
tantas penas, tantas ansias,
agravios y sentimientos,
que como noble las huyo,
y como amante las siento.

D. JUAN.

Es tan nueva vuestra historia,
tan raro vuestro suceso,
que solo puede admirarse,
dexandoselo al silencio.
Y hablando, no en lo pasado,
pues ya no tiene remedio,
sino en lo presente, vamos
lo que ha de ser, previniendo.
Donde mejor esta dama
estará, es en un convento;
mas tiene el inconveniente,
de haber de estarla asistiendo,
quando tan pobre os hallais,
con renta y con alimentos.
Que ahunque mi alma, mi vida,
mi ser y honor todo es vuestro,
mi hacienda está de manera,
Don Carlos, que no me atrevo,

porque no sé, si despues
podré cumplir, lo ofrezco.
Y asi, en mi casa, presumo,
que habrá de estar, donde creo,
que:::

D. CARLOS.

No paseis adelante;
que ahunque la oferta agradezco,
no me es posible, aceptarla,
ni que, estas cosas sabiendo,
dé ese cuidado á mi prima.
Fuera de que no es respeto,
llevar mi dama á su casa;
que ahunque, por su nacimiento,
mereciera bien su lado,
estos extraños sucesos
ajan mucho las noblezas.

D. JUAN.

Oid; que para todo hay medio.
A una doncella de casa,
mi hermana habrá poco tiempo,
que puso en estado, y hoy
está sin ella. Yo tengo
una dama, amiga suya,
á quien sirvo y galanteo,
para casarme, y á quien
podré fiar el secreto.
Pidiendole yo á esta dama,

que la envie á casa, dexo
asegurada la parte,
de que mi hermana, sabiendo
quien es, lo tenga á disgusto;
y ahunque el desdoro confieso,
de que entre con este nombre,
puede tolerarse, siendo
en lo público criada,
y señora en lo secreto;
pues yo he de estar á la mira,
siempre á su servicio atento.

D. CARLOS.

El medio no era muy malo
para asegurarla, pero
no me atreveré, Don Juan,
yo á decirlo y proponerlo
á Leonor, porque:::

D. LEONOR *saliendo.*

Detente;
que yo reponderé á eso.
Señor Don Juan, no tan solo
como criada sirviendo
en vuestra casa estaré
honrada y gustosa, pero
como esclava, que comprais
de aquesta fineza á precio;
porque no habrá para mí,
si es que para mí hay consuelo,

otro alguno., sino solo
saber, que ha de ser mi dueño
cosa tan propria de Carlos;
y asi humilde á esos pies ruego,
faciliteis esta dicha,
y pues os he estado oyendo,
y en la relacion, que él
de mis fortunas ha hecho,
parece, que estoy culpada,
y que apelacion no tengo,
porque á vuestra casa no
lleveis, ni ahun el mas pequeño
escrúpulo, de que soy
tan facil, como parezco,
plegue á Dios, que él me destruya
con su poder, y los cielos
me falten, si yo á aquel hombre
embozado y encubierto
ocasion le dí jamás
para tanto atrevimiento,
si ya no es, darle ocasion
á un hombre, darle desprecios.

D. JUAN.

Vuestra hermosura, señora,
al paso, qne vuestro ingenio,
os acredita conmigo:
y no ya por Carlos quiero
hacer la fineza, si es.

fineza, la que os ofrezco,
sino por vos. Que la escriba
mi dama á mi hermana, quiero,
un papel, que vos lleveis.
Esperad; que al punto vuelvo. *vase.*

D. LEONOR.

Ya, Don Carlos, que ha llegado
el plazo de tus deseos,
pues ya te verás sin mí,
una cosa sola espero,
que añadas á la finezas,
que hasta este instante te debo.

D. CARLOS.

Dexame, Leonor, por Dios:
no apures mi sufrimiento,
porque no sé, que te adoro,
hasta que sé, que te pierdo.
¿Pero dime, que me quieres
pedir?

D. LEONOR.

Que si en algun tiempo
te llegáre el desengaño
de la culpa, que no tengo,
me has de cumplir la palabra
que me diste.

D. CARLOS.

No solo eso
ofrezco á ese desengaño,

Leonor, pero hacerte ofrezco
victima el alma y la vida.
¡Pero cómo me enternezco
de esta suerte? ¿Tú no eres
la que aquel hombre encubierto
en tu aposento tenias!
Pues ni ahun desengaños quiero
tuyos, sino huir de tí,
ya que segura te dexo.

D. LEONOR.

Vete, vete; que algun dia
volverán por mí los cielos.

D. CARLOS.

Si esa esperanza no hubiera,
me hubiera yo, Leonor, muerto
á manos de mi dolor.

D. LEONOR.

¿Si ayrado una vez, si tierno
otra vez me hablás, por qué
mas al mal que al bien atento,
no te pones de mi parte,
y crees, Carlos, que puedo
estar sin culpa?

D. CARLOS.

Porque
temo, que en qualquier suceso
siempre es cierto lo peor.

D. LEONOR.

Pues yo en mi inocencia espero,
que ha de haber suceso, en que
no siempre lo peor es cierto.

Vanse, y sale Doña Beatriz leyendo un papel, y tras ella Ines.

INES.

Leyendo mi áma un papel,
tan triste y confusa está, *ap.*
que mil deseos me da,
de saber, lo que hay en él.
Una vez le aja furiosa,
y al cielo elevada mira,
otra llora, otra suspira.

D. BEATRIZ.

¡Hay suerte mas rigorosa!

INES.

A leer vuelve. ¿De que nace
ya el agrado, ya el furor?
Sin duda, que es borrador
de alguna comedia, que hace.

D. BEATRIZ.

Bien dicen, que una cruel
pluma aspid es de ira lleno,
de quien la tinta es veneno
en las hojas del papel.
Digalo yo, pues á mí
muerte su traycion me dió.

¡Quién creerá mis penas!

INES.

Yo.

D. BEATRIZ.

¡Inés, tú estabas aquí!

INES.

A esta quadra salí ahora,
y viendo la confusion,
que tiene tu corazon,
te he de suplicar, señora,
digas, ¿qué causa te obliga
á tan grande extremo?

D. BEATRIZ.

Es tal,
que por aliviar el mal,
es fuerza, que te la diga.
Bien te acuerdas, que Don Diego
Centellas me galanteó
mucho tiempo:::

INES.

Sí.

D. BEATRIZ.

y que yo
agradecida á su ruego,
á su amor y á su fineza,
le correspondí.

INES.

Muy bien,

D. BEATRIZ.

Bien te acordarás tambien,
que, ahunque es tanta su nobleza,
no se declaró jamás
con mi hermano, hasta salir
con un pleyto, que á seguir
fue á la corte.

INES.

Lo demás.

D. BEATRIZ.

Pues Gines, un criado suyo,
que de mí abligado vive,
aquesta carta me escribe,
de que claramente arguyo,
que en Madrid enamorado,
el pleyto, á que fue, es de amor.
La carta dirá mejor
su traycion y mi cuidado. *lee.*

Cumpliendo, señora, con la obligacion de lo que ofrecí, que fue avisar de todo, hago saber á vmd. que en casa de una dama de esta corte dexó por muerto á mi señor un caballero de una herida, de que estubo dos dias sin sentido y preso. Ya, gracias á Dios, está mejor y libre, y de partida para esa Ciudad, adonde::

No leo mas; porque confieso,

que me ahogan las ansias mias.

INES.

¿Qué mas, señora, querias
leer, despues de leido eso?

D. BEATRIZ.

¡Este es el pleyto, á que fue
Don Diego!

INES.

Era necesario;
que siempre es pleyto ordinario
de Madrid amor.

D. BEATRIZ.

No sé,
con qué estilos, con qué modos
pueda explicar mi dolor.

INES.

¡Quien vió partir al señor!
Oh fuego de Dios en todos)
ofreciendo marabillas,
y como los alfahareros
de amor, no solo pucheros
hacen, sino cantarillas:
y al fin duran sus extremos,
hasta que otra cara ven.
Pero picáras tambien
nosotras lo mismo hacemos:
y al cabo de la jornada,
bien sabe mi santo Dios,

que estamos en paz, y no os
quedamos, á deber nada.

D. BEATRIZ.

De rabiosos zelos muerta
estoy.

INES.

Tienes mil razones.

D. BEATRIZ.

Y durarán mis pasiones
hasta que::: ¿Pero á esa puerta,
Inés, no han llamado?

INES.

Sí.

D. BEATRIZ.

Pues llega; mira, quien es.

INES.

¡Ay de tí, pobre Gines,
si otro escribiera de tí,
que en Madrid descalabrado
mi casto honor ofendias. *vase.*

D. BEATRIZ.

Locas confusiones mias,
ya que, á ver, habeis llegado
efectos de una mudanza,
haced, pues todo es del viento,
que me lleve el pensamiento,
quien me llevó la esperanza.
Diera, por ver á la dama,

que pudo empeñarle asi,
el alma y la vida.

Sale Inés, y Doña Leonor vestida pobremente con manto.

INES.

Aqui
está. Entrad.

D. BEATRIZ.

¿Inés, quien llama?

D. LEONOR.

Quien, si merece, señora,
besar vuestra blanca mano,
podrá desmentir, no en vano
sus fortunas desde ahora;
pues de su golfo cruel
puerto toma en vuestro cielo.

D. BEATRIZ.

Alcese, amiga, del suelo.

D. LEONOR.

¡Qué mal me ha sonado el él. *ap.*

D. BEATRIZ.

¿Qué es, lo que quiere?

D. LEONOR.

Este aqui *dale un papel.*
carta de creencia es.

D. BEATRIZ.

¿Cuyo es?

D. LEONOR.

De Violante

D. BEATRIZ.

¡Inés,

qué buena cara!

INES.

Asi, asi.

D. LEONOR.

¿Fortuna, á qué mas extremo 49.
puedes haberme trahido?
Y ahun, lo que lloro, no ha sido
tanto, como lo que temo.

D. BEATRIZ.

Violante me escribe aqui,
sabiendo, que una criada,
que he tenido, está casada,
que en su lugar:::

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. BEATRIZ.

la reciba; porque tiene
bastante satisfaccion,
que su virtud y opinion
á mi servicio conviene,
de que agradecida quedo
á la intercesion.

D. LEONOR.

Los pies

me da otra vez.

D. BEATRIZ.

¿De dónde es?

D. LEONOR.

Soy de tierra de Toledo.

D. BEATRIZ.

¿Pues á qué á Valencia vino?

D. LEONOR.

Con una dama, señora,
de la Virreyna, que ahora
ha muerto; y asi previno
mi suerte buscar, á quien
servir pueda en la ciudad.

D. BEATRIZ.

Su buena gracia, en verdad,
y su persona tambien
me agradan. ¿De qué servia?

D. LEONOR.

De doncella de labor.

INES.

Eso sí; que fuera error
esotra doncelleria.

D. LEONOR.

Yo la tocaba, y no dudo,
que daros gusto sabré
en esta parte, porque
Abril inventar no pudo
flor, que yo de tal manera

no imite, que ese cabello
competir hermoso y bello
le haré con la primavera.
Enaguas, valonas, tocas
no habian menester salir
de casa, para lucir,
pues como yo, sabrán pocas,
aderezallas ni hacellas
del uso, que mas se tray.
No hay labor blanca, no hay
puntas sutiles y bellas,
que no haga con perfeccion
tanta, que dirás, no en vano,
que alli no andubo la mano,
sino la imaginacion.
Bordo razonablemente
broca, cañamazo y gasa.

D. BEATRIZ.

Lo que ha menester mi casa,
me ha venido cabalmente:
y asi puede desde luego,
quedarse en casa; que ahunque
dueño mio, y de ella fue
mi hermano, á dudar, no llego,
que siendo esto gusto mio,
él no lo embarazará.

D. LEONOR.

Que no se disgustará,

señora, en quien es, confio;
que hacer á un triste feliz,
es de nobles como él.

D. BEATRIZ.

¿Cómo se llama?

D. LEONOR.

¿Isabel?

D. BEATRIZ.

Quitese el manto.

D. JUAN *saliendo*.

¿Beatriz?

D. BEATRIZ.

¿Hermano Don Juan?

D. JUAN.

¿Qué hacias?

D. BEATRIZ.

Una fineza por tí
haciendo estoy.

D. JUAN.

¿Cómo así?

D. BEATRIZ.

Porque sabiendo, que habias
de agradecer como amante,
dar gusto á tu dama bella,
recibí aquesa doncella,
por ser cosa de Violante.

D. JUAN.

La buena cortesania,

y la malicia agradezco;
y asi esta casa os ofrezco,
por vos, y quien os envia;
porque, si para los dos
tal encomienda traheis,
vos á Beatriz servireis,
pero yo os serviré á vos.

D. LEONOR.

Guardeos el cielo, señor,
por la merced, que me haceis.
En mí una esclava tendreis.

D. JUAN.

¿Qué te parece, Leonor, *ap.*
de la casa y Beatriz bella?

D. LEONOR.

Que salamente con esto,
que hoy la he debido, se ha puesto
en paz conmigo mi estrella.

D. JUAN.

Beatriz, hablarte quisiera
en una cosa, que hoy
por mi has de hacer.

D. BEATRIZ.

Tuya soy.
Idos las dos allá fuera.

Hablan los dos en secreto.

INES

Usted, señora Isabel.

me conozca por criada,
por amiga y camarada;
que uno y otro seré fiel,
como su mucho valor
solamente haga una cosa.

D. LEONOR.

¿Qué es?

INES.

No serme escrupulosa,
en un tantico de amor.

D. LEONOR.

Esa caduca costumbre
ya espiró; y si verdad digo,
tambien traygo yo conmigo
mi poca de pesadumbre.

INES.

Como eso tu voz me diga,
desde aqui de mejor gana
seré amiga mas que hermana.

D. LEONOR.

Y yo hermana mas que amiga.
¡Qué hable yo asi! ¡Cielos, quien
aquesto creerá de mí! *vanse las*

D. BEATRIZ.

¡Carlos en Valencia!

D. JUAN.

Sí;
mas publicarlo, no es bien;

porque de secreto pasa
á Napoles; y esto ha sido
causa, de que no ha venido,
á servirse de esta casa.
Mas vendrá al anochecer,
á verte, y lo que quisiera,
que por mí tu amor hiciera,
es prevenir y tener
algun regalo, que hacerle.

D. BEATRIZ.

Digo, que yo trastearé
mis escritorios; veré,
que hay en ellos que ofrecerle;
que ahunque estoy desalhajada,
para cosas semejantes
habrá bolsas, lienzos, guantes;
y de la ropa escusada,
que hay por estrenar, verás
un azafate, que creo,
que le acredite el deseo.

D. JUAN.

Notable gusto me das.

D. BEATRIZ.

Esto y la cena de mí
fia.

D. JUAN.

Pues yo vuelvo luego.
A Dios.

GINES.

Quando
por otra, que yo miré,
te dieron en la cabeza,
ú de tajo ú de reves,
un tanto, con que por tanto
no vuelves acá otra vez.

D. DIEGO.

Eso de servir un hombre
en ausencia otra mujer,
es licencia concedida
á el amante mas fiel.

GINES.

Lo mismo hacen ellas.

D. DIEGO.

Llega,
y pregunta por Inés.
y dila, que estoy aqui;
y advierte una cosa:::

GINES.

¿Qué?

D. DIEGO.

que del pasado suceso
á nadie noticia des,
y mas en cas de Beatriz.

GINES.

¡Eso habia yo de hacer!
Cree, que hoy no sabrá de mí.

mas que lo que supo ahier,
que no la vi de mis ojos.

D. DIEGO.

Llega pues: llama.

Llama á la puerta y sale Inés.

INES.

¿Quién es?

GINES.

Señora Inés, un criado
de toda vuesa merced,
que tan amante y rendido
se viene, como se fue.

INES.

¿Gines mio, no me das
un abrazo?

GINES.

Y dos y tres;
que no soy yo miserable.

INES.

¿Cómo has venido?

GINES.

Despues
lo sabrás muy por extenso;
qué no hay tiempo ahora, porque
mi señor te quiere hablar.

INES.

¿Luego ha venido tambien?

D. DIEGO.

Sí, Inés, y con mil deseos
de verte á tí, y de saber,
como está Beatriz.

INES.

Pues buena
la hallarás ; sabiendo :::

Sale Doña Beatriz.

D. BEATRIZ.

¿ Inés,
quien llamaba; que con tanta
conversacion estás?

D. DIEGO *llegando.*

Quien,
peregrino y derrotado
de la tormenta cruel
de una ausencia, en que rendido
el zozobrado baxel
de amor, á uno y otro embate,
sufrió uno y otro vayven;
hasta que, tranquilo el mar
con el bello rosiclér
de los amigos celages,
toma puerto á vuestros pies,
adonde consagra humilde
la tabla, que tumba fue,
en el templo de su amor
al idolo de su fe.

D. BEATRIZ.

¡Qué mientan así los hombres!
Mas, disimular, es bien.
Ahunque mas, señor Don Diego:::
Pero luego os lo diré,
Inés, mira, que no salga
á aquesta quadra Isabél;
que no es bien, que el primer dia
mis penas sepa,

INES.

Haces bien,
Ginés, despues nos veremos,

GINES.

Como nos veamos despues,
yo haré verdad el refran,
de un poco te quiero Inés, *Vase Inés.*

D. BEATRIZ.

Ahunque mas, señor Don Diego,
vuelvo á decir otra vez,
(¡qué mal se encubre el dolor!)
encarezcais ni pinteis
de la ausencia las tormentas,
significar no podreis,
las que he padecido yo,
siempre amante y siempre fiel,

D. DIEGO.

Albricias, que nada sabe, *ap.*

GINES.

¿Cómo lo habia de saber?

D. BEATRIZ.

¿Cómo en la corte os ha ido?

D. DIEGO.

Como ausente de vos; pues
no hay gusto en ausencia amando,
sino es uno.

D. BEATRIZ.

¿Qual?

D. DIEGO.

Volver
á vista, de lo que se ama.

D. BEATRIZ.

¡Qué falso conmigo esté! *ap.*
Un aspid tengo en el pecho,
y en la garganta un cordel.
¿En que estado el pleyto queda?

D. DIEGO.

Como estaba, le dexé;
porque mi poca salud
me trahe, á convalecer.

D. BEATRIZ.

¿De qué achaque?

D. DIEGO.

De no veros.

D. BEATRIZ.

¿Pues no hay en Madrid, que ver?

¿No son bizarras sus damas?

D. DIEGO.

Como á ninguna miré,
no puedo dar voto en ellas.

D. BEATRIZ.

¡Ninguna!

D. DIEGO.

Dí tú, Gines,
la fineza, que en mí viste.

GINES.

Tanta fineza ví en él,
que le ví muerto de amor.

D. BEATRIZ.

Sí; mas no dices, de quien.

D. DIEGO.

¿Quien fuera, que tú no fueras?

D. BEATRIZ.

¿Luego vos no sois aquel,
que trocando en criminal
el civil pleyto, á que fue,
á sala de competencias
le llevasteis, donde, al ver
en estrado, no en estrados,
vuestra causa una mujer,
en vista os condenó á muerte,
de qué Ministro cruel
fue cierto competidor?

GINES.

¡Cómo lo habia de saber!
¡Hemosla hecho buena!

D. DIEGO.

¡Muerto
estoy!

GINES.

¿Qué miras? Ahun bien,
que yo no he hablado palabra.

D. DIEGO.

¡Qué es esto, que escucho!

GINES.

Es
tu suceso de pe á pa,
sin quitar y sin poner.

D. BEATRIZ.

Todo se sabe, Don Diego;
y pues las razones veis,
que tengo, para ofenderme
de un traydor, aleve, infiel,
falso, engañoso, inconstante,
atrevido y descortes;
que me pasa por finezas
los agravios, no me hableis
otra vez en vuestra vida;
sino intentais, que otra vez
os dé, á entender mi valor,
que hay en Valencia tambien

dama, por quien pueda darse
la muerte á un hombre sin fé.

D. DIEGO.

Mirad:::

D. BEATRIZ.

Mirad vos, Don Diego,
que es tarde, y no será bien,
que me cueste hoy el pesar
mas, que me costó el placer.
Idos pues.

D. DIEGO.

Hasta dexaros
desengañada, de que:::

D. JUAN *dentro.*

¿Cómo no hay aqui una luz?

D. BEATRIZ.

¡Ay infeliz! Este es
mi hermano.

GINES.

¿Pues el hermano
como lo habia de saber?

Sale Inés.

INES.

Señora, mi señor sube.

D. DIEGO.

¿Qué quieres, que haga?

D. BEATRIZ.

No sé.

INES.

Yo sí: entrad en esta quadra,
donde escondidos esteis,
hasta que podais salir.

D. BEATRIZ.

¡Qué infeliz soy!

INES.

Entrad pues.

GINES.

Yo tomo de buen partido,
que dos mil palos me den. *escondense.*

D. BEATRIZ.

Cierra la puerta hácia acá,
porque no los puedan ver.

INES.

Ya está la puerta cerrada,

D. JUAN *dentro.*

¿Siendo ya al anochecer,
no hay luces en casa?

Sale Don Juan, y Don Carlos por una puerta, y Leonor con luces por otra.

D. LEONOR.

Aqui
las luces están.

D. CARLOS.

Al ver, *ap.*
que es, quien trahe la luz, Leonor,
ciego con la luz quedé.

Dadme, señora, á besar
la mano, si merecer,
(¡ay Leonor, tú en este estado!) *Ap.*
puedo tanta dicha.

D. BEATRIZ.

Ahunque
con rendimientos, Don Carlos,
desenojarme intenteis
del agravio, que á esta casa
habeis hecho, no podreis.

D. CARLOS.

Ya de ese agravio, señora,
con Don Juan me disculpé.
El me disculpe con vos,
pues ya lo estoy yo con él.
Y ahunque á vuestra casa hoy
no vengo á honrarme, creed,
que en ella, para serviros,
mi alma y vida tendreis.

D. JUAN.

Ya tengo dicho á mi hermana
las razones, que teneis,
para no honrarnos despacio.

D. BEATRIZ.

Pues ya, que de paso es
la dicha, dadme licencia,
á que de paso tambien
los sirva, como pudiere,

mal prevenida mi fé.
A qui no estais bien; entrad
en mi quarto. ¿Ola Isabél?
Alumbra á mi primo, ¡Cielos,
lástima de mí tened! *vase.*

D. LEONOR.

Supuesto, señor Don Carlos,
que he llegado, á merecer,
serviros hoy, ¡qué mayor
dicha! ¡Qué moyor placer!

D. CARLOS.

¡Ay Leonor, si yo pudiera
dexarte servida, cree,
que no quedáras sirviendo.

D. LEONOR.

Yo quedo, Carlos, mas bien,
que merezco; pues que soy
tan desdichada mujer,
que no merezco de tí,
que algun crédito me dés.

D. CARLOS.

¿Creyó alguno, lo que oye
primero, que lo que vé?

D. LEONOR.

Sí.

D. CARLOS.

Pues hizo mal.

D. JUAN.

Mirad,
que con extremos no deis
alguna sospecha en casa.

D. CARLOS.

¿Quién puede dexar de hacer
extremos, viendo á Leonor
en el trage de Isabél?

Vanse, quedandose Inés, y salen al paño Ginés y Don Diego.

GINES.

¿Inés, podremos salir?

INES.

No, que están al paso.

GINES.

Pues,
qué hemos de hacer?

INES.

Esperar,
que el huesped se vaya.

GINES.

¿Quién
es este huesped?

INES.

Un primo
de casa. Yo volveré,
á sacaros; y si cierra
mi amo la puerta, saldreis,

quando ya esté recojido.
por ese balcon.

GINES.

¿Bal qué?

INES.

Balcon.

GINES.

Por no saltar yo,
ahun no danzo al Saltaren.
Inés, disponlo de suerte,
que yo salga por mi pie,
si es posible.

D. DIEGO.

De qualquiera
suerte lo dispon, Inés.

GINES.

Como tú ya estás, señor,
enseñado, á que te den,
piensas, que el salir, no es nada.

INES.

Cerrad la puerta, y no hableis.

D. DIEGO.

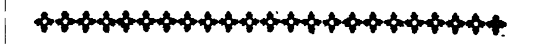
¡Quién se vió en igual aprieto?

GINES.

¿Yo, sin qué, ni para qué?

INES.

Gran cochiboda hay en casa;
quiera Dios, que pare en bien.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Carlos y Fabio.

D. CARLOS.

¿Está todo prevenido?

FABIO.

Ya la ropa y las maletas
tengo aparejadas; solo
falta, que las postas vengan.

D. CARLOS.

Mas falta.

FABIO.

¿Qué es?

D. CARLOS.

Que Don Juan
que hoy he de partirme, sepa,
para que de él me despida.

FABIO.

¿Pues no sabe, que hoy te ausentas?

D. CARLOS.

No; ni él ni Leonor lo saben;

que anoche ahun no tenia esta
resolucion.

FABIO.

Pues yo iré,
á avisarle.

D. CARLOS.

Aguarda, espera;
que él parece, que ha tenido
de mi pensamiento nuevas,
pues á la posada viene,
antes casi que amanezca.

Sale Don Juan.

¡Tan de mañana, Don Juan!
¿Pues qué madrugada es esta?

D. JUAN.

Lo mismo puedo deciros.
¿Dónde vais con tanta priesa?

D. CARLOS.

Anoche, quando volví
de vuestra casa, en aquesta
posada supe, que hay
en Binaroz dos galeras
de Italia, y perder no quiero,
la ocasion, de irme con ellas:
por que no veo la hora,
de hacer de Leonor ausencia;
que, ahunque yo por verla, muero,
muero tambien, por no verla;

y, ya que queda segura,
tengo por la accion mas cuerda,
volver á todo la espalda:
y así con vuestra licencia,
Don Juan, pienso partir hoy.

D. JUAN.

Si yo, Don Carlos, pudiera,
ó concederla ó negarla,
fuera muy gran conveniencia
de mi dolor, poder antes
negarla, que concederla.

D. CARLOS.

¿Cómo?

D. JUAN.

Como me importara,
deteneros en Valencia
unos dias, alma y vida.

D. CARLOS.

¿Fabio?

FABIO.

¿Señor?

D. CARLOS.

Quando vengan
las postas despediraslas. *Vase Fabio.*
Ved, Don Juan, con quanta priesa
son vuestros preceptos antes
que preceptos obediencias.
¿Qué hay de nuevo?

D. JUAN.

¿Estamos solos?

D. CARLOS.

Sí.

D. JUAN.

Pues cerrad esa puerta.

Cierra la puerta.

D. CARLOS.

Ya lo está. ¿Qué es esto?

D. JUAN.

Es
una desdicha, una pena
tan grande, Carlos, que solo
vos podeis de mí saberla,
como mi amigo, porque
soy mitad del alma vuestra,
y como mi sangre, Carlos,
por ser en los dos la mesma.
Mirad, quanto de un dia á otro
muda la inconstante rueda
de la fortuna las cosas.
Ahier en vuestras tragedias
veaîsteis, de mí á valeros,
y hoy en las mias, es fuerza,
que yo me valga de vos.
¡Oh, quan villana, quàn necia
es mi desdicha, pues cobra

con tanta priesa la deuda!

D. CARLOS.

¿Desde anoche acá hubo causa,
que á tan grande extremo os mueva?

D. JUAN.

Despues que anoche salisteis
de mi casa, porque en ella,
ni vos quisisteis quedaros,
ni yo quise haceros fuerza:
y despues, que con instancias
no dexasteis, que viniera
con vos, traté recojerme;
y recorriendo las puertas
de mi casa, que es en mi
costumbre y no diligencia,
en mi quarto me entré, donde
mil ilusiones diversas
me desvelaron de suerte,
que entre confusas ideas,
apenas dormir queria,
quando dispertaba apenas:
quando oygo (tiemblo al decirlo)
que en una quadra de afuera
una ventana se abria.
Presumiendo, que por ella
alguna criada hablaba,
quise averiguar, quien era,
abriendo, sin hacer ruido,

de mi ventana la media;
pues oyendo una razon,
ó tomando alguna seña,
sin escándalo, podia,
poner en el daño enmienda.
A nadie en la calle ví,
con que casi satisfechas
mis dudas, se persuadieron,
á que el viento hacer pudiera
el ruido. ¡Pero que poco
dura el bien, que un triste piensa;
pues por el balcon á este
tiempo ví, que se descuelga
un hombre! Acudí volando,
á tomar una escopeta,
y por prisa que me dí,
ya otro y él daban la vuelta
á la calle, á cuyo tiempo
cerraron, porque ahun aquella,
ó tibia, ó facil ó vana
imaginacion siquiera,
de que eran ladrones, no
me quedase, viendo, que eran
cómplices del hurto iguales,
los que huyen y el que cierra.
Quise arrojarme tras ellos;
mas viendo, con quanta priesa
y ventaja iban, hallé,

que era inutil diligencia.
Conocer, quien era quise,
la que vestida y dispierta
á aquellas horas estaba;
y abriendo, ay de mí, la puerta
de mi quarto, el de mi hermana
cerrado hallé; de manera,
que llamar á él, no era mas,
pues todas en mi presencia
habian de alborotarse,
que equivocando las señas
el semblante de la culpa;
ponerselé á la inocencia,
y advertir para adelante:
siendo la accion menos cuerda,
que hace un ofendido, quando
no está en términos la ofensa,
darla á entender, con decirla,
para no satisfacerla.
Yo no he de hacer en mi casa
novedad. De la manera,
que hasta aqui me vieron todos,
me han de ver, tan sin sospecha,
que hasta mi mismo semblante
sabré hacer, que el color mienta.
Pero para este recato,
tener un amigo, es fuerza,
afuera, si estoy en casa,

ó en casa, si yo estoy afuera.
Pues, si he de fiarme de otro,
¿de quien con mayor certeza,
que de vos, que, como dixe,
soys mitad del alma mesma,
y como deudo y amigo
os toca tanto á mi afrenta.
Y ási, para averiguarlo,
oid, lo que mi pecho intenta?
Dentro de mi quarto yo
tengo una quadra pequeña
con libros y con papeles,
donde jamas sale ó entra
criado alguno. Aqui escondido,
Don Carlos ::: Pero á la puerta
llaman. *llaman dentro.*

D. CARLOS.

Esperad. ¿Quién es?

FABIO *dentro.*

Yo soy, señor; abre apriesa.

D. CARLOS.

Si ves, que tengo cerrado,
¿por qué llamas?

Sale Fabio.

FABIO.

Porque sepas
una grande novedad,
de que importa darte cuenta.

D. CARLOS.

¿Qué es?

FABIO.

Estando de esta casa
esperandote á la puerta,
llegó de camino el padre
de Leonor, á ver, si en ella
posada habia.

D. CARLOS.

¡Qué dices!

FABIO.

Lo que he visto, considera,
si es cosa, para que oculta
un instante te la tenga,
y mas, habiendole dicho,
que si, y apeandose ahí fuera,
donde te ha de ver, si sales.

D. CARLOS.

¡Ay desdicha como está!
Sin duda en mi seguimiento
y de Leonor á Valencia
viene.

D. JUAN.

¿Conoceos él?

D. CARLOS.

Sí.

D. JUAN.

Pues mira tu, quando pueda

salir de aqueste aposento
Don Carlos, sin que le vea,
y avisa.

FABIO.

Ahora podrá;
que él en el quarto se entra,
que le han dado.

D. JUAN.

Pues salgamos
de aqui una vez; que allá fuera
veremos, que hemos de hacer.

D. CARLOS.

Salgamos, Don Juan, apriesa.

D. JUAN.

Vamos á mi casa, adonde
ya es de los dos conveniencia,
estar en ella escondido.

D. CARLOS.

¡Qué de temores me cercan!

D. JUAN.

¡Qué de cuidados me aflijen!

D. CARLOS.

¡Ay, Leonor, lo que me cuestas!

Vanse, y salen Doña Beatriz y Ines.

D. BEATRIZ.

Inés, nada me digas;
que á mas dolor mi sentimiento obligas.

INES.

Pues habiendo salido
del empeño de anoche tan sin ruido,
que, sin que en casa nadie lo sintiera,
á Don Diego y Gines echamos fuera,
¿qué es lo que ahora te aflige?

D. BEATRIZ.

Tu de mi llanto mi pasion colige.
¿Qué importa, que saliesen,
sin que mi hermano ni Isabel los viesen,
si despues mis desvelos
quedaron sin temor, mas no sin zelos?
¿Viste, Ines, en tu vida
desvergüenza mayor, que la fingida
confianza y tristeza,
con que, á significarme la fineza,
que ausente habia tenido,
llegó Don Diego, habiendo yo sabido,
quanto le habia pasado
en Madrid, de otra dama enamorado?

INES.

El no nos oye ahora;
y asi por el he de volver, señora.
¿Qué querias, que hiciera
en Madrid, que es el centro y es la esfera
de toda la lindura,
el aseo, la gala y la hermosura,

un caballero mozo,
que le apunta el dinero con el bozo,
y está, quando mas ama,
cinqüenta y tantas leguas de su dama?
Ya pagó su pecado
bastantemente en cas de aquella moza,
puesto que, sin venir de Zaragoza,
vino descalabrado:
y asi, ahunque amor en tu opinion le culpa,
en la mia la ausencia le disculpa.

D. BEATRIZ.

No son mis zelos, no, tan poco sabios,
que no sepan, Inés, que los agravios,
que tocan en el gusto y no en la fama,
tienen perdon, en quien de veras ama:
y, si verdad te digo,
diera, por verle disculpar conmigo:::
No sé, lo que me diera.
Loca estoy; muerta estoy.

INES.

Aguarda, espera;
que si ese es tu deseo,
yo te le cumpliré, pues nada creo,
que embarazarnos puede,
que, quando te entre á ver, aqui se quede.

y no hay que hacer extremos,
pues que la escapatoria ya sabemos.

D. BEATRIZ.

Sí; pero no quisiera,
que mi amor tan rendido conociera,
Inés, que imagináse,
que yo sobre mis quexas procurase
á sus disculpas la ócasion.

INES.

A todo
remedio hay.

D. BEATRIZ.

¿De qué modo?

INES.

De este modo.
Yo le diré, que estás tan enojada,
tan ofendida y tan desesperada,
que una y docientas veces me has mandado,
no admitir papel suyo ni recado;
mas que no obstante, solo por hacerle
gusto, me he de atrever:::

D. BEATRIZ.

¿A qué?

INES.

á ponerle,
donde te pueda hablar; con que consigo

tres cosas: la una, que el se vea contigo;
la otra, que, tu rogarle, no parezca;
y la otra, que él á mí me lo agradezca.

D. BEATRIZ.

Inés, yo estoy zelosa: cuerda eres.
Harto he dicho: haz tú allá, lo que quisieres;
y en esta parte mas no discurramos,
porque Isabel no entienda, lo que hablamos.

Sale Doña Leonor con unos lazos en una vandeja.

D. LEONOR.

Aquestas son, señora,
las flores, que mandaste hacer.

D. BEATRIZ.

Ahora,
gusto, Isabel, no tengo para nada;
yo las veré despues.

D. LEONOR.

¡Qué poco agrada,
quien sirve sin estrella!

D. BEATRIZ.

Menos agrada, quien amó sin ella. *vase.*

D. LEONOR.

¿Qué es esto, Inés? ¿Que tiene nuestra ama?

INES.

Esto es, amiga, reventar de dama.
Tiene una hipocondria,
con que de una hora á otra, cada dia
muda mil pareceres.
Oye, ve y calla, si agradarla quieres. *vase.*

D. LEONOR.

Harto oygo, y harto veo,
y harto callo tambien. ¡Loco deseo,
para qué neciamente
persuadirme procuras, que aqui ausente
de mi casa, mi patria y padre puedo
perder ya mas á mi desdicha el mie-
do;
si está tan cerca el daño,
que es locura, aguardar el desengaño,
y me pone tan lexos la esperanza,
que es locura, tener la confianza
en lo instable del tiempo; pues decia
uno, que enfermo de mi mal estaba:
Ay triste, del que fia
su cura al tiempo, porque exáminaba,
que es remedio, ahunque sabio tan in-
cierto,
que ya el mal le habia muerto,
quando á curarle el medico llegaba,
matando mil, para uno que sanaba!
¿Quién jamas se habrá visto,

(mal el dolor, mal la pasion resisto)
en tan mísero estado,
como yo, sin haber, ay de mí, dado
ocasion á fortuna tan tirana,
pues nunca fue ::::?

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Isabel, qué hace mi hermana?

D. LEONOR.

En su quarto, señor, oh pena fuerte,
está.

D. JUAN.

Pues hablaréte de otra suerte,
si sola estás. ¿Qué hacias, Leonor bella?

D. LEONOR.

Lo que siempre, quexarme de mi estrella.
¿Has visto á Carlos?

D. JUAN.

Sí; porque no fuera
justo::::

D. LEONOR.

¿Qué?

D. JUAN.

que, sin verle, se partiera.

D. LEONOR.

¿Luego ya se ha partido?

D. JUAN.

Sí, Leonor.

D. LEONOR.

¡Sin haberse despedido
de mí! ¡Qué poco á sus finezas debo!

D. JUAN.

No, Leonor, con afecto ahora nuevo
dexes tu entendimiento,
facilmente llevar del sentimiento.
Yo estoy en guarda tuya,
y no sin causa tu discurso arguya,
que de mí defendida,
por tí he de aventurar honor y vida.

D. LEONOR.

No dudo esa fineza
de tu valor, tu sangre y tu nobleza;
y porque sepas quanto, Don Juan, fio
de tan hidalgo y noble ofrecimiento,
puesto, que el pecho mio
no es posible negarse al sentimiento,
dame, señor, licencia
para que en tanta pena, en dolor tanto
me retire, á llorar, de tu presencia;
que no es razon, que descortes mi llanto
pierda á tus confianzas el decoro,
ni llore yo, sabiendo tú, que lloro. *vase.*

D. JUAN.

¡Qué cuerdamente decia
aquel sabio, que entre el ver
padecer y el padecer,

para que leal y sabio
siempre á la mira estubiese
del padre, y que procurase
penetrar, quanto intentase.

D. CARLOS.

Medio muy frivolo es ese;
que claro es, que él no dirá
á nadie, á lo que ha venido.

D. JUAN.

Con todo eso ::: ¿Mas qué ruido
es este?

D. CARLOS

mirando por la cerradura

Ser cierto ya,
Don Juan, el lance mayor,
que sucedernos pudiera.
Quien sube por la escalera,
es el padre de Leonor.

D. JUAN.

¡Qué decis!

D. CARLOS.

Que yo por esa
llave le ví y conocí.

D. JUAN.

¡El padre de Leonor?

D. CARLOS.

Sí.

D. JUAN.

Pues retiraos apriesa
vos á esa quadra; que yo,
á recibirle, saldré,
y lo que intenta, sabré.

D. CARLOS.

Deteneos; eso no;
que no es, adonde Leonor
y yo estamos, venir él,
lance tan poco cruel,
que permita mi valor,
dexaros,

D. JUAN.

Pues siempre os queda
libre el paso á accion igual,
no anticipemos el mal:
dexemosle, que suceda.
Escuchemosle primero.
Retiraos de aqui.

D. CARLOS.

Sí, haré;
pero á la mira estaré.

Escondese Don Carlos, abre la puerta Don Juan, y sale Don Pedro vestido de camino.

D. JUAN.

¿A quién buscais, caballero?

D. PEDRO.

Suplicoos, que me digais,
pues por caballero os toca
honrarme, si Don Juan Roca
en casa está.

D. JUAN.

¿Qué mandais;
que yo Don Juan Roca soy?

D. PEDRO.

Que vuestros brazos me deis,
pues que vos solo podeis,
ser de mis fortunas hoy
puerto, á cuya confianza
todas mis penas entrego,
quando á vuestra casa llego,
á lograr una esperanza;
seguro, de que ha de hallar
mi infeliz tirana estrella,
todo quanto busco, en ella.

D. CARLOS.

¿Qué mas se ha de declarar?

D. JUAN.

Sin duda, que ya ha sabido, *ap.*
que Don Carlos y Leonor
están aqui. Yo, señor,
á mi suerte agradecido
estoy, quando asi me honrais;
pero es fuerza, padecer

mil dudas, hasta saber,
quien sois, y que me mandais.

D. PEDRO.

Sentaos, y quien soy, señor,
de aquesta sabreis primero;

Dale una carta.

luego sabreis, lo que espero
fiar de vuestro valor. *sientanse.*

D. JUAN.

Del Marqués mi señor es
la carta. Dudando estoy.

D. PEDRO.

Leedla, sabreis, quien soy,
y mi pretension despues.

D. JUAN *leyendo.*

El señor Don Pedro de Lara, mi pariente y amigo va á esa ciudad en seguimiento de un hombre, de quien importa á su honor, satisfacerse; mi poca salud no me da lugar, á acompañarle: pero fio, que, donde vos estais, no le hará falta mi persona; y asi os digo, que su ofensa es mia, y su satisfaccion corre por mi cuenta. Dios os guarde. El Marqués de Denia.

Lo que me escribe el Marqués
mi señor, habeis oido;
lo que yo respondo á esto,

es, que aqui, para serviros,
me teneis á todo trance.

D. PEDRO.

Guardeos Dios; que asi lo fio
de las noticias, que traygo
y de las partes, que miro
en vos, con cuyo resguardo
solo y secreto he venido,
en confianza no mas
de esa carta; porque dixo
el Marqués, que en vos tendria
mi honor valedor y amigo,
por muchas obligaciones,
que á su casa habeis tenido.

D. JUAN.

Todas las confieso, y todas
vereis en vuestro servicio
empleadas igualmente;
pero para esto, es preciso,
saber, señor, la ocasion,
que á Valencia os ha trahido.
Apuremos de una vez
todo el veneno al peligro.

D. PEDRO.

Yo lo diré, si es que yo
puedo acabarlo conmigo.
Noble soy, Don Juan, y sobre
ser noble, estoy ofendido,

mi enemigo está en Valencia:
tras él vengo: harto os he dicho.

D. JUAN.

Y yo lo he entendido todo
tan bien ya, como vos mismo.

D. PEDRO.

Discreto sois; y asi solo
quiero, que esteis prevenido,
para quando yo os avise,
de que de vos necesito. *levantase.*

D. JUAN.

Esperad; que falta mas.

D. PEDRO

Decid, ¿qué falta?

D. JUAN.

Advertiros,
de que yo tengo en Valencia
deudos, parientes y amigos:
y asi, sin saber, quien es,
Don Pedro, vuestro enemigo,
ni el Marqués puede mandarme
cosa contra el valor mio,
ni yo ofrecer favor, que
resulte contra mí mismo.

D. PEDRO.

De vuestra sangre y cordura
ha sido reparo digno;
y ahunque sea contra mí,

os lo agradezco y estimo;
y para que no dexemos
el escrúpulo indeciso,
¿qué teneis con un Don Diego
Centellas?

D. JUAN.

Ser conocido
mio no mas.

D. CARLOS.

Este es
aquel competidor mio.

D. PEDRO.

Segun eso, ya el reparo
es ninguno

D. JUAN.

Asi lo afirmo.

D. PEDRO.

Pues este una noche, ay triste,
¡con qué dolor lo repito!
quedó por muerto en mi casa,
con que no pudo mi brio,
satisfacerse; que fuera
villano rencor, indigno
de mi valor, emplear
en un cadaver los filos
de mi vengativo acero;
pero no tan vengativo,
que vida no diera muerto,

á quien diera muerte vivo.
Llegó Justicia, y yo alcé
la mano al instante mismo
á venganzas y querellas;
porque no fuera bien visto,
que hombre como yo tratára,
de vengarse por escrito.
Entre el alboroto huyó
una hija mia: al decirlo,
me embaraza la vergüenza.
Mal haya el primero, que hizo
ley tan rigurosa, pacto
tan vil, duelo tan impio:
y entre el hombre y la mujer
un tan desigual partido,
como que esté el proprio honor
sujeto al ajeno arbitrio.
Huyó, digo, de mi casa,
y ahunque de aqueste delito
fueron dos los agresores,
á este con dos causas sigo.
La primera, que no sé
del otro; y asi es preciso,
que aquel, de quien sé primero,
pruebe primero el castigo.
La segunda, que viniendo
ahora por el camino,
que un caballero venia

recatado y prevenido
con un criado y una dama,
en mil posadas me han dicho;
y por las señas es ella;
que habiendo él convalecido,
y ella faltado, es muy facil
presumir, que se ha valido
de él en su fuga; y asi
con este segundo indicio,
mas irritado le busco,
y mas osado le sigo:
para que asi se reparen
las ruinas del edificio
de mi honor, que está por tierra,
ó para que vengativo
haga, que ahun estas no queden,
sin que los incendios vivos
de mi pecho las abrasen;
y pues mi agravio os he dicho,
y ya no hay inconveniente,
en ayudar mis designos,
despues volveré, á buscaros;
que ahora de vos me retiro,
á hacer otra diligencia,
de que os vendré, á dar aviso,
como, á quien ya desde aqui
mi amparo ha de ser y asilo,
no tanto, porque á ello os mueva

la carta, que os he trahido,
quanto por la obligacion,
en que os pone, haberme visto,
dar lágrimas á la tierra,
y dar al cielo suspiros. *vase.*

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

¡Quién en el mundo se vió
en las dudas, que me miro!

D. JUAN.

Vamos recorriendo, Carlos,
lo que nos ha sucedido.

D. CARLOS.

Vos teneis en vuestra casa
á la dama de un amigo.

D. JUAN.

Hija de un hombre, que hoy
á valer de mí, se vino.

D. CARLOS.

El amigo está tambien
en vuestra casa escondido.

D. JUAN.

Y á efecto, de que me ayude,
á vengar agravios mios.

D. CARLOS.

El enemigo, que aquel
busca, es tambien mi enemigo.

D. JUAN.

Y yo de todos prendado,
no sé, á que me determino:
de Leonor, porque es mujer;
de vos, porque sois mi primo;
por el Marqués de Don Pedro,
y de mi honor por mí mismo.
¿Qué puedo hacer?

D. CARLOS.

Resolveros.
A qué: el tiempo ha de decirlo,
obrando en los lances, como
se vinieren sucedidos.

D. JUAN.

Pues, si habemos de esperarlos,
Carlos, no hay que prevenirlos;
que ellos vendrán, y hasta entonces
vos en mi quarto escondido,
sed de mi honor centinela,
en tanto, que yo advertido,
hago la desecha fuera,
de que sin cuidado vivo.

D. CARLOS.

Pues á Dios. Piadosos cielos:::

D. JUAN.

A Dios pues. Cielos divinos:::

D. CARLOS.

sacadme de tantas penas.

D. JUAN.

negadme á tantos peligros.

Vase cada uno por su puerta, y D. Carlos se cierra por dentro, y salen Don Diego y Gines coxeando.

D. DIEGO.

Tú has de ir.

GINES.

Yo no he de ir.

D. DIEGO.

¿Por qué?

GINES.

La mas singular
razon, que hay, para no andar,
es tener quebrado un pie.

D. DIEGO.

¡Válgate Dios, que notable
estás!

GINES.

Para entre los dos
me acuerda el valgate Dios
cierto cuento razonable.
En un pozo un Portugues
cayó; al verlo, dixo un hombre:
válgate Dios, y el de abaxo
le respondió: ya non pode.
Facil es la aplicacion,
y á propósito ha venido,

si es lo mismo haber caido
de un pozo, que de un balcon.

D. DIEGO.

¿Yo tambien no salté, y no
me hizo daño?

GINES.

¿Pues que quieres,
si tu quebradizo no eres,
y soy quebradizo yo?

D. DIEGO.

Tu poca maña condeno.

GINES.

Estreno, señor de pies,
malo para uno es,
lo que para otro es bueno.
Con hambre y cansancio un dia
á una posada llegó
cierto Frayle, y preguntó
á la huespeda, ¿qué habia,
que comer? Si una gallina
no mato, le dixo ella,
nada hay. ¿Quién podrá comella,
respondió con gran mohina,
acabada de matar?
Tierna estará, replicó
la huespeda, porque yo
sé un secreto singular,
con que la ablande; y cojiendo

la polla, que viva estaba,
vió, que los pies la quemaba,
con que á nuestro Reverendo
muy blanda le pareció;
y, ahunque el hambre pudo hacello,
atribuyendolo á aquello,
en la cama se acostó.
Estaba la cama dura
tanto, que le tenia inquieto,
y él, cayendo en el secreto,
pegarla á los pies procura
la luz. Dixo, al ver la llama
la huespeda: ¿Padre, qué es
eso? y él dixo: Nuestra ama,
porque se ablande la cama,
quemó á la cama los pies.
Asi no te dé mohina,
que en los dos no haga el secreto
su efecto, porque en efecto
tu eres paja y yo gallina.

D. DIEGO.

Por mas que tu voz me diga,
no has de escaparte, Gines,
de ir á ver á Inés.

GINES.

¡Inés,
no es una fiera enemiga,
que anoche con mil rigores,

tras tenernos á un rincon,
nos vació por un balcon,
al fin, como servidores,
yo suyo, y tu de su ama!
Pues vive Dios, de no vella
en mi vida.

D. DIEGO.

Antes por ella
se aseguró vida y fama
de Beatriz, y agradecido
debo á la fineza ser.

GINES.

Yo no; que ahun agradecer
no puede un hombre caido.

D. DIEGO.

Ya es notable tu extrañeza.

GINES.

¿Pues no quieres, que me enoje,
señor, si á los dos nos coje
tu amor de pies á cabeza?

D. DIEGO.

Por mí has de ir allá.

GINES.

Yo iré.
Pero por partido tomo
traherte mal despacho.

D. DIEGO.

¡Cómo!

GINES.

Como voy con muy mal pie.

D. DIEGO.

En esta esquina te espero.

GINES.

Poco tendras que esperar,
si solo á Inés has de hablar.

D. DIEGO.

¿Por qué?

GINES.

Porque, á lo que infiero
del trage, el brio y el talle,
es ella, la que salió
de su casa.

D. DIEGO.

Ella es, y no
quisiera hablarla en la calle.
Dila, que en este portal
estoy; que se llegue aqui.

Retirase junto al paño, y sale Ines con manto.

INES.

Desde la ventana ví
á Don Diego; y ahunque es tal
mi temor, le hablaré, pues
fiada en la industria mia,
mi ama echadiza me envia.

GINES.

¿Qué importa, traydora Inés,
lo tapadillo, si el brio
va diciendo á voces, que eres
coliflor de las mujeres?

INES.

¿Qué es aquesto, Gines mio?

GINES.

Esto es coxear.

INES.

Ya lo veo,
¿Pero de qué achaque es?

GINES.

De un achaque tuyo, Ines.

INES.

Miente, como un coxifeo.

GINES.

Mi achaque fue tu balcon.
Luego claramente arguyo,
que es mi achaque achaque tuyo.

INES.

Negára la conclusion,
á no ir en cas de Violante
á un recado; y no quisiera,
que contigo hablar, me viera
nadie de casa.

GINES.

Al instante,

que te hable mi señor
en esta parte no, mas
de una palabra, te irás.

INES.

Aqueso fuera peor;
que si mi ama supiera,
que le hablaba, me matára.

Llega Don Diego.

D. DIEGO.

¿Por qué, Ines?

INES.

Porque es tan rara
su colera, y es tan fiera
la ira, que tiene contigo,
que no tomar, me ha mandado
papel tuyo ni recado.

D. DIEGO.

¡Pues, Inés, tanto castigo
para quien la adora!

INES.

Darte
quisiera ahora...

D. DIEGO.

¿Por qué, di?

INES.

Porque no adores aquí,
y ofrezcas en otra parte.

GINES.

Si cesa la indignacion,
con decir los enojados.
mandaré á quatro criados,
que os echen por un balcon;
y ella, con mandarlo á una
sola criada, nos echó
tan á la letra, que yo
voy coxeando, ¿mi fortuna
que mas quiere?

D. DIEGO.

Tu tambien
eres, Inés, contra mí?

INES.

Esto, que te digo aqui,
sé, allá disfrazar mas bien;
que sabe Dios, si me cuesta
mas de dos pesares ya,
disculparte.

D. DIEGO.

Pues si está
tanto en mi favor dispuesta
tu voluntad, haz, Inés,
que, solo un instante vella,
pueda yo.

INES.

En eso está ella.

D. DIEGO.

Y fia de mí, despues
de esto, que ahora te da
mi amor, la satisfaccion.

Dala un bolsillo.

INES.

Para mí excusadas son
estas cosas.

GINES.

Claro está.

INES.

Y porque veas, que tengo
gana, de servirte, haré
una cosa. Yo diré,
que ya del recado vengo;
y pues ya empieza á cerrar
la noche, y mi amo está fuera,
á solo, que yo entre, espera;
que dexandome al entrar
la puerta abierta:::

D. DIEGO.

Ay, Inés,
hoy nueva vida me das.

INES.

entrarte trás mí podrás,
y obre fortuna despues.

D. DIEGO.

Dices bien; ya yo te sigo.

GINES.

¡Ay, Inés, lo que te quiero!

INES.

¿Hablaba usted, caballero,
con el bolsillo ó conmigo?

GINES.

Con quien quisieres, que sea;
mas ponle á mi parte nombre.

INES.

Quita; que no hablo yo á hombre,
que sé, de que pie coxea. *vase.*

D. DIEGO.

Sigueme, Gines.

GINES.

¿Yo?

D. DIEGO.

Sí.

GINES.

¿A dónde?

D. DIEGO.

Conmigo ven.

GINES.

El diablo me lleve, amen,
si yo pasáre de aqui.
¿Que me quieres encerrado?
Si es, por saltar uno mas,
en la calle me hallarás,
y haz cuenta, que ya he saltado.

D. DIEGO.

Este temor me ha advertido,
que, irme solo, es lo mejor.

GINES.

Es muy cuerdo ese temor,
y haz cuenta, que ya he partido.

Vanse los dos, y salen Doña Beatriz y Doña Leonor.

D. BEATRIZ.

Haz, que pongan unas luces,
Isabel, en esa quadra,
y espera, en tanto, que yo,
de la labor enfadada,
me divierto en esta rexa
un rato.

D. LEONOR.

Haré, lo que mandas.
Malo es servir, y peor *Ap.*
servir con desconfianza.
Recatandose de mí
siempre Beatriz y Ines, andan;
una salió fuera, y otra
aqui debe de esperarla.
Quiero dar lugar, pues sé,
en que estos secretos paran,
á que hablen; que yo me acuerdo,
quando solia en mi casa
tener el mismo recato,

y la misma confianza
de unas y de otras, que entonces
me servian. Basta, basta,
memoria; y pues ahora sirves,
Leonor, oye, mira y calla. *vase.*

Sale Inés.

INES.

No dirás, que me he tardado.

D. BEATRIZ.

Por saber, lo que te pasa
con Don Diego, estoy, Inés,
esperando en esta sala.
¿Qué ha habido?

INES.

Que mi papel
no ha echado á perder la traza.
Tras mí viene, sin que entienda,
que tú, señora, le llamas.
No hay, sino hacer ahora el tuyo,
mostrandote muy ayrada,
y conmigo la primera.

D. BEATRIZ.

Inés, mira, quien andaba,
ahí afuera.

INES.

Ay, señora, un hombre.

D. BEATRIZ.

¡Quién asi ::!

D. DIEGO *saliendo.*

Quien á tus plantas,
hermosa Beatriz, ofrece
una y mil veces el alma.

D. BEATRIZ.

¡Qué es esto, Inés!

INES.

Yo, señora,
la puerta dexé cerrada.

D. BEATRIZ.

Mientes; que esta es traycion tuya;
no has de estar un hora en casa.

D. DIEGO.

¿Para qué riñes á Inés,
Beatriz, y si yo soy la causa
de tu enojo? En mí tus iras
se rompan y se deshagan;
que yo no quiero mas premio,
que solo darte venganzas.

D. BEATRIZ.

Señor Don Diego, bien estas
demasias excusadas
pudieran estar, sabiendo,
quanto es hoy vuestra esperanza
para conmigo imposible.

D. DIEGO.

Siempre lo fue; que mis ansias
nunca, Beatriz, presumieron,

que mereciesen lograrla.

D. BEATRIZ.

Sí; mas nunca menos, que hoy.

D. DIEGO.

¿Por qué?

D. BEATRIZ.

Porque es muy contraria
política del amor,
que merezca, quien agravia.

D. DIEGO.

Disculpar esa sospecha,
pretendo.

D. BEATRIZ.

Mal disculparla,
podreis.

D. DIEGO.

Quiza bien.

D. BEATRIZ.

Don Diego,
la hora es muy aventurada.
Aquesa puerta está abierta,
muy dispuesta mi desgracia.
Idos no querais perderme;
de dos suertes.

D. DIEGO.

Ya que alcanza
esta ocasion mi deseo,
no tengo de despreciarla.

En oyendome, me iré.

D. BEATRIZ.

Inés, esa puerta guarda,
ya que es fuerza, que le oyga
á precio, de que se vaya. *vase Inés.*

D. DIEGO.

Yo sali, Beatriz hermosa,
de Valencia:::

Vuelve á salir Inés muy asustada.

INES.

¡Ay desdichada!

D. BEATRIZ.

¿Qué es eso?

INES.

Mi señor viene.

D. BEATRIZ.

¡Triste de mí!

INES.

¿Ea, qué aguardas?
Del aposento de anoche
hoy el sagrado nos valga.

D. DIEGO.

¡Qué desdichado que ha sido
siempre mi amor! *escondese.*

D. BEATRIZ.

¡Qué tyrana
ha sido siempre mi estrella!

INES.

¿Qué te turbas y desmayas?
No temas; que mi señor
no trahe rezelo de nada,
pues entra en su quarto antes
que en el tuyo.

D. BEATRIZ.

¡Ay Inés, quanta
es mi pena!

Salen D. Juan y D. Carlos á la puerta.

D. JUAN.

Yo venia,
Carlos, como digo, á casa,
quando vi, que un hombre en ella
entró. En la calle me aguarda,
y por ventana, ni puerta
dexes, que ninguno salga.

D. CARLOS.

Entra y fia, que seguras
tienes, Don Juan, las espaldas.

Vase Don Carlos.

D. JUAN.

¿Beatriz?

D. BEATRIZ.

¿Hermano?

D. JUAN.

¿Qué hacias?

D. BEATRIZ.

Aqui con Inés estaba.

D. JUAN.

Está bien.

D. BEATRIZ.

¿A dónde vas?

D. JUAN.

¿Es novedad, que en mi casa
entre yo, donde quisiere?

D. BEATRIZ.

No lo es; pero extraño:::

D. JUAN.

Aparta.

D. BEATRIZ.

el modo, de hablarme.

D. JUAN.

Quita,
de delante.

D. BEATRIZ.

Pena extraña.

D. DIEGO *al paño.*

Hácia este aposento viene.
Salida tiene á otra quadra;
quiero ver, si mas seguro
lugar mis rezelos hallan.

D. JUAN.

De esta suerte he de salir
de una vez de dudas tantas.

Entra tras Don Diego sacando la espada.

D. BEATRIZ.

Para entrar al aposento,
ay de mí, la espada saca.

INES.

Muertes de hombres ha de haber.

D. BEATRIZ.

Inés, la suerte está echada.

INES.

Y echada á perder, señora.

D. BEATRIZ.

Sin vida estoy y sin alma.

INES.

Pues qualquiera de ellas es
importantisima alhaja,
huyamos.

D. BEATRIZ.

Ahun para huir,
haliento y valor me falta.

INES *mirando dentro.*

Don Diego del aposento
salió, pues que no se halla
en él.

D. LEONOR *dentro.*

¡Ay de mí infelice!

D. BEATRIZ.

Pasando de quadra en quadra,
dió, adonde estaba Isabel;

olla de verle se espanta,
y huyendo de él; hasta aqui
viene. A este lado te aparta.

Retiranse las dos, y sale Doña Leonor con luz, y Don Diego tras ella.

D. LEONOR.

Hombre, que mas me pareces
sombra, ilusion ó fantasma,
¿qué me quieres? ¿No bastó
el echarme de mi casa,
sino tambien de la ajena?

D. DIEGO.

¿Mujer, qué mas me retratas
fantasma, ilusion ó sombra,
mis desdichas no me bastan,
sin las que tú ahora me añades,
pues segunda vez me matas?
Pero no, pues hoy:::

Sale Don Juan.

D. JUAN.

En vano,
ahunque el centro en sus entrañas
te esconda, podrás, Don Diego:::

D. DIEGO.

Detened, Don Juan, la espada;
que ahunque vuestra casa está
en esta parte agraviada,
no vuestro honor; y si puedo

satisfacer con palabras
al empeño, mejor es;
pues es cosa averiguada,
que es la venganza mejor,
no haber menester venganza.

D. JUAN.

Don Diego Centellas es. *ap.*
Con Leonor está; aqui hallan
mis sospechas el mejor
desengaño. Albricias, alma;
que ahunque esta es desgracia, es
mas tolerable desgracia.

D. BEATRIZ.

Suspenso el acero, al verle,
se quedó: oye, lo que hablan.

D. DIEGO.

Yo, Don Juan, amé en la corte
á Leonor, que es esta dama,
en cuya casa una noche
me sucedió una desgracia.
Vine á Valencia, y teniendo
noticia, que en vuestra casa
estaba:::

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. DIEGO.

Esta noche
me atreví, á entrar aqui, á hablarla.

D. BEATRIZ.

Qué buena disculpa, Inés,
si ahora Isabel conformára
con ella. Haz señas, que diga,
que sí, que es ella la dama.

Hace Inés señas á Doña Leonor.

D. LEONOR.

Don Juan, quanto aqui has oido,
es verdad. Don Diego es causa
de mi fortuna, y por quien
desterrada de mi patria,
de mi padre aborrecida,
de mi esposo despreciada,
en este estado; este trage
vivo, sirviendo á tu hermana.

INES.

La seña entendió.

D. BEATRIZ.

Y lo finge
tambien, que ahun á mí me engaña.

D. LEONOR.

Pero diga él, si yo aqui,
ni allá le dí:::

D. JUAN.

Calla, calla.

D. LEONOR.

ocasion.

D. JUAN.

No te disculpes.
¡Hay mujer mas desgraciada!

INES.

Mucho la debes, señora,
pues se culpa por tu causa.

D. BEATRIZ.

Solo, que lo haya creido
mi hermano, es, lo que nos falta.

D. JUAN.

¿Qué haré; que ahunque esté seguro
yo, que lo esté Carlos, falta?

Sale Don Carlos, y quedase al paño.

D. CARLOS.

Habiendo en la calle oido
ruido aca dentro de espadas,
dexo la puerta, y á hallarme
vengo, Don Juan ::: Mas las armas
tienen suspensas los dos.
Desde aqui oiré lo que tratan;
que quizas será á su honor
conveniencia la desgracia.

D. DIEGO.

Esta es vuestra ofensa, y pues
á ser agravio no pasa,
mirad, si os estará bien,
ó remitirla ó vengarla.

D. JUAN.

Don Diego, vuestras disculpas
convienen con señas varias,
que yo tengo de Leonor.

D. CARLOS.

¡Qué escucho! ¡Pena tyrana!
¡A Leonor nombró y Don Diego!

D. JUAN.

Pero una pregunta falta.
¿Es esta la primer noche,
que aqui habeis entrado, á hablarla?

D. DIEGO.

Malicia trahe la pregunta. *ap.*
Por si, ó por no, he de salvarla,
No; que anoche entré por esa
puerta, y por esa ventana
salí. Sabida la culpa,
¿ qué importa la circunstancia?

D. JUAN.

Importa, mas que pensais.

D. CARLOS.

¡Contra mí es, contra quien paran
los zelos de Don Juan, cielos!

D. BEATRIZ.

Ya que lo ha creido, salga
yo ahora. Pues ten de mí,
Don Juan, la desconfianza,
y mira, lo que me envia,

para servirme, tu dama.
Perdona, amiga, y prosigue.

D. LEONOR.

No entiendo, lo que me mandas.

D. JUAN.

No es tiempo de eso, Beatriz;
pues ahunque con señas tantas
me satisfaga Don Diego,
estár Leonor en mi casa
por orden, de quien á ella
la envió, á mí no me saca
de la obligacion, en que
me pone mi sangre hidalga;
y asi, ahunque por ella venga,
y no por tí, eso me basta,
para que el atrevimiento
castigue yo.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

Aquesa instancia,
pues me toca á mí, el sentirla,
tambien me toca, el vengarla.

D. LEONOR.

¡Qué miro! ¡Carlos aqui!
Esto solo me faltaba.

D. DIEGO.

¿Pues, quien soys vos, que quereis
tomar ahora la demanda?

D. CARLOS.

Bien pudierais conocerme;
que razones teneis hartas.
Yo soy aquel, que por muerto
os dexó ; y ahora trata
acabar , lo que empezado
dexó entonces.

D. LEONOR.

¡Pena extraña!

D. DIEGO.

Antes pienso, que venís,
á que yo tome venganza
hoy de todo.

D. JUAN.

A vuestro lado,
Carlos, estoy.

D. DIEGO.

No me espanta
la ventaja de los dos.

GINES *dentro.*

Aqui son las cuchilladas.
Entrad todos.

Sale Gines y gente.

TODOS.

¿Qué es aquesto?

D. BEATRIZ.

Inés, esas luces mata,
por si podemos asi,

excusar desdichas tantas.

Apaga la luz y riñen.

GINES.

Nadie tire, estando á obscuras.

D. JUAN.

Ved todos, que esta es mi casa.

GINES.

Encienda usted una luz,
y lo verán.

D. LEONOR.

¡Qué desgracia!

D. DIEGO.

La puerta hallé. Esto no es,
volver al riesgo la cara,
sino fiar á mejor
ocasion mis esperanzas. *vase.*

D. BEATRIZ.

A mi quarto me retiro
llena de confusas ansias. *vase.*

INES.

Tan buena hacienda hemos hecho,
que de puro buena es mala. *vase.*

GINES.

¿Señor, dónde estais; que ya
el Cirujano te aguarda?

D. CARLOS.

Muere traydor.

GINES.

Muerto soy;
que mandarlo usted, me basta.
El diablo, que mas espere,
á que de veras lo hagan. *vase.*

UNO.

Muerto está uno. Por si viene
Justicia, de aquesta casa
salgamos; huyamos todos. *vanse.*

D. JUAN.

Ola, aqui unas luces saca:
mas yo por ellas iré. *vase.*

D. LEONOR.

De confusa y de turbada,
tropezando en mis desdichas,
de aqui no muevo las plantas.

D. CARLOS.

El puesto he de sustentar;
que, ahunque siento, que se vayan
todos, no he de faltar yo,
de donde sáqué la espada.

Sale Don Juan con luz.

D. JUAN.

Ya hay luz aqui.

D. LEONOR.

Carlos, tente.

D. JUAN.

¡Solos los dos!

D. CARLOS.

¿Qué te espanta?
Porque, si yo á mi enemigo
no puedo volver la espalda,
hallandome con Leonor,
con mi enemigo me hallas;
pero enemigo, de quien,
la victoria es, huir.

D. JUAN *deteniendole.*

Aguarda.

D. CARLOS.

Dexame, que en seguimiento
de esotro, huyendo á este, salga.

D. JUAN.

Ya no hay tras quien.

D. LEONOR.

¡Quien pudiera
rasgarse el pecho, y que hablára
el corazon con acciones,
y no la voz con palabras!

D. CARLOS.

Fuera el corazon tambien
traydor; que, ser tuyo, basta.

D. LEONOR.

Fuera leal, por ser mio.

D. CARLOS.

Bien el lance lo declara,

que acabo, de ver. Ay fiera,
quando no consideráras
las finezas, que me debes,
consideráras, que estabas
en casa de Don Juan.

D. LEONOR.

¿Pues
qué culpa contra mí hallas
en las locuras de un hombre?

D. CARLOS.

Ninguna. Ahorrémos demandas
y respuestas. Primo, amigo,
pues tan felizmente acaba
para tí aquella ocasion,
que detubo mi jornada,
quanto infeliz para mí,
á Dios, que, ahunque con infamia
salga de Valencia, es fuerza,
que de ella esta noche salga.
Diga mi enemigo, que huyo;
que no quiero honor ni fama.
A esa mujer, porque en fin
la quise bien, te la encarga
mi amistad, no para que
la tengas mas en tu casa,
sino para que la dexes.
En cas de Don Diego vaya;
logre el felice su amor,

y ella gustosa. Mas nada
digo. A Dios, Don Juan.

D. LEONOR.

¡Ay Cielos!
Espera, Carlos.

D. CARLOS.

¡Qué ahun hablas!

D. LEONOR.

Si, yo supe:::

D. CARLOS.

No prosigas.

D. LEONOR.

que aqui:::

D. CARLOS.

No me digas nada.

D. LEONOR.

No::: pues::: yo::: si::: hablar no puedo.
Vista y haliento me faltan.
¡Jesus mil veces! *desmayase.*

D. JUAN.

Cayó
en mis brazos desmayada.

D. CARLOS.

Tenla, Don Juan. ¡Ay Leonor,
que te adoro, ahunque me matas;
y es muy distinto sentir
tu traycion, que tu desgracia.

D. JUAN.

En lágrimas y gemidos
se le han vuelto las palabras.
Esperad, Carlos, á que
entre al quarto de mi hermana
con ella.

D. CARLOS.

Sí, Don Juan; dí,
que algun remedio se le haga.
Mas dexala, que se muera,
pues para otro amor se guarda.

D. JUAN.

Despues veremos los dos,
lo que hemos de hacer.

Entrala Don Juan.

D. CARLOS.

Mal haya
rendimiento tan postrado,
pasion tan avasallada,
afecto tan abatido,
y voluntad tan postrada.
¡A mas quexas, mas amor!
¡A mas agravios, mas ansias!
¡A mas traycion, mas firmeza!
¿Mas qué me admira y espanta;
que, quien no ama los defectos,
no puede decir, que ama?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Carlos y Don Juan.

D. CARLOS.

¿Volvió del desmayo?

D. JUAN.

Sí;
pero volvió de manera,
que pienso, que mejor fuera,
no haber vuelto.

D. CARLOS.

¿Cómo así?

D. JUAN.

Como al instante, que alli
restauró el perdido haliento,
fue tan grande el sentimiento,
que de tenerle ha tenido,
que á un tiempo cobró el sentido,
y perdió el entendimiento,
segun los extremos son,
que hace confusa y turbada.

D. CARLOS.

¿Qué dice?

D. JUAN.

Que es desdichada,
sin oirla su razon.

D. CARLOS.

¡Oh mal haya mi pasion!

D. JUAN.

¿Vos, qué habeis determinado?

D. CARLOS.

Dos cosas he imaginado,
y solo, Don Juan, quisiera,
que nadie me las oyera,
sin estar enamorado.
Quereis, que os diga, Don Juan,
sobre tantas confusiones,
fantasias é ilusiones,
como á mí vienen y van,
¿quáles son, las que me dan
mas gusto, quando las toco,
quáles, las que me provoco
mas, á executarlas?

D. JUAN.

Sí.

D. CARLOS.

No os habeis de reir de mí,
pues confieso, que estoy loco.
Si en este estado pudiera

yo conseguir, que á Leonor
todo su perdido honor
Don Diego satisfaciera,
que honrada y en paz volviera
con su padre á su lugar,
fuera la mas singular
venganza, y á esta mujer
la sabré hacer un placer,
quando ella espera un pesar.
Leonor está enamorada:
Don Diego lo está tambien;
digalo el lance. Pues bien,
¿qué pierdo yo? Todo y nada.
Y asi en pena tan ayrada,
como tengo y he tenido,
solo esto me ha parecido,
que despicarme sabrá:
ganemos á Leonor, ya
á que Leonor hemos perdido.

D. JUAN.

Es vuestra resolucion
tan honrada, como vuestra;
y bien en su efecto muestra,
ser hija de una pasion
tan noble.

D. CARLOS.

¿Pues á su accion,
qué medio, Don Juan, pondremos?

D. JUAN.

No sé ; porque , si queremos
á Don Diego hablar yo y vos,
por lo mismo , que los dos
el casamiento tratemos,
él no lo hará ; que no fuera
justo , que un hombre otorgára,
por mas que él lo deseára,
lo que el galan le pidiera
de su dama : de manera,
que otra persona ha de haber.

D. CARLOS.

Pues , lo que se puede hacer,
es , que á su padre digais,
como á Leonor ocultais,
y él lo podrá disponer.

D. JUAN.

Tiene eso un inconveniente.

D. CARLOS.

¿ Qué ?

D. JUAN.

El empeño de los dos;
fuera de que entonces vos
no haceis la accion.

D. CARLOS.

Cuerdamente
decis. ¿ Quién habrá , que intente
esta plática mover ?

D. JUAN.

Ya sé yo, quien ha de ser.
Vereis, que todo lo allana.

D. CARLOS.

¿Quién?

D. JUAN.

Doña Beatriz mi hermana,
que es en efecto mujer,
con quien, lo uno, no habrá
duelo en la proposicion;
y lo otro, es debida accion
suya, el honrar, á quien ya
dentro de su casa está
declarada, por quien es.

D. CARLOS.

Bien pensais.

D. JUAN.

Escondeos pues,
mientras yo á tratarlo llego.

D. CARLOS.

¡Yo, por qué!

D. JUAN.

Porque Don Diego,
ni el padre os vea hasta despues.

D. CARLOS.

¡Yo esconderme!

D. JUAN.

Es deshacer

toda nuestra pretension.

D. CARLOS.

Yo lo haré con condicion,
que nadie lo ha de saber,
sino vos.

D. JUAN.

Asi ha de ser.

D. CARLOS.

Pues id con Dios. ¡Ay Leonor,
quánto debes á mi amor;
pues te da, fiera homicida,
sobre un agravio la vida,
sobre otro agravio el honor!

Escondese y cierra por dentro.

D. JUAN.

Si, á conseguir esto, llego,
á nadie le está mejor,
pues quedo bien con Loenor,
con su padre y con Don Diego:
y vengo, á mirarme luego
sin el empeño, á que he estado
por Don Carlos obligado;
y asi tengo de esforzar
esta accion, hasta quedar
gustoso y desengañado.

Sale Doña Beatriz.

D. BEATRIZ.

¿Está Don Carlos aqui?

D. JUAN.

No, Beatriz.

D. BEATRIZ.

Pues yo á tu quarto,
solo á buscarle, venía.

D. JUAN.

Quando le dió aquel desmayo
á Leonor, le dexé aqui,
y aqui, al volver, no le hallo.
Ni ahun mi hermana ha de pensar,
que se ha escondido Don Carlos. *ap.*

D. BEATRIZ.

Sin duda, que su valor,
tras Don Diego le ha llevado.

D. JUAN.

Yo, por no saber, adonde
hallarle podré, no salgo
tras él. ¿Mas tú, qué le quieres?

D. BEATRIZ.

Decirle, Don Juan, que, quando
por amante y por rendido
no fuese, por cortesano
y caballero tubiese
de su dama, que llorando
está, lastima.

D. JUAN.

¿Qué dice?

D. BEATRIZ.

Que con solo hablar á Carlos,
consuelo tendrá.

D. JUAN.

Pues si él
no está aqui, y solos estamos,
una cosa á tu cordura
he de fiar, Beatriz.

D. BEATRIZ.

Harto
será, que fies de mí
nada; porque, á quien te ha dado
ocasion, para que de ella
desconfies, Don Juan, tanto,
que presumas, que ha podido
ocasionar el cuidado,
con que anoche entraste en casa,
parece, que es muy contrario,
que fies y desconfies
á un mismo tiempo.

D. JUAN.

Escusado
será, Beatriz, que yo haga
de ese sentimiento caso,
sabiendo tú, quanto estimo
tu virtud y tu recato;
y en fin tu sola, Beatriz,
podrás hoy de riesgos tantos,

como amenazan las vidas
de Don Diego y de Don Carlos,
y ahun la mia, pues es fuerza,
hallarme en el duelo de ambos,
librarnos.

D. BEATRIZ.

¡Yo, de qué suerte!

D. JUAN.

De esta suerte. Oye y sabráslo.
Yo intento, por ser quien es
Leonor, cuidar del amparo
de su honor y su opinion,
pero si llego, á tratarlo
yo con Don Diego, no sé,
lo que hará, y es empeñarnos,
para haber de conseguirlo,
haber de llegar á hablarlo;
y asi á tí, Beatriz, te toca;
que á las mujeres es dado
tratarlo con suaves medios:
no á nosotros, y mas quando
la mujer está en tu casa,
y son tu primo y tu hermano
comprehendidos en el riesgo,
razones, que me la han dado,
para que llames:::

D. BEATRIZ.

¿A quién?

D. JUAN.

á Don Diego, y procurando
darle á entender, quanto está
ofendido tu recato,
de que á tu casa se atreva,
proponerle, que, pues tantos
peligros debe á esta dama,
se disponga, á remediarlos;
que, como con ella case,
á todos dexa obligados:
y esto ha de ser, sin que entienda,
que nosotros le rogamos,
sino que sale de tí.

D. BEATRIZ.

Digo, Don Juan, que has pensado
bien, y que yo lo haré asi.

D. JUAN.

Pues yo voy, á ver, si á Carlos
hallo; tú, si al tuyo vuelves,
haz, que cierren ese quarto. *vase.*

D. BEATRIZ.

Yo le cerraré. ¡A qué mas
puedo llegar, pues me hallo
obligada, á ser yo misma
tercera de mis agravios,
y complice de mis zelos!
¿Qué puedo hacer? Pero vamos
al exâmen, zelos mios;

y pues le da libre el paso,
hoy en su casa á Don Diego,
quien ayer lo estorbó tanto,
sepamos de él, que responde.
Salgamos ó no salgamos
de una vez de este delirio,
de esta pena, de este encanto.
¿Inés?

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¿Señora?

D. BEATRIZ.

¿Leonor,
tú respondes?

D. LEONOR.

¿Si has llamado
á una criada, que mucho
que responda, quien lo es tanto?

Sale Don Carlos al paño.

D. CARLOS.

La voz de Leonor oí;
y asi la puerta entreabro,
por verla convalecida
de aquel penoso letargo.

D. BEATRIZ.

Si ahier, Leonor, mi ignorancia
te tubo en aqueste estado,
hoy mi advertencia, Leonor,

te pone en lugar mas alto.
Mi amiga eres. Mi enemiga *ap.*
diré mejor.

D. LEONOR.

Si he llegado
á perder, señora, el nombre
de criada tuya, no en vano
de la ventura, que pierdo,
me libra el honor que gano.
Tu esclava soy, y te pido,
si puede merecer algo,
quien vino á tu casa solo,
á causar asombros tantos,
me trates como hasta aqui.

D. BEATRIZ.

¿Cómo puedo, Leonor, quando,
por ser quien eres, y estar
en mi casa, darte trato
esposo?

D. LEONOR.

En eternidades
prospere el cielo tus años.
Pero Carlos no querrá;
que es tan zeloso ::::

D. BEATRIZ.

No es Carlos.

D. LEONOR.

¿Pues quién?

D. BEATRIZ.

Don Diego Centellas.

D. LEONOR.

No te empeñes en tratarlo;
que antes me daré la muerte,
que dé á Don Diego la mano.

D. BEATRIZ.

¿Luego tu nunca has querido
á Don Diego?

D. LEONOR.

Aspid pisado
entre las flores de Abril,
vibora herida en los campos,
rabiosa tigre en las selvas,
cruel sierpe en los peñascos,
no es tan fiera para mí,
como él lo es.

D. BEATRIZ.

A espacio, á espacio;
que ahunque le desprecies, quiero,
no, que le desprecies tanto.

D. CARLOS.

¡Ah traydora! Ella me vió
esconder, pues asi ha hablado.

D. BEATRIZ.

Yo pensaba, que te hacia
lisonja; que quien ha estado
por tí á la muerte en Madrid,

y aqui te viene buscando,
no entendi, que te ofendia.

D. LEONOR.

Pues si supieras bien, quanto
me ofende:::

D. BEATRIZ.

Yo lo veré
presto, para que salgamos
de este obscuro laberinto
él, tu, yo, Don Juan y Carlos. *vase.*

D. CARLOS.

Fuese Beatriz y Leonor,
ay cielos, sola ha quedado.
Llorando está: mas qué importa,
si es tan equívoco el llanto,
que, ahunque, está llorando, veo,
no, por quien está llorando.

D. LEONOR.

Ahora si, piadosos cielos:::

D. CARLOS.

¡Oh zelos!

D. LEONOR.

que solo podrán mis labios:::

D. CARLOS.

¡Oh agravios!

D. LEONOR.

quexarse al viento mejor.

D. CARLOS.

¡Oh amor!

D. LEONOR.

¿Quién le dirá á mi dolor
la razon, que ha de culparme?

D. CARLOS.

Yo lo dixera, á dexarme
zelos, agravio y amor.

D. LEONOR.

¿Quándo yo ocasion he dado :::

D. CARLOS.

¡Fiero hado!

D. LEONOR.

á mí desdicha importuna :::

D. CARLOS.

¡Cruel fortuna!

D. LEONOR.

que asi el honor atropella?

D. CARLOS.

¡Dura estrella!

D. LEONOR.

¡Pues cómo, si nunca á ella
dí ocasion, me da castigos!

D. CARLOS.

No sin causa hay enemigos
hado, fortuna y estrella.

D. LEONOR.

Quién inocente se mira :::

D. CARLOS.

Es mentira.

D. LEONOR.

en la ciega confusion:::

D. CARLOS.

Es traycion.

D. LEONOR.

de tan conocido daño.

D. CARLOS.

Es engaño.

D. LEONOR.

¿Quándo, amor, el desengaño
verán otros, que tu ves?

D. CARLOS.

Nunca; que todo eso es
mentira, traycion y engaño.
Sin duda están contra mí,
hoy los cielos conjurados,
pues me tienen persuadido
á que sabe, que oygo, quanto
diciendo está. ¿Mas que importa,
que aqueste metal humano
el mismo sonido tiene
quando es fino, y quando es falso
y asi, pues basta, el oirlo,
para qué es, examinarlo?

D. LEONOR.

Ay, Carlos, si tú me oyeras,

D. CARLOS.

Ay, Leonor, sí:: Mas llamaron
á la puerta: á cerrar vuelvo
yo la mia. *llaman.*

D. LEONOR.

¡Que ahun hablando
sin efecto, no faltó,
quien viniese, á embarazarlo!
Veré, quien es, por si puedo
quedarme sola otro rato.
¿Quién es?

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿El señor Don Juan
está en casa? ¡Cielo santo,
qué miro!

D. LEONOR.

Ahora salió.
¡Mas qué veo!

D. PEDRO.

Estoy turbado.

D. CARLOS.

No temas, Leonor; que yo
te recibiré en mis brazos.

Entrase, donde está Don Carlos.

D. PEDRO.

Cerró la puerta tras sí;
mas que importa, si yo basto,

en defensa de mi honor,
á dar asombros y espantos
al mundo. Cayga en el suelo;
que despues de hecha pedazos,
haré lo mismo de aquella
tyrana, que:::

Sale Doña Beatriz por otra puerta.

D. BEATRIZ.

¡En este quarto
golpes y voces! ¿Qué es esto?

D. PEDRO.

Es un furor, es un pasmo,
una desesperacion,
un horror, una ira, un rayo,
que ha de abrasar, quanto encuentre,
que intente ponerse al paso.

D. BEATRIZ.

¡Pues cómo este atrevimiento
en mi casa! ¿Quién ha dado
ocasion, para que asi
haya podido empeñaros
una cólera?

D. PEDRO.

Una fiera,
que aqui se oculta.

D. BEATRIZ.

Esperaos.
¿Es Leonor?

D. PEDRO.

¿Pues quien pudiera
sino ella, obligarme á tanto?

D. BEATRIZ.

Esto nos faltaba solo:
otro amante, y de estos años,
tras Don Carlos y Don Diego,
que pusiese en paz á entrambos.
Pues bien, ¿ahunque vos tubieseis
razones, que yo no alcanzo,
para buscarla ofendido,
os atreveis temerario,
á entrar aqui?

D. PEDRO.

Sí; que yo
en mí la disculpa traygo,
para mayores extremos;
y asi perdonad, si os trato
sin mas atencion, señora.

D. BEATRIZ.

En esta casa es engaño,
pensar, que no habrá:::

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Qué es esto?

D. BEATRIZ.

¿Que ha de ser? Aqueste anciano
caballero en busca viene

tambien de Leonor, y ha dado,
en que ha de romper las puertas
de esta casa.

D. JUAN.

Paso, paso,
Beatriz; que el señor Don Pedro,
ni te ha ofendido, ni ha errado;
porque, como dueño de ella,
á todos puede mandarnos.

D. PEDRO.

Señor Don Juan, no gastemos
cumplimientos escusados.
Ni soy dueño, ni ser quiero
mas que un forastero, que halló
quando fiado de vos,
á veros vengo y á hablaros,
en vuestra casa á mí hija.
Cerrada está en ese quarto;
abrid vos, ó abriré yo,
echando la puerta abaxo.

D. BEATRIZ.

¡Su padre es! *ap.*

D. JUAN.

¿Cómo saldré *ap.*
de lance tan apretado?
Ya él la vió. ¿Que he de decirle?

D. PEDRO.

¿Qué pensais? Determinaos.

D. JUAN.

Por cierto, señor Don Pedro,
(mucho haré, si de esta salgo)
muy buen agradecimiento
es ese de mi cuidado;
pues desde ahier, que me hice
de vuestras fortunas cargo,
busqué á Leonor, y la traxe
á mi casa, donde al lado
la hallais de mi hermana, adonde
satisfaceros aguardo
de suerte, que á vuestra casa
volvais contento y honrado.
Mas si de esto os disgustais,
de todo alzaré la mano.

D. PEDRO.

Dadme, Don Juan, vuestros pies,
y perdonadme, que ayrado,
al verla, razon no tube
para discurrir á tanto;
que no sabe discurrir
en su dicha un desdichado.
Arrastróme la pasion;
mas ya, á vuestros pies postrado,
os hago dueño de todo.

D. JUAN.

¡Que haceis, señor! Levantaos!

D. PEDRO.

Y vos perdonad, señora,
el disgusto, que os he dado.
Soy noble; estoy ofendido.

D. BEATRIZ.

A haber, señor, alcanzado
quien sois, de otra suerte hubiera
pretendido reportaros.

D. JUAN.

¿Llamaste á Don Diego?

D. BEATRIZ.

Sí.
Ines fue ahora, á llamarlo.

D. JUAN.

Venid conmigo, señor
Don Pedro, para que vamos,
á hacer una diligencia
importante en este caso.
Leonor con Beatriz segura
queda.

D. BEATRIZ.

Y yo, señor, me encargo,
de dar cuenta de ella.

D. PEDRO.

Basta,
quedar con vos. Cielo santo,
venga la muerte, si llego,
á ver mi honor restaurado.

D. JUAN.

Yo no sé, donde le lleve. *ap.*
Habla tú á Don Diego en tanto,
porque en esa diligencia
está mi dicha.

Vanse Don Juan y Don Pedro.

D. BEATRIZ.

Y mi daño.
Leonor, abre; yo estoy sola.

D. LEONOR.

Con ese seguro salgo.

D. CARLOS.

Ni á Beatriz, Leonor, le digas
que aqui estoy.

D. LEONOR.

No haré.

Sale Doña Leonor.

D. BEATRIZ.

De extraño
lance tu vida escapó.

D. LEONOR.

En esta quadra sagrado
hallé.

D. BEATRIZ.

No fue poca dicha,
dexarla abierta mi hermano;
que nunca suele dexar
de ella la llave.

D. LEONOR.

No en vano
diré mil veces, que en ella
mi vida está: que está Carlos. *vase.*

D. BEATRIZ.

Leonor, puesto, que tu padre
nuestros sustos, ha llegado,
á aumentar, como si aca
no nos tubiesemos hartos,
lo que antes de ahora te dixe,
trataré con mas cuidado.

D. LEONOR.

Tambien lo que te dixeron
antes de ahora mis labios,
dirán con mas causa ahora.

D. BEATRIZ.

Eso es tema.

D. LEONOR.

Esotro agravio.

D. BEATRIZ.

Ahora bien: cierra esa puerta,
y ven, Leonor, á mi quarto.

D. LEONOR.

Ya yo te sigo.

D. BEATRIZ.

¡Ay Don Diego,
con quanto temor te aguardo! *vase.*

D. LEONOR.

Carlos, pues me dá ocasion,
de hablarte, este breve rato,
oyeme.

D. CARLOS.

Leonor, si en mí
ahun es fineza el acaso,
puesto, que siempre nos vemos,
tu, ofendiendo, y yo amparando:
¿qué me quieres? Dexame,
hasta que llegue otro caso,
de darte la vida yo,
y de hacerme tu otro agravio.

D. LEONOR.

Eso no llegará nunca,
mas esotro ya ha llegado.

D. CARLOS.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Sabe, que Beatriz
me da la muerte, intentando,
que me case con Don Diego.
Si generoso y bizarro
á cada riesgo una vida
me has de dar, aquesta aguardo.
Hablala tu.

D. CARLOS.

Bueno es eso,

siendo yo mismo, el que trato
el casamiento, pedirme
contra mi herida el reparo.

D. LEONOR.

¡Tú lo quieres!

D. CARLOS.

Yo lo quiero.

D. LEONOR.

¡Tu lo trazas!

D. CARLOS.

Yo lo trazo;
á cuyo efecto escondido
estoy, por no embarazarlo,
ni encontrarme con Don Diego,
ó con tu padre...

D. LEONOR.

No alcanzo
la razon.

D. CARLOS.

Yo sí.

D. LEONOR.

¿Qué es?

D. CARLOS.

Si la noche del balcon
mis respetos tan honrados,
tan nobles, mis pensamientos,
y mis zelos tan hidalgos;
que ya, Leonor, que te pierdo,

D. BEATRIZ *dentro.*

¿Leonor?

D. LEONOR.

Beatriz ha llamado.

D. CARLOS.

No digas, que estoy aqui,
si es, que por mí has de hacer algo.

D. LEONOR.

No haré. ¿Al fin no me creerás?

D. CARLOS.

No; porque dice un adagio,
siempre es cierto lo peor.

D. LEONOR.

Yo le enmendaré, mudando,
no siempre lo peor es cierto.
¡Oh, lo que me cuestas, Carlos! *vanse.*

Salen Doña Beatriz y Don Diego.

D. DIEGO.

Beatriz, enviarme á llamar,
y á estas horas no temer,
que entre en tu casa, y poner
guarda á tu quarto, y pasar,
en el de tu hermano á hablarme,
muchas prevenciones son.
¿Es fineza, ó es traycion?
¿Es darme vida ó matarme?

D. BEATRIZ.

No extrañeis, señor Don Diego,

ver aquesta brevedad,
ni que con tal novedad
á veros y hablaros, llego
á estas horas y en mi casa,
ni que este quarto haya sido,
el que para esto he elegido,
que avisandome, que pasa
Violante esta tarde, á verme,
no es bien, que os vea; y asi
intento, hablaros aqui.
No, no teneis, que temerme;
por que ya sois tan seguro
para conmigo, que puedo
perder á mi amor el miedo,
tanto, que solo procuro,
ser hoy del vuestro tercera,
ya que no es posible ser
mas, habiendo otra mujer,
que para marido os quiera.

D. DIEGO.

Quando llamado de vos,
aquel papel recibí,
una duda concebí:
entrando aqui, fueron dos;
tres, al escucharos, son.
Dexad, que al remedio acuda,
si he de añadir una duda,
Beatriz, á cada renglon.

Sale Don Carlos al paño.

D. CARLOS.

Temor, no sé, lo que arguya
de esto; yá es fuerza, escuchar,
si vienen estos, á hablar
en mi pena ó en la suya.

D. BEATRIZ.

Mucha gana de dudar,
señor Don Diego, teneis,
supuesto, que no entendeis
tan facil modo de hablar.
Y para que á vuestro amor
ningun escrúpulo quede,
de que entenderme no puede,
declarome mas. Leonor
por vos su casa ha dexado,
padre, honor, vida y reposo:
á Don Juan teneis quexoso:
Don Carlos está agraviado:
yo estoy de vos ofendida,
ó por mi casa ó por mí:
de Leonor el padre aqui
está tambien. Vuestra vida
corre gran riesgo, y es llano,
que otro remedio no espero,
que dar venganza á su acero,
ú dar á Leonor la mano.
Vos la amais: ella os adora,

todos andan, por mataros,
y es el remedio, casaros.
¿Habeislo entendido ahora?

D. DIEGO.

Necio fuera, en no entenderos,
quando tan claro me hablais,
y, si licencia me dais,
trataré de responderos.

D. BEATRIZ.

Decid pues.

D. CARLOS.

¿Qué es esto cielos, *ap.*
Don Diego y Beatriz se amaban?
¿Unos zelos no bastaban?
¿Para qué son otros zelos?
Mas quiero oir; que fingido
esto no será, supuesto,
que Beatriz no hablára de esto,
donde yo estaba escondido.

D. DIEGO.

Mucho quisiera, Beatriz,
poder en aqueste instante
de amante y de caballero
dividirme en dos mitades;
porque no sé, á qual acuda
de dos afectos, que iguales,
al intentar responderos,
me sitian y me combaten.

Si como amante pretendo
daros la respuesta, es facil,
presumir, que hace mi amor
de las mentiras verdades.
Y asi, como quien soy solo,
solicito hablaros antes,
pues antes, Beatriz hermosa,
fui caballero, que amante.
Pensad, que no hablo con vos,
que no quiero en esta parte,
de vuestros zelos, Beatriz,
ni de mi amor acordarme.
De mí mismo, de mi honor,
de mi obligacion, mi sangre
me acuerdo solo, y asi
presumid, que otro me trahe
ese recado, y que á otro
respondo.

D. CARLOS.

¡Empeño notable!

D. DIEGO.

Yo ví en Madrid á Leonor.
Su hermosura pudo darme
ocasion, de que asistiese
de dia y de noche en su calle.
Ví, miré, pasé, escribí;
pero con desdenes tales
me trató, que ya no eran

desdenes, sino desayres.
Hice tema del amor,
sintiendo, que me tratase
sin aquella estimacion,
con que las mujeres saben
despedir, lo que no quieren;
que hay algunas de tal arte,
que ahun de los mismos desprecios
agradecimientos hacen.
Este le faltó á Leonor,
de sueste, que yo, al mirarme
tan desvalido, acudí
al medio siempre mas facil,
que son las criadas. Una,
poniendose de mi parte,
gracias á no sé, que alhaja,
me dixo: de lo que nacen
los desprecios de Leonor,
es, de que tiene otro amante.
Zelos tube, y aqui vuelvo,
contra lo propuesto, á darte
licencia, de que seas tú,
la que me oye, por mostrarme
honrado á tus ojos, pues
no lo es, el que al infame
consuelo se dá, de que
otro, lo que el pierde, alcance.
Añadió, que de secreto

con él trataba casarse,
cuyo seguro les daba
lugar, para que se hablasen
de noche en su casa. Yo,
por poder, Beatriz, vengarme,
quise verlo; siendo solo
mi animo, que ella llegase,
á saber, que *yo* sabia
su amor, porque no ostentase
conmigo la vanidad,
de no merecerla nadie.
Escondióme la criada
de su quarto en una parte
oculta, donde ver pude,
que ella de allí á poco sale,
hácia otro aposento. Quise
seguirla, por si alcanzase,
á oir alguna razon,
que repetirla adelante.
No seas tú aqui, que no quiero,
que venganza tan cobarde
sepas de mí, como hacer
de las mugeres ultrage.
Sintióme ella: volvió, á ver,
quien era, y al mismo instante
entró Don Carlos, de cuyo
encuentro el suceso sabes,
y asi no quiero decirle.

Al fin pues de muchos lances,
vine á Valencia, y por Dios,
(en esto miento) él me falte,
que no supe, que en Valencia
Leonor estaba. Bastante
satisfaccion es, Beatriz,
saber tú, que vine, á hablarte
la noche, que fue forzoso,
por ese balcon echarme.
Capaz de todo el suceso,
zelosa, Beatriz, me hablaste,
y yo por satisfacerte,
á verte, volví ahier tarde.
Entró Don Juan á este tiempo;
que parece, que le trahen
siempre á ocasion mis desdichas.
Intentando retirarme,
dí con Leonor, y ahunque pudo
él verla, y verla en tal trage,
suspenderme, me cobré
tanto, que por disculparme,
culpé á Leonor. Sobrevino
á tan no pensado lance
Don Carlos. Pues, si tú misma,
Beatriz, que es esto asi, sabes,
¡como me pides, Beatriz,
que yo con Leonor me case!
Mujer, que me aborreció

mujer, que dió á mis pesares
ocasion con sus rigores;
mujer, que con otro amante
vino á Valencia; y mujer,
que, ahunque en tu casa la hallase,
fue buscandote á tí, ¿es justo,
que me la proponga nadie?
Si tú en esta ausencia mia
á mejor empleo aspiraste,
y los zelos de Madrid
tomas ahora por achaque,
mudate muy en buen hora,
Beatriz; pero no me cases;
que no es mujer para mí,
mujer, que tú me la trahes.

D. CARLOS.

¡Cielos, qué escucho! ¡Quién vió
tan evidente, tan grande
desengaño! Ay Leonor mia,
verdades son tus verdades.

D. BEATRIZ.

¿Y qué es, lo que hacer intentás
con enemigos tan grandes?

D. DIEGO.

¿Qué enemigos?

D. BEATRIZ.

Yo, Leonor,
Carlos, Don Juan y tu padre.

D. DIEGO.

De todos esos, Beatriz,
sino á tí, no temo á nadie.

D. BEATRIZ.

¿Por qué á mí?

D. DIEGO.

Porque me advierte
muchas cosas, ver, que hables
tú en esto.

Salen Inés y Gines cada uno por su puerta.

GINES.

¿Señor?

INES.

¿Señora?

D. BEATRIZ.

¿Qué es, lo que tienes?

D. DIEGO.

¿Que trahes

INES.

Mi señor viene; que yo
le he visto ahora en la calle.

GINES.

Y es lo peor, que con él
viene de Leonor el padre.

D. DIEGO.

¡Qué destinado nací
á desdichas semejantes!

D. BEATRIZ.

Por mi hermano no importára,
que aqui te viese y te hablase;
por Don Pedro, sí.

GINES.

Ellos son
de los dos mas puntuales
padre y hermano, que he visto.
No hay cosa, en que no se hallen.

D. DIEGO.

A esta quadra me retiro,
mientras á ese quarto pasen.

GINES.

¿Esto ha de ser cada dia?

D. CARLOS.

Aqui no puede entrar nadie.

D. DIEGO.

¡Un hombre está dentro, cielos!

D. BEATRIZ.

¡Hombre! ¿Quién?

GINES.

Abindarrez,
que por no quedarse hoy
sin posada, llegó antes.

D. DIEGO.

No te hagas ahora de nuevas,
que el traherme aqui, á rogarme,
que me case con Leonor,

bien muestra, que quieres darle
satisfaccion, á quien es,
de que tú mis bodas haces,
y vive el cielo:::

D. BEATRIZ.

¿Don Diego?

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¿Señora, quién hay, que cause
estas voces? ¡Mas qué miro!

D. BEATRIZ.

No sé, quién es.

D. DIEGO.

Pues yo darte
el gusto, de que lo sepas,
quiero; porque, ahunque me maten
todos, quantos contra mí
hoy solicitan vengarse,
he de ver, quien es un hombre
tan reportado ó cobarde,
que á los ojos de su dama,
llamandole otro, no sale.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

Eso no; que yo de atento
puedo desviar un lance;
de cobarde no.

D. LEONOR.

¿Señor?

D. PEDRO.

No me digas nada;
que como mi honor restaure,
en albricias de esta dicha
perdono tantos pesares.

D. JUAN.

Pues no me direis, Don Carlos,
¿qué novedad visteis?

D. CARLOS.

¿Daisme
licencia, de que lo diga?

D. JUAN.

Sí.

Ponese Don Carlos junto á Don Juan.

D. CARLOS.

Pues dexad, que me pase
á vuestro lado. Don Diego ...

D. BEATRIZ.

El dice, lo que oyò, *ap.*

D. CARLOS.

dadle
la mano á Beatriz.

D. DIEGO.

Y el alma.

D. JUAN.

¡Pues cómo ...

D. CARLOS.

Esto es importante,
Don Juan; con que ya sabreis,
de que mi mudanza nace;
pues, si donde está Leonor
y Beatriz, él entra y sale,
y yo caso con Leonor,
fuerza es, que él con Bertriz case.

D. JUAN.

Dichoso yo, que, ahunque tube
rezelos, no supe antes
el agravio, que el remedio.

GINES.

¿Están hechas ya estas paces?
Pues Inés, boda *me fecit*,
para que con esto *nadie*
desconfie de su dama,
que ahunque la experiencia engañe,
no siempre lo peor es cierto.
Perdonad sus yerros grandes.



CON QUIEN VENGO, VENGO.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Fuerza es, que halle
disculpa; pues he de hacer,
lo que, con quien vengo, hace. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Lisarda, hermana de Leonor, enterada por un papel de esta, de que trataba amores con Don Juan, se ofrece á servirla de criada, porque no se fie de otra. Don Juan tenia á Octavio, su amigo de huesped, que venía, á vengarse de Don Sancho, hermano de dichas damas, noticioso de hallarse en Verona.

Debiendo ir á hablar á Don Juan con Leonor, lleva como criado suyo á Octavio; quien mientras los amantes hablan, traba conversacion con Lisarda, creyendo ser Nise, de lo que resulta enamorarse.

Don Sancho zeloso del honor de sus hermanas anda vigilante, y ve entrar en su casa á los dos una noche; riñe con ellos, y queda mal herido; Leonor se oculta en casa luego que se arma la pendencia, lo que la vale el concepto con su hermano, mas Lisarda se va con D. Juan y Octavio, creyendo estos que llevaban á Leonor; la qual Don Sancho encarga á Ursino, padre de Don Juan, que llega

á socorrerle en su fracaso, y le ofrece asistirle en todo trance.

Entrando Ursino en su casa con Doña Leonor; halla á Don Juan y Octavio con Lisarda á obscuras que tambien la iban á colocar en ella; cada qual procura cautelar el empeño, que lleva; y las tinieblas disponen se truequen las damas. Esta equivocacion, la de creerse mutuamente criados, Lisarda y Octavio; y otras equivocaciones, que ocasionan muy intrincados lances, obligan á Don Sancho, á que desafie á Don Juan y á Octavio, y lleva por compañero á Ursino, quien sin respeto á su sangre, no duda lidiar contra su hijo. Avisado el Gobernador de Verona del desafio, sale á contenerle con las damas, y declarada cada una por su amante con consentimiento de los interesados se conciertan las bodas de ambas, y con ellas las páces.

PERSONAS.

OCTAVIO.

DON JUAN.

DON SANCHO.

URSINO.

LISARDA.

LEONOR.

NISE, *Criada.*

CELIO, *Criado.*



CON QUIEN VENGO, VENGO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Lisarda y Leonor asidas de un papel.

LEONOR.

No le has de ver.

LISARDA.

Es en vano,
defenderle ya.

D. LEONOR.

Resuelta

estoy antes, á hacer:::

LISARDA.

Suelta.

LEONOR.

en tí un exceso villano.

LISARDA.

Ya el papel está en mi mano.
¿Cómo has de excusarte ahora,
de que le vea?

LEONOR.

Señora:::
hermana::: Lisarda::: advierte:::

LISARDA.

Esto ha de ser de esta suerte.

LEONOR.

¿Quién mis desdichas ignora?

LISARDA *leyendo.*

Amor, señor Don Juan, que de amor no pasa á atrevimiento, indignamente adquiere el nombre: digalo el mio, pues me atrevo á tanto, que sin mirar el riesgo de mi vida, el temor de mi hermano, ni el rezelo de Lisarda, os suplíco, vengais esta noche por el jardin, donde entrareis á hablarme, y venga con vos el criado, porque quando yo aventuro mi vida, trato de asegurar la vuestra.

¡Notable resolucion!
Mas mal hay, del que pensé;
pues donde solo busqué
una sombra, una ilusion,
hallo un engaño, una accion
tan grave. No sé, que intente.
Mas ya importa, cuerdamente
disimular el agravio;
que parecer muda el sabio,
consejo toma el prudente.

D. LEONOR.

¿Estas ya contenta, dí,
de haberlo sabido?

LISARDA.

No;
porque de estas cosas yo
no he de estarlo; triste sí.

D. LEONOR.

¿Mil veces, no te advertí,
que no llegases á ver
el papel, que habia de ser
de disgusto y de pesar?
¿Pues quién no lo ha de estorbar,
por qué lo quiere saber?
Mira, lo que has conseguido;
que andando yo con secreto,
con recato y con respeto,
huyendo de tí, has querido

perder, el que te he tenido;
pues; quando tú no entendiste
mi amor, respetada fuiste,
y ya, que lo sabes, no;
porque no he de olbidar yo,
porque tú mi amor supiste.

LISARDA.

Sin prudencia y sin consejo,
dudosa, Leonor, estoy,
y quando á un discurso voy,
mas del discurso me alexo.
Dos veces de tí me quexo,
de parte de nuestro honor
una y otra de mi amor,
que á amar y callar te ofreces,
para ofenderme dos veces
con una culpa, Leonor.
Quando tú te aconsejáras
conmigo, para querer,
la primera habia de ser,
que dixera, que no amáras.
Mas, si á decirme llegáras,
que amaste una vez, yo fuera
la primera y la tercera,
que echára el manto al amor;
que si aquello fuera honor,
estotro cordura fuera.

D. LEONOR.

Has nacido sin empeño
en palabras y en acciones,
tan dueño de tus pasiones,
de tus discursos tan dueño,
que no ví en tí el mas pequeño
afecto á mi pena igual,
para que en desdicha tal
te descubriese la mia,
y hace mal, quien su mal fia
á quien no sabe del mal.
¿Quien en libertad se vió,
que se duela del cautivo?
¿Quién, estando sano y vivo,
se acuerda del que murió?
¿Quién en la orilla rogó,
por el que en la mar fallece?
¿Quién del dolor se entristece,
que á otro aflige y deshalienta?
Nadie: que nadie hay, que sienta
las penas, que otro padece.
Yo asi esclava, no te hablé,
porque en libertad te ví;
muerta, no me llegué á tí,
porque con vida te hallé:
desde el mar no te llamé,
porque en la orilla vivias;
doliente, en las ansias mias,

no te pedí, que sintieras,
porque sé, que no supieras
sentir, lo que no sentias.
Pero, ya que yo no he sido,
quien te ha dicho mi cuidado,
y que la ocasion me ha dado
el lance, que se ha ofrecido:
sabe, que amor he tenido,
y sabe, que fue Don Juan
Colona, á quien lugar dan
mis favores en secreto,
por ilustre y por discreto,
por valiente y por galan.
Dos años ha, que festeja
mi calle; dos años ha,
que asido hasta el alba está
á los hierros de mi rexa.
Al ruego al llanto, á la quexa
roca, monte y fiera fui.
¿Pero quién pudo, ay de mí,
resistirse tiempo tanto
á la quexa, al ruego, al llanto
de un hombre, que llorar ví?
Vida, hacienda y honra gano
con tal dueño. Esto previno
mi esperanza, quando vino
de la guerra nuestro hermano.
Y viendo, que ya es en vano,

hablar por la rexa, quiero,
que entre al jardin. No el primero
será mi amoroso error,
que le enmiende otro mayor,
En él esta noche espero.
Mas pues te ha dicho el papel,
á lo que mi amor llegó,
no es bien, que te diga yo,
lo que ya te ha dicho él.
Esta es la causa cruel
de mi gran melancolia,
este el fin de mi alegria;
y, pues que tu hermana soy,
y humilde á tus pies estoy,
no estorbes la suerte mia.

LISARDA.

Ahunque es verdad, que pudiera
ofenderme de tu amor,
estás resuelta, y error
notable, el reñirte, fuera;
pues sé, que con eso hiciera
mayor tu amor y tu fé,
de lo que al principio fue;
que ahunque de amor no he sabido,
que crece mas resistido
amor, como es fuego, sé.
Cuentan, que se hallan dos fuentes,
cuyos templados cristales,

naciendo juntos é iguales,
son varios y diferentes.
Pues contrarias las corrientes,
Iris de oro, nieve y plata,
que una montaña desata,
contienen tanto rigor,
que la una mata de ardor,
y la otra de hielo mata.
Yo, que aborrezco el amor,
yo, que ni estimo, ni quiero,
soy la de hielo, pues muero
á manos de mi rigor:
tú, que adoras su sabor,
y tu mismo daño adquieres,
eres la opuesta, pues mueres
llena de ardor y de fuego;
juntemonos, porque luego,
si soy hielo y fuego eres,
templaremos de manera
nuestra condicion nociva,
que el cargo del amor viva,
y el de la opinion no muera.
¿Dime pues, quien es tercera
de tu amor?

LEONOR.

Nise avisada
está, de abrirle la entrada.

LISARDA.

¡Oh qué infeliz á ser vienes,
Leonor, supuesto, que tienes,
que te callè una criada!
Mas oye, lo que he pensado,
para asegurarme á mí,
y no embarazarte á tí
la esperanza de tu estado.
En trage disimulado
yo tu criada he de ser
de noche, porque he de ver,
si es tan honesto el empleo
de tu amor y tu deseo,
como me das á entender.
Seis cosas asi consigo,
ser con nuestro honor leal,
ser contigo liberal,
y ser honrada conmigo,
dar á tu amor un testigo,
que temas enamorada,
suspender despues la espada
de Don Sancho, quando venga,
y escusar al fin, que tenga
que callar una criada.
Envia pues el papel,
y empiece el engaño hoy.

LEONOR.

Esperando un criado estoy,

que aqui ha de venir por él
ahora; y ahun es aquel.

LISARDA.

Ahunque de Don Juan oí
la fama, nunca le ví,
ni á él conoco, ni al criado.
Dale el papel con cuidado,
de que te guardas de mi.

Salen Nise y Celio.

CELIO.

No faltará una cautela;
que á los audaces sin duda
dicen, que fortuna ayuda,
y á los tímidos repela.

NISE.

Ya te vió.

CELIO.

¡Triste de mí,
y què ojos!

LISARDA.

¿Gentil-hombre::?

CELIO.

Ese, señora, es mi hombre.

LISARDA.

¿cómo os atreveis, así
á entraros aqui?

CELIO.

No sé,

que respuesta daros pueda;
termino se me conceda
el de la ley, para que
en tan estupendo exceso
halle de disculpa indicio;
y asi digo, que al oficio
de la querella el proceso
se lleve, porque mejor
fulminado el caso esté,
y que yo responderè
allá por procurador.

LISARDA.

No de burlas respondais,
quando de veras os hablo.

CELIO.

Esta mujer es el diablo.

LISARDA.

Decid presto, á quien buscais,
ó haré, que por atrevido
mil palos, villano, os den
dos esclavos.

CELIO.

No harán bien,
en darme, lo que no pido.
Mi conciencia acomodada
corre, porque de esto gusta,
siempre abierta y nunca justa,
por no verse empalizada.

Y tanto se sutiliza
el temor, que de mi casa
no salgo, el dia, que pasa
por ella Mons de Palliza;
y asi, porque revoqueis,
Diosa Palas, la pasiona
sentencia, ved, que ninguna
causa contra mi teneis.
Buscando vengo al Caxero
de Don Nicolas Ursino,
este Genoves vecino;
para que me dé el dinero,
que de una libranza resta.
Dixeronme; que vivia
pared en medio, y creía,
que fuese la casa esta;
y asi por ella me he entrado,
como qnien viene á pedir;
mas, con volverme á salir,
se enmienda todo lo errado. *quiere irse.*

LISARDA.

Llamale, y dale el papel,
Leonor, sin que yo lo vea.

LEONOR.

Oid, soldado; quien desea
castigar hoy tan cruel
vuestra osadia, ha mandado
que os diga, que aqui, (advertid,)

no volvais mas. *dale el papel.*

CELIO.

Pues decid,
que yo lo pondré en cuidado,
y cumplida mi esperanza,
no vendré mas, donde estoy;
pues, Dios bendito, me voy
sin palos, y con libranza.

Sale Don Sancho al irse, y detienele.

D. SANCHO.

¿Qué libranza?

CELIO.

Este es peor
lance. No me voy sin palos.

D. SANCHO.

¿Qué buscais?

CELIO.

Indicios malos. *ap.*
No busco nada, señor.

D. SANCHO.

¿De quién sois criado vos?

CELIO.

De Dios.

D. SANCHO.

Lindo desenfado.

CELIO.

Si Dios todo lo ha criado,
¿quién no es criado de Dios?

Y si argumentos tan buenos
no os dexan asegurado,
pruebo, que soy su criado,
en que es, á quien sirvo menos.
Y al cabo por yerro entré
aqui, y ya me he disculpado
del yerro, y de haber entrado.
No te lo digo, porque
es contra el arte, decir
alguna cosa dos veces.
Mas, si á saberlo te ofreces,
mejor lo podrás oir
de esas damas, á quien yo
lo he dicho ya, y mi capricho
se atiene á lo dicho dicho. *vase.*

LISARDA.

Dexale; que aqui se entró,
preguntando, si sabia
de un vecino, á quien él viene
buscando, y tal humor tiene,
que estubiera todo el dia
oyendole, segun es
de entendido y sazonado.

D. SANCHO.

Con todo eso no me agrado
yo de estas cosas. Despues,
ó Lisarda, que dexé
la guerra, y vine á vivir

en la paz, para asistir
mas á vuestro estado, hallé
en la calle alguna vez
á este hombre; y no quisiera,
que ocasion mi honor me diera,
para, que haciendo juez
al mundo de mi valor,
algun loco pensamiento
fuera tragico escarmiento
de las fortunas de amor.

LISARDA.

El que te oyere decir
razones tan ponderadas,
tan graves y tan cansadas,
muy bien podrá presumir,
que una de las dos previene
asuntos de tu temor,
quando en buena ley de honor,
no solo quien no le tiene,
lo ha de pensar; pero quien
le tiene, debe pensar,
que el sol le pudo engañar;
que es, lo que le está mas bien.
Y asi del ayre no arguyas,
Don Sancho, ilusiones vanas;
que al fin somos tus hermanas,
y ahunque no, por serlo tuyas,
debieramos proceder

bien, por ser nosotras, sí;
pues no aprendimos de tí,
ni de tus zelos el ser,
ni el lustre con que nacimos;
ni nos estubiera bien
el aprenderle, de quien
viles hazañas oímos;
y asi el valor y la fama,
de que al cielo haces testigo,
guardale para el amigo,
á quien quitaste la dama. *vase.*

D. SANCHO.

Escucha, Lisarda; espera.

LEONOR.

¿Para qué te ha de escuhar?

D. SANCHO.

Para que ya, que, á culpar
llegó tan altiva y fiera
hoy mis acciones, tambien
sepa, Leonor, que ha mentido
el coronista fingido
de mis zelos.

LEONOR.

Está bien.
Pero allá podrá mejor,
que no aqui tu pensamiento,
ver el trágico escarmiento
de las fortunas de amor. *vase.*

D. SANCHO.

Oye tú tambien; aguarda,
y sabré en desdicha igual,
quien ha informado tan mal
de mí á Leonor y á Lisarda. *vase.*

Salen Don Juan y Octavio.

D. JUAN.

Grave melancolía
es, Octavio, la vuestra. Todo el dia,
no haceis aqui encerrado,
sino dexar las riendas al cuidado,
dando con mil enojos,
voz y llanto á los labios y á los ojos.
Si es tanto sentimiento
corrido del humilde alojamiento,
que en mi casa se os hace,
poco tanto dolor se satisface
con tan pequeña quexa,
pues agraviado el sentimiento dexa.
Hacedme á mí testigo
de vuestros sentimientos.

OCTAVIO.

¡Ay amigo,
no hagais tan grande agravio
á la amistad de Octavio,
pensando, que podia
vuestra casa aumentar la pena mia!
Pues como veis, es fuerza,

no verme el sol, mi sentimiento fuerza.
Y el estar solo y triste,
mas, que en la casa, en la pasion consiste.

D. JUAN.

Ahunque yo de un amigo
nunca, á saber, ni á preguntar me obligo
mas, de lo que él quisiere,
decirme, aqui la ley asi prefiere
la voluntad, que quiero,
que me acuse la parte de grosero,
suplicandoos, merezca mi cuidado,
saber la causa, con que habeis llegado
encubierto á Verona,
recatada del sol vuestra persona,
haciendo mi aposento
voluntaria prision.

OCTAVIO.

Estadme atento.
Bien os acordais, Don Juan,
del aquel venturoso tiempo,
que en las escuelas famosas
de Bolonia, patria y centro
de las Artes y las Ciencias,
fuimos los dos compañeros,
viviendo un cuerpo en dos almas,
y dando un alma á dos cuerpos.
Bien os acordais tambien,

de que en un mismo correo,
de vuestro padre y el mio
tubimos juntos dos pliegos,
en que el señor Don Ursino
os mandaba, que al momento
viniesedes á Verona,
á descansarle del peso
de vuestro estado, porque
os tenian sus deseos
de una principal señora
tratado ya el casamiento.
En el mio me mandaba
á mí mi padre, que luego
trocase plumas y libros
por las galas y el acero.
Vos á casaros, y yo
á la guerra en un dia mesmo
fuimos llamados, si bien
no á dos contrarios efectos,
porque la guerra y casarse,
todo es uno en este tiempo.
Al despedirnos los dos,
en el abrazo postrero
palabra los dos nos dimos,
que habiamos de valernos
el uno al otro, y llamarnos
para qualquiera suceso;
sobre cuya confianza

á buscaros, Don Juan, vengo,
para probar, que soy yo
mas vuestro amigo, supuesto,
que yo de vuestra amistad,
soy, quien se vale primero.
Doblemos aqui la hoja,
y á los discursos pasemos
de mi vida, que son tales,
que imagino, dudo y temo,
que yo los pueda decir,
si no los dice el silencio.
Salí de Bolonia pues
para Milán, donde luego
que llegué, senté la plaza
y ventajas en el Tercio
del señor Duque de Lerma,
aquel Escipion mancebo,
en quien Adonis, Mercurio
y Marte tienen imperio.
A mi discurso volvamos,
que huele á lisonja esto;
mas sus proezas son tales,
que, ahunque callarlas deseo,
es fuerza, volver á ellas,
antes que acabe el suceso.
Asenté en su Compañia
la plaza, y mientras el tercio
estubo en Milán, en él

divertí los pensamientos
de la patria y los amigos
entre mujeres y juegos.
¡Oh quanto en mi relacion
algun amoroso extremo
tarda ya, porque sin él
está frio qualquier cuento!
Amor al fin, que no teme
los escándalos y estruendos
de Marte, que desde niño
le tiene perdido el miedo,
como se crió en sus brazos:
depuesto el arco, y depuesto
el harpon, quiso tal vez
matar con armas de fuego.
Y en unos divinos ojos
introduxo tanto incendio,
que hicieron Troya las almas,
ahun antes, de verse dentro.
Vivia tan igualmente,
que viendo y amando á un tiempo,
hubo despues competencia,
sobre qual seria primero.
Por no cansaros (ahunque
con gusto me estais oyendo)
lo que es lugares comunes,
ventanas, calles, terrero,
señas, papeles, criados,

noches, embozos, paseos,
ya es hábito del amor
gozar mas, quien vale menos.
Tambien sabreis, como hallaron
buen sagrado mis deseos.
Creció amor comunicado,
y de un lance á otro siguiendo
al incendio de la vista
por vecindad el incendio
del alma, pasó, el que era
breve pavesa entre hielo,
á ser llama, que ya daba
tornasoles y reflexos,
á ser Etna, á ser Volcan,
abismo de luz inmenso,
el que era Volcan y Etna,
á ser esfera, á ser centro,
oficina y obrador
de los rayos y los truenos:
tanto, que, ahunque desigual,
si bien no en el nacimiento,
sino en la hacienda, la dí
palabra de casamiento;
cuya llave, que es maestra,
para abrir á qualquier pecho
de mujer, me ofreció, hacerme
de tantas venturas dueño.
Dí parte de esto á un amigo.

¡A un amigo dixe! Miento;
porque á un amigo traydor,
con capa de verdadero,
es el mayor enemigo;
que al fin no fuera el veneno
del aspid tan ponzoñoso,
si no matára encubierto.
¡Oh fementido! ¡oh aleve!
¡oh falso! ¡oh mal caballero!
Pero quedese esto aqui.
Ufano, alegre y contento
esperé, que el Dios de Daphne
entre sombras y bosquexos
de la noche sepultase
su luz, siendo monumento
todo el mar á todo el sol,
quando llegase á su centro.
Quiso el cielo el mismo dia,
(¡que tasado, que anda el tiempo
en las penas!) que mandó,
de honor y prudencia lleno,
el Marqués de los Balbases,
que fuese marchando el Tercio
al Casal de Monferrato,
abrasando y destruyendo,
quantos lugares hubiese
confinantes; que ahunque abiertos,
no les faltaban defensas.

¡Ah ley dura! ah duro fuero
de honor! ¡Que no pararás,
si sabes, parar deseos!
Yo atento á la disciplina,
yo á la milicia sujeto,
con mi compañia salí;
que es al noble caballero
la religion mas estrecha,
de quantas admira el suelo,
la milicia. A Pontostura
llegamos, donde el esfuerzo
de nuestro Maese de Campo,
hizo alarde de su haliento;
pues, porque tardó un criado
con su arnés, desnudo el pecho
se entró por la bateria.
Debió de tener por cierto,
que la obediencia del plomo
habia de guardar respeto
á un Sandoval y á un Padilla;
y bien lo dixo el efecto,
pues hallandole una bala
desarmado y descubierto,
cayó, sin hacerle mal,
hecha una plancha en el suelo,
dexando, como por firma,
que dixese: No me atrevo,
á pasar mas adelante,

un cardenal en el pecho.
Ganó á Pontostura pues:
á Rofinar puso cerco
luego, y rindió á Rofinar,
á San Jorge y otros pueblos
del Monferrato, dexando
para mayores empleos
descubierta la campaña.
¿Mas que va, que estais diciendo
ahora entre vos? ¿Este hombre
donde va con este cuento,
que ha dexado tantos cabos
para su novela sueltos;
porque el tiene introducidos
una dama, por quien muerto
de amores está; un amigo,
de quién se quexa con zelos;
un Duque, á quien encarece;
y á mí, á quien tiene propuesto
que le tengo de valer?
Pues de la farsa, que emprendo
todos somos personages,
todos nuestra parte hacemos;
y para que lo veais,
á mi discurso me vuelvo.
Quando á San Jorge llegó
del Duque de Lerma el Tercio,
Mons de Toral le esperaba

con los caballos ligeros,
del suyo, de un montecillo
amparado y encubierto.
Descubrióle nuestra gente,
y en arma los campos puestos,
empezó á escaramuzar
la caballeria, y el Tercio
de Hespañoles y Franceses,
tan valientes, como diestros.
No me quiero detener,
á repetir por extenso
la guerra, que voy muy largo:
solo detenerme quiero,
á contar en esta parte,
lo que importa á nuestro intento.
El fin de la escaramuza
fue, que vencido y deshecho
el Toral, se retiró
al Casal, y hasta que dentro
de él estubo pertrechado,
le dieron caza los nuestros.
Y quando ya nuestra gente
volvia, á ocupar los puestos,
escuchamos una voz,
que entre los Franceses muerto,
salia; y vimos tambien,
que se levantaba entre ellos
un hombre herido y desnudo,

de polvo y sangre cubierto.
Este, en mal formadas voces,
que apenas concibió el eco,
dixo en idioma francés:
Hespañoles caballeros,
qualquiera, que haya ganado
por despojo, triunfo y premio
de su valor un joyel,
que truxe pendiente al pecho,
vengale, á dar por rescate,
si quiere joyas de precio
mas subido; y si no quiere,
deme la muerte primero,
que yo viva imaginando,
que ahun pintada es de otro dueño
la bellisima madama,
que lleva por huesped dentro.
Dixo el Frances; y ahunque alli
por las señas era cierto,
no poder determinar,
ser noble, por los efectos
sí; que, quien noble no fuera,
no tubiera sentimiento
tan hidalgo. Llegó á él
el Duque, y con muchos ruegos
corteses le persuadió,
que fuese su prisionero.
Rindióse el Frances al Duque,

y mandó curarle luego.
Ordenó, que á Milan fuese,
porque desmintiese el riesgo
de su vida, con mayor
cura, regalo y aseo.
Ya tenemos en la farsa
otra persona de nuevo,
pues ninguno está de mas.
Echóse un vando, diciendo,
que aquel soldado, que hubiese
adquirido en el encuentro
un joyel con un retrato,
le diese á rescate luego.
Prometióse cien escudos
por él; pareció al momento
en el poder de un soldado
Manchego, y por mucho menos
le diera; diósele al Duque,
y á mí (que siempre en su pecho
tube piadoso lugar)
me dió el retratro, diciendo:
Partid, Octavio, á Milan
en alas de mis deseos,
y decidle de mi parte
á aquel Francés caballero,
que en generoso rescate
de su dama, solo quiero,
que tome su libertad,

y asi, que se vaya luego.
Ya vereis, si volveria
alegre á Milan con esto;
pues obedeciendo yo
á mi superior y dueño,
iba donde me llevaban
á voces mis pensamientos.
Con lo qual, vereis tambien,
que no es lisonja ni afecto,
el haber introducido
dama, amigo, guerra, encuentro,
Duque, Francés, porque todo
quanto referi primero,
para volver á Milan,
fue necesario en el cuento.
Volví pues á Milan: nunca
volviera á Milan: primero,
pluguiera el Cielo, una bala,
rémora de mis deseos
fuera, parandome el curso
en el mar de mis tormentos.
Pues embaxador apenas
de amor cumplí con el feudo,
quando, partiendo á la casa
de mi dama, hallé::: El haliento
aqui me falta, y aqui
la voz, desde el labio al pecho
es un tósigo, un puñal,

es un cordel, un veneno,
que me aflige, que me hiere,
que me abrasa y dexa muerto.
Porque hallé :::

URSINO *saliendo.*

¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Señor?

OCTAVIO.

Interrumpióme á buen tiempo,
para que vuelva á tomar
en mis desdichas haliento.

D. JUAN.

¡Tù en este quarto!

URSINO.

A buscarte,
muy quexoso de tí vengo.

D. JUAN.

¡Tú de mí quexoso!

URSINO.

Sí.

D. JUAN.

¿En qué disgustarte puedo
si como á señor te aclamo,
como á padre te obedezco?

URSINO.

En haberme dilatado
una dicha tanto tiempo,

como ha, que el señor Octavio
está en casa. ¿No merezco,
tener parte yo de un huesped,
que á honrarnos viene? ¿No debo
dar gracias á la fortuna
de este gusto, de este aumento?

D. JUAN.

Con causa te quexas. Digo,
que te ofendió mi silencio
neciamente, pero fue
gusto de Octavio.

OCTAVIO.

Yo beso
tus plantas por la merced,
que me haces. Como vengo
á sola una diligencia
á Verona de secreto,
no quise darte cuidado;
porque he de volverme luego
á Milan.

URSINO.

Mucho agraviaste
obligaciones, que tengo,
Octavio, à tu sangre.

OCTAVIO.

Soy
tu esclavo.

URSINO.

Pues ya que puedo,
informado de mi dicha,
hablar libremente, quiero,
que un quarto se te adereze,
que por ser al parque, creo,
que te diviertas; que son
sus vistas por todo extremo.

D. JUAN.

Con tu licencia, señor,
no saldrá de mi aposento;
porque los dos lo pasamos
bien aqui, y el quarto, creo,
que al venir tarde ó temprano,
te dé ruido.

Sale Celio.

CELIO.

¡Aqui está el viejo!
¡De quando acá nos visita!
Escondo el papel.

URSINO.

No quiero,
embarazar vuestro gusto;
pues solamente pretendo,
que sepais, señor Octavio,
que sé, que en mi casa os tengo. *vase.*

OCTAVIO.

Los años vivas del sol.

CELIO.

Octavio, yo te agradezco,
que no dixeses del Fenix,
arrendador de lo eterno.
Y si, quien trahe buenas nuevas,
y quien las dice de presto,
albricias nuevas merece,
papel hay: venga dinero,
y si no, no habrá papel.

D. JUAN.

Daca.

CELIO.

¿Qué es daca? Primero
he de tomacar.

D. JUAN.

¡Qué loco *toma el papel*,
estás! Proseguid; que tengo,
hasta saber, en que para,
pendiente el alma del cuento.

OCTAVIO.

Leed primero el papel;
que buenas nuevas no creo,
que es bien, Don Juan, dilatarlas.

D. JUAN.

Con vuestra licencia leo.

OCTAVIO.

¿Contento leeis? ¿Podré
daros parabienes?

D. JUAN.

Creo,
que será, agraviar, Octavio,
tanta ventura con ellos.
Ya os he contado otra vez,
que el tratado casamiento,
para que entonces mi padre
me llamó, no tubo efecto.
Ya os dixe, como pensaba
casarme á mi gusto, haciendo
á una dama, á quien adoro,
del alma y la vida dueño.
Ya os conté, como la hablaba
de noche, y que por respeto
de un hermano, que ha venido,
con quien amistad profeso
con este intento no mas,
pues le visito y le veo,
y apenas sabe mi casa,
ni conoce, segun creo,
á mi padre, por ahora
se puso á mi amor silencio.
Pues, leed; vereis, que escribe,
que hablarla esta noché puedo
dentro de su misma casa.
Toma el papel Octavio, y lee para sí.
¿Qué os parece?

OCTAVIO.

Grande extremo
de amor.

D. JUAN.

Hora es ya, de ir.
Perdonadme; que, si pierdo
la ocasion, pierdo la vida.
Tú, dame la capa presto
y un broquel. A Dios, Octavio. *vase Cel.*

OCTAVIO.

Aguardad, Don Juan: teneos;
porque habeis de hacer por mí
una fineza, que quiero
suplicaros.

D. JUAN.

¿Qué mandais?

OCTAVIO.

Esta dama os pone á un riesgo
notable, y os da licencia,
que para el seguro vuestro
lleveis un criado.

D. JUAN.

Si.

OCTAVIO.

¿Pues en qualquiera suceso,
quánto es mejor un amigo
de satisfaccion y esfuerzo?
Yo, como vuestro criado,

he de ir con vos; pues es cierto,
que yo para todo trance
os seré de mas provecho.

D. JUAN.

Claro está, que lo sereis,
y ahunque os estimo el consejo,
hay una dificultad,
que le nombran á él, y temo
que se disgusten.

OCTAVIO.

¿Hay mas,
que decir, que soy el mesmo;
que yo sabré recatarme?

D. JUAN.

¿Y si os hablasen; que á Celio
le tienen alla por hombre
de humor y de pasatiempo,
¿qué habeis de hacer?

OCTAVIO.

Pediré
licencia á mis sentimientos,
y diré mil disparates;
que para todo hay remedio.

D. JUAN.

Sois mi amigo.

CELIO *saliendo*.

Aqui está ya
capa, broquel y sombrero.

OCTAVIO.

Dame tu la tuya à mí,
y quedate.

CELIO.

Lo consiento
sin mas notificacion.

D. JUAN.

Vamos, Octavio.

OCTAVIO.

Ahunque llevo
tantos pesares conmigo,
como sabeis, algun tiempo
he de gastar buen humor,
mientras soy criado vuestro. *vase.*

Salen Leonor y Lisarda, vestida como criada.

LEONOR.

Huelgome, de que seas
testigo de mi honor, para que veas
desde cerca el intento,
con que se atreve al sol mi pensamiento;
que si me recataba
de tí, Lisarda, fue, porque pensaba,
qué cuerda me quitases
la ocasion, pero no porque llegases
á exâminarla y verla,
como tu no me quites el tenerla.

LISARDA.

Yo estimo, el haber dado
tan buen corte á tu gusto y mi cuidado,
que conformando extremos
tan contrarios, Leonor, las dos estemos
gustosas de una suerte;
mas solo un punto, que me falta, advierte.
El dia, que llegáre,
á pensar, (¿qué es pensar?) que imagináre,
que el que soy la que ha hecho
espaldas á tu amor, y de tu pecho
saliere, que yo en esto tube parte,
Leonor, te persuade, que es quitarte
la ocasion.

LEONOR.

El callarlo te prometo,
ahunque yo sea mujer, y él sea secreto.

Ruido dentro.

LISARDA.

Pues que ya recojida
está la casa, y yo vengo vestida,
sin que oro brille, y sin que cruja seda,
que informar á Don Juan, de quien soy pueda,
vete, á hacer la desecha,
para que se desmienta la sospecha,

con aquella criada,
que, para abrir la puerta, está avisada.

LEONOR.

Ya dixe, que has sabido
tu la ocasion, Lisarda; que esta ha sido
la causa de dexalla,
con que es menester, asegurarla.

LISARDA.

¿Y vino nuestro hermano?

LEONOR.

No vino; pero aquese es temor vano,
porque del nuestro tiene
su quarto muy distante, y quando viene,
se entra en él, sin que sea
fuerza, que este jardin mire, ni vea.

LISARDA.

¿Que es aquello?

LEONOR.

Es la seña;
vé, á abrir la puerta pues.

LISARDA.

Con no pequeña
turbacion.

LEONOR.

¿Pues de qué, di, vas turbada?

LISARDA.

¿No ves, que hago el papel de la criada?

¿Es Don Juan?

Llega á abrir, y salen Don Juan y Octavio.

D. JUAN.

Nise bella,
yo soy, quien busco al sol con una estrella.

LISARDA.

Pisa quedo, que ahunque está
su hermano fuera de casa,
Lisarda no duerme.

D. JUAN.

Escasa
de luz la noche, no da,
Nise, solo un rayo.

LISARDA.

Ya
en presencia de Leonor
será luz y resplandor
la tiniebla obscura y fria.

D. JUAN.

Dices bien; que todo es dia
con el sol.

LEONOR.

¿Don Juan, señor?

D. JUAN.

Leonor, señora, mi bien,
dexa, que en honestos lazos,
supla la fe de los brazos,

lo que los ojos no ven.

LEONOR.

¿Cómo se atreviera, quien
no te estimára, á una accion
semejante?

D. JUAN.

Dudas son,
que á tu recato prevengo;
y solo, á pagarlas, vengo.

LEONOR.

¿Nise?

LISARDA.

¿Señora?

LEONOR.

Atencion
has de tener con el quarto
de Lisarda; no despierte,
y, á echarnos menos, acierte.

LISARDA.

Yo tendré cuidado harto
de Lisarda.

OCTAVIO.

Yo me aparto
hácia la puerta, á mirar,
que nadie salir ni entrar
pueda.

LEONOR.

¿Es Celio?

OCTAVIO.

Leonor, sí.
Mi ficcion empieza aqui.

LEONOR.

¡Pues cómo! ¿No hay mas hablar?

OCTAVIO.

No hay mas hablar, porque mas
callar, viene mas á cuento,
que el primero mandamiento
de amor es: no estorbarás.
No fui tan necio jamas,
que jugué, con quien supiese
mas que yo, ni que esgrimiese
con amigo, que estimase,
que con mi amo me burlase,
que con mi moza riñese.
Ni con sabios porfié,
ni con necios arguí,
ni con señor competí,
ni de dama me fié,
ni con zelos me ausenté,
ni tube al fin por favores
citas, cabellos, ni flores,
ni en sucesos semejantes
me puse entre dos amantes,
que se están diciendo amores.

D. JUAN.

Bien el modo has imitado

de Celio. Mas oye.

OCTAVIO.

Dí.

D. JUAN.

Puesto, que has de estar aqui,
divierte un poco el enfado
con el humor de criado.
Con esto conseguirás
dos cosas, y es, que estarás
con Nise bien divertido,
y siendo Celio fingido,
el mismo pareçerás.

OCTAVIO.

Yo voy; pero no quisiera,
echarlo á perder.

LISARDA.

No sé,
como hablar con él; bienque *ap.*
el callar, mas yerro fuera.
Mas sea de esta manera.
¿Celio?

OCTAVIO.

¿Nise?

LISARDA.

Ya te oí.

Sientanse Leonor y Don Juan, y Octavio llega á hablar con Lisarda.

Que me entretengas aqui,

quiero.

OCTAVIO.

¿Entretenerte quieres?
¿Por ventura, Nise, eres
la mujer de Montiñí?

LISARDA.

Tu buen humor me convida.

OCTAVIO.

Pues miente mi buen humor,
como un mal convidador,
que conozco en esta vida,
el qual, para una comida
tres amigos convidó
de falso, pues que llegó
del convite el aplazado
dia, y él muy descuidado,
sin esperarlos, comió.
Entraron, quando ya estaba,
al ite comida es,
y colérico despues,
á su despensero echaba
la culpa, con que no hallaba,
que comer: y uno, á quien llama
segundo Apolo la fama,
al tal convite movido,
antes muerto, que nacido,
hizo este breve epigrama:
„Tiene Fabio al parecer

despensero á su medida,
que al que convida, se olbida
de trahelle de comer.
Si en convidar, Fabio amigo,
gastas tan poco dinero,
prestame tú despensero,
y vente, á comer conmigo."

LISARDA.

Bueno el epigrama es.

OCTAVIO.

Consiento, el llamarle bueno,
porque he dicho, que es ajeno.

LISARDA.

Bien va sucediendo, pues *ap.*
no me conoce.

OCTAVIO.

¡Que des,
ó amor, (tu deidad te abona)
nombre y voz de otra persona!

LISARDA.

En verdad, que es estremado
el picaro del criado. *ap.*

OCTAVIO.

No huele mal la fregona. *ap.*

LEONOR.

¿Tanto estimas, el tener
esta ocasion?

D. JUAN.

Sí, y ahora,
que duerme la blanca aurora
en lecho de rosicler,
yo Leonor, quisiera ser
de toda esa esfera dueño,
ó con el opio y beleño,
que da el monte de la luna,
infundir en la fortuna
del orbe silencio y sueño.

LEONOR.

Ahunque en mi mano tubiera
el orden del cielo yo,
hoy el curso del sol no
parára, ni detubiera.
Antes mas prisa le diera,
por sentir, el verte ausente;
que, quien ama firmemente,
Don Juan, que trocará, sé,
las glorias, de lo que ve,
á penas, de lo que siente.

LISARDA.

Ya que mas segura estoy, *ap.*
en lo que sé, le he de hablar,
pues asi no podré errar.
¿Y cómo saliste hoy
de con Lisarda?

OCTAVIO.

Aqui doy
al traves; mas la voz mia *ap.*
por mayor responda. ¿Habia,
hermosa Nise, de hacer
caso yo de esa mujer?
Todo al fin fue niñeria.

LISARDA.

No mucho; porque yo sé,
que es mujer, que cumplirá,
lo que dixere.

OCTAVIO.

No hará.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Yo me sé por qué.

LISARDA.

Ella es fiera.

OCTAVIO.

Ya yo sé,
que ella es fiera averiguada.

LISARDA.

Como nunca enamorada
se vió, y nunca quiso bien,
no tubo duelo, de quien
lo está.

OCTAVIO.

Ella es una menguada.

LISARDA.

¡Menguada!

OCTAVIO.

Y un argumento
lo podrá probar mejor.

LISARDA.

¿Y es?

OCTAVIO.

Que, quien no tiene amor::;

LISARDA.

¿Qué?

OCTAVIO.

no tiene entendimiento.

LISARDA.

Ese es falso fundamento.

OCTAVIO.

No es sino fino.

LISARDA.

Es error,
dar á amor tan superior
grado.

OCTAVIO.

Pues oye y sabrás,
que no se apartan jamas
entendimiento y amor.
Es amor una pasion
del alma, tan firme en ella,
que á duracion de una estrella

se mide su duracion.
Un caracter ó impresion
fixa, que lleva la palma
al tiempo, una dulce calma,
que el alma suspensa tiene,
tan alma suya, que viene,
á ser el alma del alma.
Que como, si uno se atreve
fuego y nieve, á mezclar, luego
vendrá la nieve, á ser fuego,
ó vendrá el fuego, á ser nieve,
porque á la union se le debe
tomar el hielo ó ardor:
asi amor y alma en rigor,
juntandose en una calma,
ó el amor ha de ser alma,
ó el alma ha de ser amor.
Luego, si es en mi argumento,
al amor el alma igual,
y es del alma principal
potencia el entendimiento,
tambien del amor: atento,
á que ya es alma el amor,
y él como parte inferior
del alma, le ha de asistir,
que el criado ha de servir
al huesped de su señor.
El amor lleva tras sí

al alma: lleva despues
al entendimiento, que es
parte del alma; y asi
queda bien probado aqui,
que pecho, en quien no halló asiento
amor, y quedó violento,
no fue, porque fue cruel,
sino porque no halló en él,
ni alma, ni entendimiento.

LISARDA.

Bachiller es el criado. Ap.
Diga contra esa opinion
la experiencia una razon.
Yo ví un necio enamorado.
Luego es error, haber dado
al entendimiento fama,
que dueño de amor se llama,
pues amar un pensamiento,
no está en el entendimiento,
supuesto, que un necio ama.
Y apura mas mi razon.
¿Quántos, por haber querido
su entendimiento han perdido?
Pues estos efectos son
de una amorosa pasion,
¿cómo, dime, puede ser
entendimiento el querer?
Que amor de su mismo asiento

no echára al entendimiento,
si le hubiera menester.

OCTAVIO.

Bachillera es la señora. *ap.*
Qualquiera, que un harpa mida,
hace, que responda herida,
no, que responda sonora.
Con esto te he dicho ahora,
que un necio amará tambien:
mas no sabrá amar; que, quien
ama sin entendimiento,
sonar hace el instrumento,
pero no, que suene bien.

Ruido dentro.

LISARDA.

Escucha, ay de mí.

OCTAVIO.

¿Qué es esto?

LISARDA.

La puerta abren del jardin.

OCTAVIO.

La qüestion tubo mal fin.

LISARDA.

¿Señora?

LEONOR.

¿Nise?

LISARDA.

Huye presto;

que la suerte nos ha puesto
en gran mal. Tu hermano viene
por el jardin, como tiene
llave de él.

LEONOR.

¡Triste de mí!

LISARDA.

Huyamos presto de aqui.
A los dos salir, conviene,
por las tapias.

D. JUAN.

Saltad vos.

OCTAVIO.

Tente, señor; que no es bien:
que hasta que libres esten,
no hemos de salir los dos
de aqui.

LEONOR.

Pues á Dios.

D. JUAN.

A Dios. *vanse.*

OCTAVIO.

Pues no vuelven á hacer ruido,
ahora me iré, advertido
de que quedas sin cuidado.

LISARDA.

Valgate Dios por criado,
tan valiente y entendido.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Leonor y Lisarda.

LEONOR.

Notable melancolía
es la tuya. ¿No pudiera,
para ayudarte á sentirla,
tener parte en tus tristezas?
Descansa conmigo á solas.
¿Qué tienes?

LISARDA.

Si yo supiera
decir, Leonor, lo que siento,
no fuera mi mal, no fuera
grave mi dolor, porque
no es posible, que se sienta,
mas que se dice; y aquello
que se llora, y que se cuenta,
no es mucho; que antes el mal
con eso se lisonjea.
Y yo estoy tan bien hallada

con el mio, que quisiera,
que durára, sin matarme,
porque las desdichas nuevas
de morir, aquel instante
no me tubiesen contenta.

LEONOR.

Esa no es melancolia:
es frenesi, es rabia, es fuerza
de mayor causa; y supuesto,
que decirmela no quieras,
no me la niegues, si yo
la supiere.

LISARDA.

Yo soy muerta. *ap.*
¿Si mis extremos la han dicho
la ocasion? Como la sepas
tú, yo no lo negaré.

LEONOR.

¿Es por ventura tu pena,
corrida, de lo que has hecho
conmigo, siendo tercera
estas noches de mi amor?

LISARDA.

Ahunque alguna parte es esa,
no toda; dí, si imaginas
otra cosa.

LEONOR.

Solo esta

me daba cuidado.

LISARDA.

Pues
persuadete, que no es esa;
y supuesto, que mi mal
comunicarse no dexa,
no apures mi sufrimiento.

LEONOR.

Dime, en que alegrarte pueda.

LISARDA.

En dexarme; porque un triste
consigo solo se alegra.

LEONOR.

Obedecerte deseo.
Contigo, hermana, te queda.
¡Gran pasion es esta, cielos! *ap.*
Quiera Dios, que por bien sea. *vase.*

LEONOR.

Ya estoy sola; ya bien puedo,
dexar al dolor la rienda,
dar al corriente la voz,
soltar al llanto la presa,
y en mal pronunciadas voces,
y en lagrimas mal deshechas,
dar corrientes y suspiros
á los ojos y á la lengua.
Salgan pues, salgan del pecho
tantas desdichas y penas,

mas no salgan; que ahunque estoy
sola, es tan grande la afrenta,
que padezco, que, al decirlas,
ahun de mí tengo vergüenza.
Y, antes que mi agravio diga,
el primer acento sea
la disculpa, como aquel,
que en una prision espera
morir de veneno, y toma
primero la contrahierba.
Tres peligros tiene amor,
uno, el que la voz halienta,
otro, el que la vista admite,
y el otro, el que al oido engendra.
Conociendo el de los ojos,
les dió la naturaleza
párpados, porque no fuese
disculpa, el ver una ofensa.
En la lengua puso luego,
como á monstruo, como á fiera
terrible, mayores guardas
de candados y de puertas,
tras canceles de coral,
otras murallas de perlas.
Pues siendo asi, que previno
para los ojos defensa,
defensa para la voz,
¿cómo olbidó, que tubiera

defensa el oido, siendo
el què aprehende mas apriesa!
Pues de lo que hace y ve
un hombre, menos se acuerda,
que de lo que oye; y no solo
no hay guardas, que le defiendan,
pero tiene, porque vaya
la voz mas sonora y cierta,
quien la recoja, pues son
arcaduces las orejas.
Y apurado este discurso,
llevada de mis tristezas,
de lo que miran mis ojos,
ya con esta recompensa,
lo que lloran ellos mismos,
de sus agravios se vengan;
de lo que la lengua dice,
con suspiros la consuela;
mas el oido no tiene
ni consuelo ni defensa.
Digalo yo, que engañada
oi la falsa sirena
de un hombre::: Pero aqui el llanto
anegue la voz, y sea
mar de desdichas mi pecho,
adonde corra tormenta.
¡A un hombre, (aqui me suspende
segunda vez la verguenza)

de humilde estado, de poca
estimacion y de prendas
tan baxas, pudo el oido
tanto, que la voz sujeta
el pecho, que ha sido el centro
de altivez y de soberbia!
¡Yo, cielos, yo á una pasion
tan rendida y tan resuelta,
que me desvele un criado,
un picaro! La paciencia
me falta. ¡Oh qué bien, amor,
en mis desdichas te vengas!
Un solo camino hallo,
de vencer esta inclemencia
del cielo, que es verle presto;
que el verle de dia, refrena
la pasion, que, de escucharle
de noche, nace. Con esta
intencion le dixe anoche,
que, á verme á estas horas, venga,
pensando, que Nise soy,
y estoy esperando atenta,
que, si viendole de dia
con tal trage y tales señas
de hombre baxo, mi furor
tras sí me arrastra y despeña,
tengo de darle la muerte,
porque con su vida mueran

tantos abismos de males,
tantos pielagos de afrentas,
tantos etnas de desdichas,
tantos volcanes de afrentas,
tantos montes de peligros,
tantos mares de sospechas,
tantos linages de agravios,
tantos generos de penas.

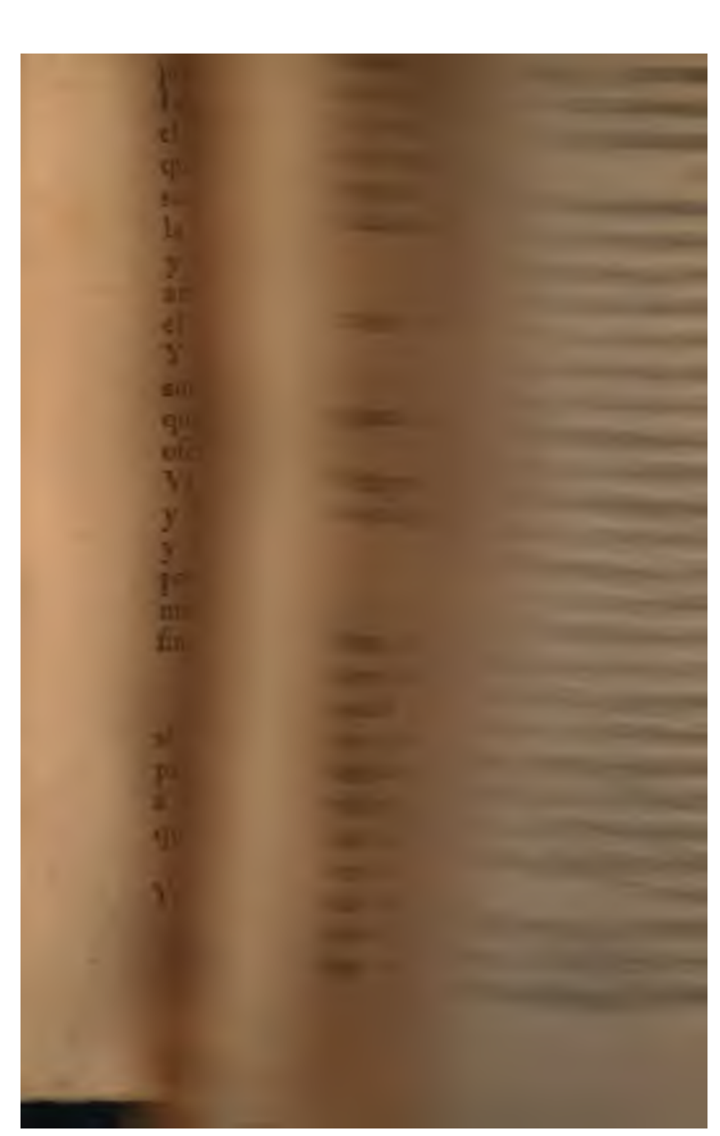
Sale Celio, sin verla.

CELIO.

Octavio y Don Juan me dicen,
que, á buscar á Nise, venga;
que ella dirá, que me quiere;
y que la otorgue y conceda,
quanto me dixere. Yo
no sé, que enigmas son estas.
Ellos se vienen de noche
con disfraces y cautelas
sin mí; que ya no parezco
escudero de Comedia,
segun que no me hallo en todo;
y siendo asi, que rezelan
de mí no sé que secretos,
que allá entre los dos conciertan,
me dicen, que hable con Nise.
Pero Lisarda es aquesta.

LISARDA.

¡Qué presto vino! ¡Qué un hombre



yo cuidado cuestan!
o del cielo ha sido.

CELIO.

la vista pasea
i estatura. Sin duda, *Ap.*
palos me tantea,
porque los esclavos,
por razon y cuenta.

LISARDA.

el remedio hallo;
hay cosa, que aborrezca
que á este hombre, si le mir
dissimular, es fuerza,
ngo de sanar.
dixe yo, que no os viera
ra vez?

CELIO.

Sí, señora;
dicho se me acuerda;
omo son esclavos,
han de hacer la faena,
do al cuerpo de guardia
costillas su leña,
dió mucho cuidado;
no hay ninguno, que sea
uestro esclavo, que yo:
do yo esclavo, es fuerz
omo á próximo suyo,

tal con cuidado me tenga!
¿A qué efecto me nombraste?

CELIO.

Por mi devocion; que es buena,
la que con santa Lisarda
tengo; que yo no pudiera
con otro efecto nombraros;
y si es, que os nombrara, fuera,
por Diosa de la hermosura,
por Ninfa de la belleza,
Emperatriz de la gala;
y de la discrecion Reyna,
Archiduquesa del garvo,
de lo prendido Duquesa,
Marquesa de lo parlado,
y del aseo Condesa;
y Vizcondesa de nada;
que no ha de ser Vizcondesa,
sin bizcar, perdiendo un ojo,
si en la dèmanda me cuesta;
que menos importará
parà lo de Dios, que sea
yo, hermosa señora mia,
bizco, que vos Vizcondesa.

LISARDA.

¡Que tan frias necedades, *Ap.*
que frialdades tan necias,
como estas, á una muger,

como yo cuidado cuestan!
Castigo del cielo ha sido.

CELIO.

Mucho la vista pasea *ap.*
por mi estatura. Sin duda,
que los palos me tantea,
quizá porque los esclavos,
los den por razon y cuenta.

LISARDA.

En esto el remedio hallo; *ap.*
que no hay cosa, que aborrezca
mas, que á este hombre, si le miro.
Mas, disimular, es fuerza,
si asi tengo de sanar.
¿No os dixe yo, que no os viera
aqui otra vez?

CELIO.

Sí, señora;
de lo dicho se me acuerda;
pero como son esclavos,
los que han de hacer la faena,
trayendo al cuerpo de guardia
de mis costillas su leña,
no me dió mucho cuidado;
que no hay ninguno, que sea
mas vuestro esclavo, que yo:
y siendo yo esclavo, es fuerza,
que como á próximo suyo,

ni me toquen, ni me ofendan.

LISARDA.

Donayre de la amenaza
hace. Claramente muestra *ap.*
el valor, con que le he visto,
alguna noche á mi puerta
al lado de su señor,
sobre espadas y rodelas,
desembarazar la calle,
para quedar solo en ella,
y es valiente::: ¿Mas qué importa,
si es, quien es?

CELIO.

Dióme otra vuelta.
Yo pienso, que me retrata, *ap.*
segun me mira de atenta.

LISARDA.

¡Qué mal talle! ¡Pues la cara, *ap.*
qué fealdad!

CELIO.

¡Haré una apuesta,
que está, diciendo entre sí, *ap.*
qué generosa presencia!

D. SANCHO *dentro.*

Ten, Fabricio, este caballo.

LISARDA.

Don Sancho es, el que se apea.

CELIO.

Siempre con Don Sancho tube
hazar, y aqui no quisiera,
que me hallára; que es un Cid.

LISARDA.

Que una desdicha suceda,
temo, y mas siendo la causa
yo, de que ahora á verme venga.
Excusarla, me conviene.
En este aposento entra.

CELIO.

¡Qué es aposento, señora!
En un desvan me metiera. *vase.*

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¿Estás sola?

LISARDA.

Si no son
compañia las tristezas,
sola estoy. ¿Qué es lo que haces?

D. SANCHO.

Cierro, Lisarda, la puerta:
que quiero quedar contigo
á solas.

LISARDA.

La puerta cierra. *ap.*
El le ha visto.

CELIO *dentro.*

Malo es esto.
Todos ustedes me sean
testigos, por si me mata,
de que protesto la fuerza,
para que pueda pedir
despues contra la sentencia
la nulidad de mi muerte.

LISARDA.

Ya cerró; yo quedo muerta.

D. SANCHO.

Muchas veces deseé,
que ocasion se me ofreciera,
de hablar contigo, Lisarda,
y ninguna es como aquesta;
que si algun criado mio
te informó de la manera,
que suelen, lo que me traxo
de Milan, quiero, que sepas.

Yo vi en Milan una mujer tan bella.
No digo bien mujer. Yo vi una Diosa,
en los cielos de Abril fragante estrella,
en los campos del sol luciente rosa
tan entendida, tan sagaz, que en ella,
como demas estaba, el ser hermosa;
que parece formó naturaleza
entre la discrecion tanta belleza.

Tal fue, que habiendo á mi desve-

lo dado
mas de alguna ocasion, y habiendo sido
agradecido iman de mi cuidado,
y no ingrata prision de mi sentido:
habiendo pues á mi temor librado
necios favores, que borró el olbido,
con nueva voluntad, con nuevo empeño,
mudable me dexó por otro dueño.
Súpelo yo despues de una criada,
que me dixo, que ciega pretendia
aquella misma noche, dar entrada
en su casa al galan, que la servia;
pero que ella á mis ansias obligada,
no á mis dádivas, dixo, pretendia,
venderme la ocasion. ¡Oh quántas famas
las criadas vendieron de sus amas!
Agradecí el aviso; que un zeloso
le debe agradecer, ahunque le pese;
y esperaba la noche cauteloso,
para que paso á mis trayciones diese:
quando, viniendo, á verme su penoso
amante, sin saber, que yo lo fuese,
contandome sus dichas y desvelos,
creció mas la congoja de mis zelos.
Confieso, que si entonces me dixera,
lo que yo en los amores ignoraba,
quedar secreto, á su amistad debiera,

morir primero, á mi lealtad tocaba.
Mas, si yo de su amor tan capaz era,
que lo supe antes, que él me lo contára,
ni niego la fineza del efecto;
que, lo que dos me dicen, no es secreto.
Abrióme pues la puerta la criada,
guiandome á su quarto, donde aquella
beldad de la inconstancia profanada,
estaba tan mudable, como bella.
La criada á la luz fingió turbada,
desconocerme, y mas turbada ella,
sin fingirlo quedó, sin que supiese,
qual la verdad, qual lo fingido fuese.
Dió voces: bajó gente, y mis venganzas
probaron en algunos los rigores;
si estorbé de su amor las esperanzas,
si olbidé de mi olbido los favores,
si burlé de una fiera las mudanzas,
si castigué de un aspid los errores,
dilo tú, ahunque ignorante me castigas.
Pero no es de tu estado: no lo digas.
Esto te he dicho, porque no imagines
de mí, que hacer sin gran disculpa puedo
cosa indigna de mí, ni determines,
si yo bien puesto, ó si mal puesto quedo;
que no es bien, que me arguyas, ni exâmines,

para poner á mis acciones miedo,
y disculpar, lo que en mi casa pasa,
que Argos de honor, he de velar mi casa. *vase.*

LISARDA.

¡Hay cosa, como pensar
mi hermano, como me vió
tan de su parte, que yo
fuese, la que dió lugar
á aquel criado, y que he sido,
la que admitiendo al criado,
la pendencia ha ocasionado!
Ahun, si le hallára escondido,
con mas razon lo dixera;
pues es verdad, que yo soy,
quien le dió la ocasion hoy,
de que, á buscarme, viniera.
Mas ya, que el temor resisto,
y él se fue, bien empleado
ha sido el susto pasado,
á trueque de haberle visto;
pues verle, solo será
remedio. ¿Ah Celio?

CELIO.

¿Señora?

LISARDA.

Bien podeis salir ahora;

que mi hermano se ha ido ya.
Pero mirad, lo que os digo;
que no atribuyais la accion,
que habeis visto, á otra ocasion,
que estorbar vuestro castigo
á mis ojos.

CELIO.

No se crea
tal de mí, ni tal se espere;
y si tal atribuyere,
que atribuido me vea
á los ojos del Señor;
y con esto y con besar
aquese pie singular,
cifra, que asienta el amor,
pie, que á persona se atreve,
pie, que en mí pie lugar toma,
pie, que un Notario de Roma
le despachó por lo breve,
pie duende, pues en rigor
no se sabe, si es verdad,
y pie tan menor de edad,
que le pueden dar tutor,
me iré con compas de pies,
alegre y agradecido,
avisado y advertido
de tu piedad.

LISARDA.

Oye pues.

CELIO.

¿Otrosi, que mandais?

LISARDA.

Mando,
que no me vuelvas aqui
otra vez.

CELIO.

Harelo asi,
las tres anades cantando.

LISARDA.

¿Mas por qué me quito yo
el remedio de mi mal,
si es que con seguro igual
amor mi remedió halló?
Celio, oye.

CELIO.

No me detengas.
De todo estoy avisado;
que no venga, me has mandado.

LISARDA.

Pues ya te mando, que vengas.
Licencia, Celio, te doy;
ven á verme, porque el verte,
solo ha de excusar mi muerte.
Mas qué digo! Loca estoy. *vase.*

CELIO.

¿Cielos, quien ha de entender
la cifra de aqueste enfado?
Mas, pues solo me han dexado,
un soliloquio he de hacer.
Recibirme melindrosa
Lisarda, hablarme turbada;
advertirme recatada,
y guardarme generosa,
enfadarse y desdecirse,
quererme ir, y enfadarse,
despedirme y retirarse,
mandar, que venga, y partirse,
¿no me está diciendo aqui:
(que no es otra cosa, no)
necio, entiendeme; que yo
me estoy muriendo por tí?
Pues alto, esperanza vana;
no hay en esto duda alguna;
que el que es de buena fortuna,
lo que no envida, no gana.
Desde hoy tengo de asistir
noche y dia; desde hoy
su eterna figura soy,
pues que yo puedo rendir
con mi buen arte, y con mi
buen ingenio y mi gallarda
presuncion una Lisarda,

de las mas lindas, que ví. *vase.*
Salen D. Juan, Vrsino y Octavio de noche.

OCTAVIO.

Los dos, señor, contigo,
sirviendote, hemos de ir.

URSINO.

Ya, Octavio, os digo,
que es conmigo excusado,
afectar ese honor, ese cuidado.

D. JUAN.

¡Has de ir solo á esta hora!

URSINO.

¿Pues quién me ha de ofender?

OCTAVIO.

Ninguno ignora,
que es rayo tú cuchilla,
que del rebelde has sido marabilla;
mas no, porque lo fueses,
nos excusa á los dos, el ser corteses,
si, habiendote aqui hallado,
te dexamos ir solo.

URSINO.

Ya habeis dado
en eso, y lo consiento
de vos, Octavio, porque Juan atento
á la obediencia mia,
no os dexe solo, porque mas querria
ser hoy con vos grosero

yo, que no que él lo sea.

OCTAVIO.

Solo quiero
responder á ese agravio,
muda la voz, y suspendido el labio.

D. JUAN.

¿Dónde vas?

URSINO.

Aqui á casa
de Cesar, donde se divierte y pasa
la noche, en tener juego,
conversacion y risas, y irme luego.
Esta es la casa; despediros puedo.
Idos con Dios; que yo seguro quedo.

D. JUAN.

Entrarémos contigo.

URSINO.

No; que no quiero yo, que seas testi-
go
de si juego, ó no juego,
para halentar tus inquietudes luego. *vase.*

OCTAVIO.

Bien vuestro padre ha andado;
propio despejo de tan gran soldado,
reñir con bizarria.

D. JUAN.

Pues no quisiera hoy la suerte mia,
que haber andado bien, hubiese sido

en eso.

OCTAVIO.

¿Pues en qué?

D. JUAN.

En haber venido,
ya que lo acompañamos,
al barrio de Leonor, pues nos tardamos,
por haberle asistido.

OCTAVIO.

Antes, Don Juan, habemos hoy venido,
que otras noches:

D. JUAN.

No creo,
que vive en vos la fe de mi deseo,
pues temprano os parece.

OCTAVIO.

Ahunque es verdad, que el alma no padece
el ansia, ni el afecto,
digno de un alto y singular sujeto,
por Dios, que no ha dexado
de traherme mi poco de cuidado.
Sabed, que la criada
parla excelentemente.

D. JUAN.

Es extremada.

OCTAVIO.

No ví en toda mi vida

picara tan gustosa y entendida.
¿ Pues qué diré del modo
con que se hace estimar. Calle aqui todo.
Decidme, si es hermosa.

D. JUAN.

¿ Pudiera haber pregunta mas ociosa ?
¿ Si vos decís, que tan discreta sea,
no estais diciendo á voces, como es fea?
Pero, pues ya llegamos,
la seña, Octavio, en esta rexa hagamos.

OCTAVIO.

¿ Que va, que no responden,
pues poco ha, que se esconden
del sol las luces bellas,
dexando por virreynas las estrellas?

D. JUAN.

Fuerza es pues, que esperemos;
aqui este rato divertir podemos.
Ved, qué quereis, que hagamos.
Mas, pues solos estamos,
sin el impedimento,
que os estorbó otras veces, va de cuento.

OCTAVIO.

Con el retrato de aquella
madama::: Aqui me parece,
que quedamos.

D. JUAN.

Es verdad.

OCTAVIO.
cuya hermosura excelente
con vida y con alma estaba
en el joyél de tal suerte,
que mirandola, y hablando
otra dama diferente,
quise responder á ella,
presumiendo, que ella fuese:
llegué á Milan, y á la casa
de Monsiur de Orliens, pariente
muy cercano de los Duques
de Orliens, cuyos intereses
quizá le empeñaron tanto,
que pasando de valiente
á temerario, le hicieron
deudor de tantas mercedes.
Dile el recado del Duque,
y en la lámina viviente
absorto, en muy grande rato
no habló; pero, en solo verle,
dixo mas, que si dixera;
que es el silencio eloqüente.
Luego con mil ceremonias
de rendimientos corteses,
me dixo: Monsiur, al Duque
mi señor le decid, que este
esclavo y rendido suyo
le besa los pies mil veces;

y asi, que por no tomar
contra mi dueño excelente
las armas, me volveré
á Francia, pues me concede
la vida y la libertad,
sino que á ello el Rey me fuerze.
He querido decir esto,
por no dexaros pendiente
ningun cabo, porque todos
los de la novela queden
atados; si ya no es,
porque advertida y prudente
rodeos busca la lengua,
para que el dolor no llegue.
Pero en fin, por no huir
el semblante á los desdenes
de la fortuna, supuesto,
que la confianza mas fuerte,
quanto mas se regatea,
tanto mas se aviva y crece,
(que es otra desdicha aparte
la desdicha, que se teme)
llegué á la casa, ay de mí,
de Flerida hermosa (que este
es el nombre) y quando en ella
pensé lograr los placeres
perdidos ::: ¡Qué necedad,
que tal mi pecho creyese,

pues es cierto, que ninguno
despues de perdido vuelve!
hallé la casa, que abierta
estaba, sin que me diesen
los adornos seña alguna,
de que la habitase gente:
toda desierta, y en toda
una suspension; que á veces,
ahun las desdichas se hacen
de rogar, si les parece,
que son de provecho. El huerto,
cuyas flores fueron jueces
de mi amor, secas y mustias,
y algunas, sin que naciesen
claveles, lo parecian,
pero sangrientos claveles.
Ví, que hácia una parte estaba
la Turca alfombra excelente,
trocada en funesto lecho,
á que hacían sombra cypreses.
Todo me puso pavor,
todo tristeza; y de suerte
ví, tras la imaginacion
arrebatarse y perderse
el discurso, que temí,
dentro en mí mismo perderme.
¿Viste, á coleras del Noto
deshojarse y deshacerse

los nevados tornasoles
de aquel arbol, que amanece,
á ser alba del verano,
por su rizado copete,
que apenas al mundo vive,
quando marabilla muere?
¿Viste, á violencia de un rayo,
en la campaña celeste
del estio, que son ruina
los árboles y las mieses?
¿Viste oceano terrible,
que montes de espuma mueve
á los combates de un rio,
soberbio con su corriente?
Tal la casa parecia
ruina, que se desvanece
al viento, al rayo, á las ondas,
en que se desluce y pierde
beldad, pompa y hermosura.
Humilde, postrado y debil,
no previniendo la causa
del no pensado accidente,
pensé morir; pero un hombre,
que acaso alli estaba, en breve
informado de mis dudas,
me respondió de esta suerte.
Aqui vivia una dama,
rica de todos los bienes

de naturaleza, á quien
amó un caballero. Este
la noche, que salió el Tercio
de Milán, habrá dos meses,
por la puerta del jardin
entró; no sé, quien le abriese;
solo sé, que la mujer
dió voces, á que la gente
de su casa acudió; y él,
como atrevido y valiente,
en su defensa mató
un hombre, y segun parece,
debió de quedar herido,
si es que las señas no mienten.
Salió en fin, y ella turbada,
viendo, que á todos los prenden,
se fue á un Monasterio, donde
librarse, señor, pretende.
Nombróme el hombre. Al fin era
aquel fiero, aquel aleve
amigo, en quien por mis males
deposité tantos bienes.
Ved, qué penoso dolor,
ved, qué confusion tan fuerte,
y mas, quando de la dama
tube un papel, que me advierte,
que por mí su hacienda, y vida,
y reputacion padecen:

que volviese por su honor,
pues es tan cierto, que tiene
obligacion de pagar
la deuda, el que no la debe,
como en su nombre se pida,
y á todo el nombre se preste.
Con esto pues empeñado,
en matarle y en prenderle,
le busqué, y supe, que estaba
en Verona.

D. JUAN.

Oye; detente:
no prosigas, hasta tanto
que haya pasado esta gente.

Sale Don Sancho y acompañamiento.

D. SANCHO.

Ellos son. Ya no hay, què hacer,
sino esperar, á que entren.

OCTAVIO.

Armas lleva y prevenciones.

D. JUAN.

La esquina á la calle vuelven,
y otro hombre por esta parte,
mirando las rexas viene.

Sale Celio con capa y sombrero.

CELIO.

¡Qué mal un enamorado
descansa, come, ni duerme,

si á los umbrales no está
de la dama, que él bien quiere!
Aqui me ha de hallar el dia,
adorando estas paredes.
¡Oh bellísima Lisarda,
qué de suspiros me debes!
Yo quiero hacer una seña.

OCTAVIO.

¿Si son estos los valientes
de la otra noche, y nos echan,
por ocasionarnos, este?

D. JUAN.

¿De qué suerte lo sabremos?

OCTAVIO.

Yo os lo diré: de esta suerte.

Llegase á Celio.

Caballero, á mí me importa
solo, que esta calle dexe,
y asi le ruego, se vaya,
ó haráme, que se lo ruegue
á cuchilladas.

CELIO.

No hará;
porque el pedir de esa suerte,
es lo mismo, que pedir
limosna con pistolete.

OCTAVIO.

Pues vayase de aqui al punto.

CELIO.

Dónde es el punto, conviene,
á saber, si he de ir allá;
sino es, que decirme, quiere,
que irme al punto, es irme al punto.

OCTAVIO.

No del vocablo me juegue;
sino vayase.

CELIO.

No quiero.

OCTAVIO.

Yo le haré, que quiera. *envistele.*

CELIO.

Tente,
señor.

OCTAVIO.

¿Es Celio?

CELIO.

Yo soy.
Milagro fue, el conocerte;
porque si no, esta es le hora,
que eres un atun de *requiem.*

OCTAVIO.

¿Qué capa es esta?

CELIO.

Una tuya.

OCTAVIO.

¿Pues qué disfraz es aqueste?

CELIO.

Disfraz de hombre enamorado;
que no hay cosa, en que se eche,
de ver mas, quando lo están,
que en andar limpias las gentes.

OCTAVIO.

Nise lo habrá asi trazado.

CELIO.

Nise fue mi remoquete
un tiempo; mas ya no es Nise,
ni se dice, ni se puede
decir; porque al fin fue amor
de medio mogate ese,
y este es de mogate entero.

D. JUAN.

Ea, vete de aqui; vete.

CELIO.

No puedo; porque he de estar,
hasta que el alba despierte,
clavado en estos umbrales,
dosél poco, esfera breve
de mejor sol, pues el sol
la luz de Lisarda aprende,

D. JUAN.

¡Estás loco!

CELIO.

Cuerdo estoy;
porque, quien el juicio pierde

por tal causa, cuerdo está.

OCTAVIO.

Eso es, ser loco dos veces.

Sale Lisarda al paño.

LISARDA.

¿Celio? ¿Celio?

D. JUAN.

¿Llaman?

CELIO.

Sí.

Aguardate tú: no llegues,
que Celio dixeron, y es
Lisarda, que, á hablarme viene,
enamorada de mí.

D. JUAN.

Necio estás; mira, no quedes
en la calle. ¿Nise, es hora?

LISARDA.

Sí; entra. ¿Mas Celio no viene
contigo?

D. JUAN.

¿Celio?

LOS DOS.

¿Señor?

OCTAVIO.

No respondas tú; detente.

D. JUAN.

Entra. ¿Qué esperas?

OCTAVIO.

Pensar,
que he de pasar facilmente
del monte de mis pesares,
al jardin de tus placeres.

LISARDA.

¡Oh Celio! Seas bien venido.

OCTAVIO.

Claro está, si vengo, á verte,
que bien venido seré.

LISARDA.

Entra presto, porque cierre.

OCTAVIO.

Entro, porque cierres presto.

LISARDA.

Ay amor, mucho me debes;
pues asegurando el riesgo,
intentas, que á perder, eche
de noche, con escucharle,
lo que mejoré, con verle! *vase.*

CELIO.

¿Qué me toca hacer á mí,
viendo en la ocasion presente,
que á Lisarda, á quien conozco
por la voz distintamente,
como aquel, que de la suya,
y de la de Nise tiene
mas noticia, me ha llamado

por mi nombre, viendo, que entre
Octavio á gozar las dichas,
que solo mi amor merece,
pues quanto de dia grangeo,
porque el verme la divierte,
viene él á gozar de noche?
¡Fiero amigo! ¡Ingrato huesped!
Vive Dios, que va de veras,
el sentir zelos tan fuertes.
¿Pero qué mucho, si veo
de veras tambien, que llegue
á rendirse una mujer
de su calidad, de suerte,
que me avise, y que me llame?
¿Mas ya qué remedio tiene,
si al que ha de ser desdichado,
ahun la vida le da muerte? *vase.*

Salen Leonor, Lisarda, Octavio y Don Juan.

LISARDA.

En la alfombra lisonjera
de este quadro, que es dosel
de la hermosa primavera,
pues las rosas, que hay en él,
estrellas son de otra esfera,
cuyos muertos resplandores
á las estampas y huellas
del sol, dicen entre olores,
„si esta noche sois estrellas,

mañana seremos flores."
puedes sentarte.

D. JUAN.

Y aqui
puedes tu darme del dia
cuenta. ¿En qué has pasado? Dí.

LEONOR.

En que la memoria mia
siempre está pensando en tí.
A la aurora desperté,
la mañana te escribí,
á la tarde te esperé,
de noche, Don Juan, te ví,
y á todas horas te amé.

OCTAVIO.

¿Y tú, Nise, en que has pasado
el dia?

LISARDA.

No me he acordado
de tí.

OCTAVIO.

Tú has hecho muy bien;
que por Dios, que yo tambien
tube ese mismo cuidado;
y desde hoy te he de querer
por finezas tan extrañas.

LISARDA.

¿Que finezas?

OCTAVIO.

¿Pueden ser
mayores, pues desengañas
á un hombre, siendo mujer?
En ninguna mi cuidado
desengaño hubiera hallado.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Porque en todas son
la lengua y el corazon
un relox desconcertado. *ruido dentro.*

LISARDA.

¿Cómo? ¡Mas qué ruido es este?

LEONOR.

¡Ay de mí!

D. JUAN.

¡Valgame el cielo!

LISARDA.

El quarto abren de mi hermano.

LEONOR.

Luz sacan.

LISARDA.

Aqui me pierdo, *ap.*
si en este trage me ven,
y si conocida quedo
de Don Juan y su criado.

D. JUAN.

¿Qué he de hacer?

LISARDA.

Arrojaos presto
por las tapias, que nosotras
seguras quedamos.

D. JUAN.

Celio,
ven tras mí.

OCTAVIO.

Si antes, que lleguen,
saltar las tapias podemos,
será mejor.

LEONOR.

Dices bien.

OCTAVIO.

Ea pues, salta primero. *vánse.*

Sale Don Sancho con gente, y escondese Leonor.

D. SANCHO.

Guardad las puertas vosotros;
pues ya vimos, que estan dentro.

LISARDA.

¡Ay infelice de mí!

LEONOR.

Muerta soy!

D. SANCHO.

Acudid presto.

LISARDA.

Qué ruido es este! ¡Qué buscas

con tantas armas y estruendo!

LEONOR.

A mí no me ve Don Sancho.
Segura escapar me puedo,
y irme á mi quarto.

D. SANCHO.

¿Qué haces
aqui á estas horas?

LISARDA.

Hoy muero.
Baxé al jardin de esta forma,
á solo tomar el fresco.

D. SANCHO.

¡Oh aleve infame!

CRIADO *saliendo.*

Señor,
corred á las tapias presto;
que ha saltado un hombre, y otro
va á salir.

OCTAVIO *dentro.*

¡Valgame el cielo!
Cayó la tapia, y yo estoy
enterrado antes que muerto.

D. SANCHO.

Presto lo estarás. *salen.*

OCTAVIO.

No haré,
porque un rayo es este acero.

desatado. ¡Mas qué miro!
¡No es este Don Sancho, cielos!

D. SANCHO.

¡Cielos, este no es Octavio!

LISARDA.

Don Juan es este, que veo;
el que saltó fue el criado;
pues, no le conozco, es cierto.

OCTAVIO.

Traydor, ahora verás,
que de esta suerte me vengo
de los pasados agravios.

D. SANCHO.

¿Villano y mal caballero,
si es que, á buscarme has venido,
no era mas hidalgo hecho,
vengarte de mí en mi vida,
si ella te ofendió, primero
que en mi honor? ¿No era mejor,
darme muerte cuerpo á cuerpo
en el campo, que matarme
disfrazado y encubierto?
Mas, antes que del jardin
hagas theatro funesto,
tomaré de dos agrvios
dos venganzas; el primero
de mi honor, y de esta hermana
he de remediar el riesgo,

EE 4

haciendo, que de marido
la mano la des, y luego
dandote muerte, porque
á dos agravios atento,
ya que en mi honor y en mi vida
quisiste vengarte fiero,
tomen mi vida y honor
satisfacciones á un tiempo.
Dala la mano. *dentro golpes.*

CRIADO.

Las puertas
quiebran.

D. SANCHO.

Todos estad quedos.

OCTAVIO.

Esta es Leonor; la criada
era, la que se fue huyendo.
¡Habrase visto jamas
otro hombre en mayor empeño!
¡En casa de mi enemigo,
sin saber como, me veo!
Cercado de armas y gente
estoy, con indicios ciertos
de amante, de la que es dama
del amigo, con quien vengo.
¿Cómo he de salir de aqui?
pues si callo, lo confieso;
y si digo la verdad,

la ley de amistad ofendo.
Mas remitolo al valor;
mejor es, matar muriendo.
Traydor Don Sancho, ahunque aqui
me ves ahora encubierto,
no vengo, á ofender tu honor:
á darte la muerte, vengo.
Esas paredes salté,
solo con aqueste intento.
Ni yo conozco á esa dama,
ni sé, si es, viven los cielos,
tu hermana; y esta respuesta
me debes por su respeto.

LISARDA.

Don Juan y Don Sancho deben *ap.*
de haber reñido antes de esto.
Esforcemos su disculpa.
Bueno es, que tú loco ó necio,
hagas por allá locuras,
que obliguen á tanto extremo;
como buscarte en tu casa,
y quieras, viniendo á eso,
echarme la culpa á mí,
quando él te busca resuelto.

D. SANCHO.

¡Qué mal, ingrata, pretendes
disculparte, quando tengo
desengaños yo de todo;

que ha dias, que los pretendo!
El ha de darte la mano,
y morir despues.

OCTAVIO.

Primero,
que se la dé, he de morir.

D. SANCHO.

Pues mueran los dos.

LISARDA.

¡Ay, cielos!
Caballero, por mujer
me amparad, si es, que os merezco
esta fineza.

OCTAVIO.

Hoy será
muralla vuestra mi pecho.

Acuchillanle, y retiranse á una puerta Octavio y Lisarda.

D. SANCHO.

Sí; pero poca muralla.

LISARDA.

Mucho una desdicha temo.

D. SANCHO.

En vano el valor se halienta.

OCTAVIO.

La ventaja te confieso;
pero, he de morir, y matando.

D. SANCHO.

Pues yo he de matar, muriendo.

OCTAVIO.

El umbral de aquesta puerta
sea el sagrado postrero
de mi vida.

D. SANCHO.

Tu sepulcro
ha de ser este aposento,
porque no tiene salida.

LISARDA.

De tu vida es el remedio.

OCTAVIO.

¿De qué suerte?

LISARDA.

De esta suerte.

Entran retirandose, y cierra la puerta Lisarda.

CRIADO.

Cerró la puerta.

D. SANCHO.

En el suelo
la echaré.

CRIADO.

¡Cómo es posible
que son dos personas dentro,
que la guardan y defienden!

OCTAVIO *dentro.*

Yo asi mi vida defiendo,
por vivir, para matarte.

D. SANCHO.

Cobarde soy, pues no intento,
derribar aquestas puertas.
No en vano (vil pensamiento)
supo Lisarda, que yo
dexaba en Milan, ah cielos,
quexoso de mí un amigo,
si él lo dixo. ¿Mas qué es esto?

CRIADO.

Que han trepado por las rexas.

Baxa Don Juan por una rexa.

D. SANCHO.

¿Quién va?

D. JUAN.

Un hombre, que resuelto
viene asi, á morir al lado
de un amigo.

D. SANCHO.

Yo agradezco,
ó Don Juan, (como es razon)
la fineza y el deseo;
pues no dudo, que el oir
en mi casa aqueste estruendo,
os habrá obligado, á hacer
por mi amistad tal extremo.

D. JUAN.

Don Sancho, aqui soy trahido
de la obligacion, que tengo,
y he de acudir á la parte,
que es mas forzosa, primero.
Perdonadme.

D. SANCHO.

¡Que os perdone,
decis, quando os agradezco,
venir asi! Y pues se llega
siempre en desdichas á tiempo,
las mias sabed, que pongo
en vuestras manos. Yo tengo
dentro de mi casa un hombre,
que, á matarme entró resuelto,
y ahun dos veces; que si ha sido
en los generosos pechos
vida del alma el honor,
el alma tambien me ha muerto.
Con una de mis hermanas
ha hecho fuerte ese aposento:
si le doy muerte atrevido,
de mi hermana el honor pierdo;
y si le dexo con vida,
vivo un enojo me dexo.
¿Qué de hacer de tales dudas?

D. JUAN.

¡Habráse visto suceso. Ap.

semejante! Con Don Sancho
era de Octavio el empeño.
Yo le he trahido á esta casa:
mal haré, si aqui le dexo:
si un amigo hace de mí
confianza, y si le ofendo,
las esperanzas de, ser
de Leonor esposo, pierdo.
A aliviar á Octavio, vine;
y quando librarle, intento,
me dicen, que está encerrado
con Leonor, para ser dueño
de su amor.

OCTAVIO.

Aquella voz
conozco; salir, pretendo.

LISARDA.

No hagas tal.

OCTAVIO.

Aparta.

LISARDA.

Yo
de aqui á salir, no me atrevo.

Sale Octavio.

OCTAVIO.

Miedo de mujer cerró;
¡mas como conformes, veo
tanto á Don Juan y á Don Sancho!

¡Cosa, que fuese concierto,
haberme trahido! ¿Mas cómo
tal de un amigo sospecho?
Don Juan:::

D. SANCHO.

¿Pues de qué os conoce,
(peor se va poniendo esto) *ap.*
á vos, Don Juan, mi enemigo?

OCTAVIO.

ya de que acudais, es tiempo,
á la obligacion, que os puse,
quando os conté mis sucesos.
El enemigo es Don Sancho.

D. SANCHO.

Don Juan, que acudais espero
á mí, pues honor y vida
en vuestras manos he puesto.
El enemigo es Octavio.

D. JUAN.

¡Quién se vió en igual aprieto!
¿Pero qué temo? ¿Qué dudo,
si dice la ley del duelo,
para casos semejantes:::?

LOS DOS.

¿Qué?

D. JUAN.

qué, con quien vengo, vengo.
Don Sancho, dadnos lugar,

porque por mares de acero,
hemos de salir los dos.

D. SANCHO.

¡Pues tú contra mí, qué es esto!

D. JUAN.

Es cumplir mi obligacion.

D. SANCHO.

¿Y en la que yo te habia puesto?

D. JUAN.

Llegó muy tarde.

D. SANCHO.

¿Por qué?

D. JUAN.

Porque, con quien vengo, vengo.

D. SANCHO.

¡Con quien vengo, vengo! Aqui
se oculta mayor misterio;
mas no importa; pues que yo,
que honor de mi parte tengo,
y vengo, á cobrarle aqui,
dandoos la muerte primero,
diré al lado de mi honor
tambien, con quien vengo, vengo.
Mueran los dos.

TODOS.

Los dos mueran. *riñen.*

OCTAVIO.

Hay mucho, que hacer en eso,

que sois pocos.

CRIADO *huyendo.*

¡Ay de mí!

D. SANCHO *cayendo dentro.*

Muerto soy. ¡Valgame el cielo!

OCTAVIO.

Don Sancho cayó en las flores,
y los criados huyeron.

D. JUAN.

Y como sin luz nos dexan,
por donde salir, no acierto.
¿Pero donde está Leonor?

OCTAVIO.

Cerrada en ese aposento.

D. JUAN.

Abre aqui: yo soy; bien puedes.

LISARDA.

Por conocerte, me atrevo.

D. JUAN.

Ven conmigo; que no es bien,
que te dexe en este riesgo.

LISARDA.

Mira, que no soy:::

D. JUAN.

Ya sé,
quien eres, pues que te llevo.
Segura conmigo vas.

LISARDA.

Ya todo está descubierto;
pues me conoce y ampara
por cómplice de este yerro. *vanse.*

URSINO *saliendo de noche.*

Facil está de verse, que he perdido;
pues del juego no salgo acompañado,
ni á un mirón reverencias he debido,
ni luz al garitero le he costado.
Y ahun mejor despaché, que he merecido,
pues que las escaleras no he rodado;
bien, que del juego es esta la substancia;
pues solo medra, el que anda de ganancia.
Vive Dios::: *cuchilladas dentro.*

D. SANCHO *dentro.*

Ahun se anima en esta mano
noble acero en defensa de mi vida
y mi honor.

URSINO.

¿Esto, qué es?

D. SANCHO.

Vuelve, tyrano,
y no seas dos veces mi homicida.

URSINO.

En esta casa riñen.

OCTAVIO.

Ya es en vano,
esperar, mi venganza conseguida
y tu muerte.

Salen Don Juan, Octavio y Lisarda.

LISARDA.

¡Ay de mí!

OCTAVIO.

¿Donde iremos?

D. JUAN.

A casa; porque allí lo dispondremos.

URSINO.

En esta casa fue la qüestion, cielos;
y despues de la voz y del ruido,
dos hombres, entre asombros y desvelos,
y una mujer con ellos ha salido,
desnudas las espadas. Mil rezelos
al alma y la razon han ocurrido.

D. SANCHO *dentro.*

¡Triste de mí! Sin confesion me muero.

URSINO.

Ni hombre seré de honor, ni seré atento,
si dexo, á aquesta voz de dar ayuda,
quando pronuncia en lamentable acento
afectos religiosos lengua muda.
Entrar adentro, á socorrerle intento.

Sale Don Sancho apoyandose en la espada.

D. SANCHO.

Mal el valor se halienta: mal se ayuda,
quando de sangre propria está sediento
el corazon; y en bárbaros enojos
le lloran las heridas y los ojos.
Vuelve, vuelve, enemigo, y esa espada
muerte me dé para mayor exceso.

URSINO.

Quien asi os busca, no os ofende en nada,
mas os viene ayudar en tal suceso.

LEONOR *saliendo.*

Yo baxo en llanto, y en dolor bañada,
que estoy mortal, á mi dolor confieso.
¡Donde voy, ay de mí, que en esta calma
miente la vida, y se desdice el alma!

D. SANCHO.

¿Decid, quién sois?

URSINO.

Quien de piedad movido
llora vuestras desdichas.

D. SANCHO.

Caballero,
bien la piedad lo dice, pues ha sido
de la sangre el blason mas verdadero,
perdonadme el no haberos conocido,

que, ahunque en mi patria estoy, soy extrangero
en ella, y asi ignoro vuestro estado;
que extrangero en su patria es el Soldado.
En el último haliento de mi vida
lucho á brazo partido con la muerte,
y por la infausta boca de una herida,
el alma los espíritus divierte.
No quiero, no, que sea socorrida
movida de esas canas, en tan fuerte
desdicha: el honor, sí; dexadme, os ruego,
y esa dama poned en salvo luego.
No es mi dama, señor; hermana es mia,
asi lo fuera, la que abrió primero
puerta para tan grande alevosia,
despojo infame del rigor severo.
Solo en vuestro valor mi honor se fia,
porque os juzgo piadoso y caballero.
Mirad por ella, y quede en vos segura
pobre nobleza y huerfana hermosura.

ORSINO.

Infeliz caballero, ya que el cielo
á esta ocasion mi pasos ha trahido,
¿quién duda, que haya sido por consuelo
de vuestro pecho honrado y afligido?
En mis brazos venid; alzad del suelo:
llamaré, quien os cure; y advertido

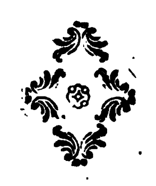
vivid, de que tendrá esta hermosa dama
segura su opinion, cierta su fama.
Ursino soy, si basta; y á Dios juro,
de no faltar jamas de vuestro lado,
hasta que de la vida esteis seguro,
y del honor esteis desagraviado.
Con vos me habeis de hallar, porque procuro,
ya como proprio el bien de un desdichado.
Venid los dos.

D. SANCHO.

Esa palabra aceto.

URSINO.

Otra vez con el alma os la prometo.



JORNADA TERCERA.

Salen Don Juan, Octavio y Lisarda.

D. JUAN.

Este es mi quarto, señora,
y ahunque en él quedais á obscuras,
importa, mientras que voy,
á preveniros alguna
parte, donde retirada
esteis con los dos segura
de la Justicia, que hoy tiene
la vara de la fortuna.

LISARDA.

En vuestras manos, Don Juan,
estoy. Vos teneis la culpa
de estos sucesos, supuesto,
que vuestro amor (suerte injusta)
me puso en esta ocasion:
y asi os toca, (ó pena dura)
sacarme de ella, y mirar,
que mi riesgo no se escusa.

D. JUAN.

Octavio, vente conmigo.

OCTAVIO.

¿Donde vas?

D. JUAN.

¿Eso preguntas?
A prevenir, donde estemos;
de suerte, que si nos buscan,
no nos hallen, y de suerte,
que si fálta, quien presuma
contra nosotros, no pueda
hacernos daño la fuga;
pues con estos dos intentos,
Octavio, tengo, entre muchas
partes, que se me ofrecieron,
hecha ya eleccion de una,
que es un quarto de esta casa,
que ni se vive, ni ocupa;
y con estarnos alli
los dos y Leonor oculta,
no nos salimos de casa,
ni la ven; y si procuran
buscarnos, él tiene puerta
al rio, cuyas profundas
aguas son natural foso,
que los jardines circundan;
y con hacer, que esté siempre
puesta á tiempo una faluca,

podemos libres las vidas
sacar siempre.

OCTAVIO.

¿Pues qué dudas,
si dentro de casa tienes
comodidad tan segura?

D. JUAN.

Si Leonor está conmigo,
vengan desdichas. *vanse.*

LISARDA,

Fortuna,
¡quién en una noche sola
vió tantas desdichas juntas!
¡Qué es lo qué pasa por mí!
¡Yo que fui, la que de industria
negué la deidad de amor,
sin darle obediencia nunca,
fui, la que mas exâmina
sus violencias, sus injurias!
¡Fuera de mi casa yo!
¡Yo en casa de un hombre, (injusta
suerte) galan de mi hermana,
que como tal me asegura
y me libra, por haber
conocido (quien lo duda)
que fui de su amor tercera,
y primera de mi culpa!
Parecerá impropriedad,

que, quando en tantas angustias,
tantas penas, tantos llantos,
quiere el cielo, que discurra,
me acuerde de otra pasion,
sin mirar el que esto culpa;
que las desdichas y penas
se eslabonan y se juntan,
de suerte, que salen todas
en tirandose de una.
¡Qué es esto, cielos; que es esto,
que el alma y sentidos burla!
Despues, que ví este Don Juan,
galan de mi hermana, en cuya
casa estoy: (pluguiera al cielo,
que yo no le viera nunca)
tan bien me pareció, quando
volvió volcan de sus furias
desde la tapia: tan bien,
¡quando dixo por disculpa
de su amor, que le trahia
alli otra venganza justa!
¡Qué es esto! El amo y criado
hoy contra mí se conjuran,
el uno, quando se ve,
y el otro, quando se escucha:
tanto, que en igual afecto,
uno en veras, otro en burlas,
con ser dos personas, pienso,

que son el alma una.

Sale Celio con luz.

CELIO.

¡Habrá lacayo de bien,
que no se aflija y se pudra,
viendo, que su amo anda
con máquinas con industrias!
¡Irse sin mí á sus amores,
donde con mi nombre hurta
otro la ocasion, que yo
merecí por mi ventura!
¡Venirse á casa despues,
y aposentandose á obscuras,
probar llaves de otro quarto,
sin saber, lo que procura!
¡A mí hay caso reservado!
No quedaré por ninguna
cosa del mundo con él;
porque, aqui de Dios, ¿quien gusta,
ahunque se muera de hambre,
de servir, si no mormura?
Mas no moriré, qué al fin
tengo, quien me contribuya.
¿Porque para qué enamora
un pobre hombre á una hermosura,
tan rica como Lisarda,
si no es para que (no hay duda)
le trayga como un Narciso?

LISARDA.

Ya no es posible, me encubrà.

CELIO.

¿Quièn está aqui?

LISARDA.

Yo soy, Celio.

CELIO.

¡Jesus!

LISARDA.

¿Pues de qué te turbas?

CELIO.

¿Pues no tengo de turbarme,
viendo tan grande aventura?

LISARDA.

No; que el que, como tú, tiene
buen entendimiento, nunca
se ha de turbar de sucesos,
que por sí no dificulta
el entendimiento; y puesto
que no es la primer fortuna
esta del amor, no es bien,
te turbes, y mas si apuras,
que como es rayo, se lleva
tras sí, mas de lo que busca.

CELIO.

¿Pues cómo has venido aqui?

LISARDA.

El error tubo la culpa

de un hombre en trage de Celío.

CELIO.

Ella conoció la industria, *ap.*
con que trocandose el nombre
Octavio, su amor procura;
y viendo, que no era yo,
á tales horas me busca.
Siempre mi avuela me dixo,
que era de buena ventura.
Señora, ahunque es bien, que dé
las gracias á mi fortuna
de esta dicha, mejor fuera,
dar las quexas, pues son justas,
de que no me haya hecho hombre
poderoso; pero suplan
afectos de voluntad,
de mi baxeza las culpas.
Una racion mal pagada,
una cama no muy dura
no puede faltar; y en fin,
logrando dicha tan suma,
seré alfombra de tus plantas,
y seré, como se usan,
pues yo soy tan mal christiano,
que seré tu alfombra Turca.

Sale, Octavio.

OCTAVIO.

Quiere Don Juan, que á Leonor

lleve yo al quarto, en que oculta
ha de estar, mientras él queda
haciendo espaldas seguras
á su padre; y temeroso
llego á mirar su hermosura,
porque entre tantas desdichas
se hizo mayor lugar una
en el alma. ¡Cómo, lengua,
traydoramente pronuncias
razones tan mal formadas,
que el mismo haliento las duda!
¡Por qué se atrevió á decírlas,
sin tener licencia suya
el alma, siendo mi pecho
del silencio sepultura!
¿Celio?

CELIO.

¿Señor; que aqui estás?

LISARDA.

Este es Don Juan. ¡Qué desdicha!

OCTAVIO.

Salte; que importa á mi dicha. *ap.*

CELIO.

No quiero, ni es justo; pues
esta dama, que aqui ves,
huyendo viene de tí,
señor, á buscarme á mí.
Supuesto, que no te quiere,

y que yo soy, por quien muere:::

OCTAVIO.

Loco estás; vete de aqui. *vase.*
¡Cómo, ay de mí, llegaré,
á hablarla, sin que los ojos *ap.*
dén paso á tantos enojos,
como padezco!

LISARDA.

¿Qué haré,
para que el alma no dé *ap.*
lugar en tanto rigor
á otra desdicha mayor?

OCTAVIO.

Diré al amor:::

LISARDA.

Yo á mi fama:::

OCTAVIO.

que es Leonor de Don Juan dama.

LISARDA.

que es amante de Leonor.

OCTAVIO.

Señora, ya prevenido
sobre el rio un quarto queda,
que ser el ocaso pueda
de ese sol recien nacido.
Fortuna y amor han sido,
los que hospedage os han dado,
porque ya, que habeis llegado

á esta breve esfera, es bien,
que en agua se hospede, quien
es de su cristal traslado.
Ocasion solo se espera,
para que podais pasar,
sin que os vean, á lograr
las flores de su ribera.
Pues no habrá flor, que no quiera,
por vos desdeñando á Flora,
saludaros por su aurora;
pues la flor, que se descoje
tambien en perlas recoje
sus lagrimas, quando llora.
No os aflijais, no lloreis;
que en casa, señora, estais,
donde servida seais,
si no como mereceis,
como vos misma vereis
en el gusto, y el cuidado
de quien constante os ha dado
la libertad, que perdió.

LISARDA.

En toda mi vida yo *ap.*
ví tan amante cuñado.
Mas del silencio vencido,
muera en mi pecho mi agravio.

OCTAVIO.

Antes, que salga del labio,

muera mi amor á mi olbido. *ap.*

LISARDA.

Un rayo la voz ha sido.

OCTAVIO.

Sus ojos son un volcan.

LISARDA.

A mas mis desdichas van.

OCTAVIO.

¡Oh, que furia!

LISARDA.

¡Oh, qué rigor!
Mas es galan de Leonor.

OCTAVIO.

Mas es dama de Don Juan.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Segura la casa está.
Bien podeis pasar ahora
á esotro quarto, señora,
que os está esperando allá.
¿Mas qué es aquesto?

OCTAVIO.

¿Qué os dá;
que asi os turbais?

LISARDA.

Este ha sido
el amigo, que ha venido *ap.*
á Don Juan.

D. JUAN.

¡Valgame el cielo!

OCTAVIO.

¿Qué teneis?

D. JUAN.

Todo soy hielo.

OCTAVIO.

¿Pues de qué?

D. JUAN.

Pierdo el sentido.
Como vos, señora::: Yo:::
¡Aqui ::: Estoy muerto y turbado.

OCTAVIO.

¡Pues qué teneis! ¡Qué os ha dado!

LISARDA.

De mirarme, se turbó
el amigo, que llegó.

OCTAVIO.

¿Decidme ya, qué teneis?
Mas luego me lo direis.
Ahora á esotro quarto vamos,
y la ocasion no perdamos,
de pasar.

D. JUAN.

¡Ojos, qué veis!

Vanse hácia una parte, y sale Celio.

CELIO.

Mi señor viene, señor.

OCTAVIO.

El paso cojió.

LISARDA.

¡Ay de mí!

D. JUAN.

Si él la ve pasar aqui,
será otro nuevo rigor.

Matan la luz, y va Lisarda enmedio.

OCTAVIO.

Mata la luz.

LISARDA.

¡Qué temor!

OCTAVIO.

Y asi, sin que vista quede,
ir entre nosotros puede.

CELIO.

No es la tramoya muy mala.
¡Qué pena, á mi pena iguala!
¡Qué mal á mi mal excede!

Sale Ursino, y Leonor tras él.

URSINO.

Mucho me huelgo, que esté
sin luz el portal ahora.
Mas segura estás, señora.
Asi entrar podrás, porque
nadie te ha de ver.

LEONOR.

No sé,

por donde voy.

URSINO.

¿Quién va allá?

D. JUAN.

Yo soy, señor.

Encuentranse Ursino y Don Juan, y cada uno hace como que no quiere, que encuentre con la dama, que lleva; y apartanse, hasta igualarse las mujeres: cada uno tienta, y guia tras sí, no la que traxo, sino la otra, de manera que se truecan.

URSINO.

Como la casa
está sin luz, yo no veo:
y está como yo deseo. *ap.*

LEONOR.

Nueva marabilla ya
admiro: de Don Juan fue
aquella voz.

URSINO.

Yo sintiera
mucho, que Don Juan me viera
con esta mujer. ¡Qué haré!
Pero yo la ocultaré.
No sois vos, señora?

LISARDA.

Si,
yo soy.

URSINO.

Pues venid tras mí.

LISARDA.

Turbada, señor, os sigo.

URSINO.

¿Don Juan, quién está contigo?

D. JUAN.

Octavio solo está aqui.

URSINO.

¿Pues como sin luz estais
en este portal?

D. JUAN.

Ahora
entramos los dos.

OCTAVIO.

Señora,
venid, que segura vais. *á Leonor.*

LEONOR.

Si haré, pues vos me guiais.

URSINO.

Lindamente ha succdido.
Que vengo solo, ha creido.

OCTAVIO.

¿Celio?

CELIO.

¿Señor?

OCTAVIO.

Pues aqui

tu señor no te oyó á tí,
ni te ha visto, ni sentido,
al quarto, que sabes, lleva
esa dama, que yo quiero
quedarme :::

CELIO.

¡Qué dicha espero!

Vase Celio, y llevase a Leonor.

OCTAVIO.

por la desecha.

D. JUAN.

¡Oh qué nueva
confusion mi vida lleva!

URSINO.

Lindamente la he escapado,
y hasta mi quarto guiado. *vase con Lisarda.*

OCTAVIO.

Lindamente se libró,
pues ni la vió, ni sintió.
Logróse nuestro cuidado.

D. JUAN.

¿Octavio?

OCTAVIO.

¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Sois vos?

OCTAVIO.

Ya vuestro padre se ha ido.

Dicha fue, no haber pedido
luz; que vieran con los dos
á Leonor.

D. JUAN.

Pluguiera á Dios,
que luz, Octavio, pidiera:
yo me holgára, como viera
á Leonor.

OCTAVIO.

¿No la vereis
en el quarto, si quereis?

D. JUAN.

Menor mi desdicha fuera,
si eso fuera asi.

OCTAVIO.

Quiero irme,
pues Leonor en él aguarda.

D. JUAN.

No, Octavio, sino Lisarda,
mas soberbia y menos firme.

OCTAVIO.

¿Qué decís?

D. JUAN.

Que he de morirme
en pena tan inhumana.

OCTAVIO.

¿Quién es Lisarda?

D. JUAN.

Es la hermana
de Leonor.

OCTAVIO.

No puede ser.

D. JUAN.

¿Si yo lo acabo de ver,
puede mi esperanza vana
engañarme? Vive Dios,
que á Lisarda hemos sacado
del riesgo, y que hemos dexado
á Leonor.

OCTAVIO.

¿Estais en vos?

D. JUAN.

Volvamos allá los dos.

OCTAVIO.

Vive el cielo, que estoy loco.
Esperad, Don Juan, un poco.

D. JUAN.

¿Qué tengo ya qué esperar,
si en las orillas del mar
mayores prodigios toco?

OCTAVIO.

¿No oireis un instante?

D. JUAN.

No.

OCTAVIO.

¿Decid, la que estaba allí
con vos, era Leonor?

D. JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues Leonor fue, á la que yo
libré su vida, y ahun vió,
que yo la ví; y, si ella fue,
la que estaba con vos, sé,
que es, la que ahora está con vos,
porque nunca hubo allí dos;
ú decidme:::

D. JUAN.

No sabré.

OCTAVIO.

¿cómo se pudo trocar?

D. JUAN.

Como fue desdicha mia,
facil, Octavio, seria,
de suceder un pesar.

OCTAVIO.

No hallo razon, de dudar,
de que es la misma.

D. JUAN.

Yo, sí;
que distintamente ví
á Lisarda.

OCTAVIO.

Vive Dios,
que pierda mi juicio. ¿Vos
hablasteis con Leonor?

D. JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues Leonor es, la que va
á vuestra casa.

D. JUAN.

Confieso,
que quereis, que pierda el seso.

OCTAVIO.

¿No es mas facil, ir alla,
á verla?

D. JUAN.

Cosa será
excusada.

OCTAVIO.

¿Pues, en vella,
que perdeis?

D. JUAN.

Ver, que no es ella.

OCTAVIO.

Tanto bien me hiciera amor,
que ella no fuera Leonor,
y fuera mi prenda bella. *vanse.*

Salen por una puerta Ursino con una luz, y Lisarda turbada.

URSINO.

Este quarto, que apartado
está, y por él no se manda,
será el sagrado mejor,
que puedan hallar tus ansias;
pues aqui, sin que lo sepa
persona alguna de casa,
sino aquellos, de quien yo
hiciere tal confianza,
estarás servida, en tanto,
que el Cielo camino abra
á tus desdichas; y aqui
otra vez te doy palabra,
de que no saldrás, señora,
sino es contenta y honrada,
si en defensa de tu sangre,
sé, morir en la demanda.
Y con aquesta advertencia,
quedate á Dios; que me llama
el deseo, de saber,
en que los sucesos paran
de tu hermano. *vase.*

LISARDA.

Santos Cielos,
¡qué es esto, que por mí pasa,
que la atencion mas prudente;

y la accion mas acertada,
el discurso mas atento,
la imaginacion mas alta,
se hubiera perdido siempre,
corriendo fortunas tantas!
¡Yo de Don Juan conocida,
no me dí ya por hermana
de Leonor! ¡No me sacó
del peligro de mi casa!
¡A la suya no me traxo,
quando Celio me guiaba,
para llevarme á otra parte!
O el sentido ya me falta,
ó sigo á otro hombre. ¡Pues como
este, que sigo, no halla
novedad en mi inquietud,
mis penas y mis desgracias!
Don Juan, si hasta aqui me traxo,
¡cómo se fue! Cielos, basta.
Pues confieso, que ya estoy
rendida, tened las armas.
¿Qué quarto será este solo?
Estas señas no señalan,
de que habite gente en él.
Iré por todas las salas,
á ver, si sé, donde estoy,
absorta, ciega y turbada,
que apenas tántas desdichas

pueden sustentar las plantas.

Vase, y salen Celio y Leonor.

CELIO.

Este es el quarto, señora,
que para esfera os aguarda.
Aqui Don Juan mi señor,
que yo os traxese, me manda.
Gracias á Dios, que hay en él
luz, y podré, cara á cara
ver el sol de vuestros ojos,
que á rayos de zelos matan.
¡Mas qué es esto, santo Cielo!

LEONOR.

¿Eres Celio?

CELIO.

¡Cosa extraña!

LEONOR.

Bien en la voz, que escuché,
convienen señas tan claras.
Dime, Celio, que es aquesto;
que estoy de verte admirada.

CELIO.

Dime tú primero á mí,
quién te hizo á tí Lisarda,
y respoderéte yo
al tenor de la demanda.

LEONOR.

¿Qué Lisarda?

CELIO.

¿Tantas hay?

LEONOR.

¿Pues dónde Lisarda estaba?

CELIO.

En tí, pues tú te has vestido
de su talle y de su cara.

LEONOR.

No te entiendo.

CELIO.

Yo tampoco;
uno por otro se vaya.

LEONOR.

Un anciano caballero
hoy me sacó de mi casa,
y me traxo hasta la suya,
debaxo de la palabra,
que dió á mi hermano y en ella
entré tras él, y guiada
de sus pasos, me ha trahido
hasta aqui. ¿Qué es, lo que pasa
por mí? ¿Cómo estoy contigo?

CELIO.

La pregunta es extremada;
pues, si eso supiera yo,
no estubiera, en dudas tantas
para dar un estallido.

Salen Don Juan y Octavio.

OCTAVIO.

Plegue á Dios, que sea Lisarda.

CELIO.

Señor, aqui está Leonor
esperandote.

D. JUAN.

¡Que hagas
tú tambien burla de mí!

CELIO.

La burla es, no darme nada
de albricias.

LEONOR.

¿Don Juan, señor?

D. JUAN.

Leonor, agradezca el alma
esta dicha, pues es suya.

OCTAVIO.

Aqui dió fin mi esperanza,
pues desengañado ya
tan tiernamente la abraza;
y porfiaba, que no es ella.
Mas vive Dios, que porfiaba
bien; que no es esta la misma,
que yo ví. Mas dudas faltan,
que averiguar. ¿Celio, Celio?

CELIO.

¿Señor?

OCTAVIO.

¿Dónde está la dama,
que te dixe, que traxeses,
quando Ursino vino á casa,
á este quarto?

CELIO.

Veisla allí.

OCTAVIO.

No es aquella.

CELIO.

Yo jurára
lo mismo; mas yo no tengo
otra aqui, ni en Alemania.
Aquella me diste tú
debaxo de confianza:
aquella misma te vuelvo,
libre, segura y sin tacha.

OCTAVIO.

Vive el cielo, que te mate,
si no me dices la causa
de este trueco.

CELIO.

¿Dí, qué trueco?
Dos mil demonios la valgan,
si con premio, ni sin premio
la troqué. ¿Mas qué te espantas,
de haber visto en este tiempo
una mujer con dos caras?

D. JUAN.

No estamos bien aqui cerca
de la puerta; entra á otra quadra,
Leonor, donde mas segura
estés. Octavio yo estaba *vase Leonor.*
loco, por Dios, poco antes:
Ya confieso mi ignorancia.
Leonor era; la verdad
me dixiste.

OCTAVIO.

Quando acaba
vuestra duda, la mia empieza.
Que era Leonor porfiaba;
y ya, que no era Leonor,
la que en el jardin estaba,
veo.

D. JUAN.

Si vos mismo, Octavio,
volviendo desde las tapias,
la socorristeis: si vos
la tubisteis encerrada:
si vos mismo la sacasteis
de su casa, y á mi casa
la traxisteis, y está aqui;
bien cierto nos desengaña,
que fue una siempre; pues nunca
hubo otra, con quien trocarla.
Sí: á mí me lo pareció.

Como esas veces se engañan
los ojos. Yo estube ciego. *vase.*

CELIO.

Aqui lindamente encaxa,
lo de no sois vos, Leonor,
y aquello de mal tocada.

OCTAVIO.

El con las mismas razones, *ap.*
que me convence, me mata;
mas no es mucho en este caso,
ver, que las de otro no alcanza,
el que no alcanza las suyas.
¡Quién vió cosa mas extraña!
Rendido á mi pena estoy.
Ya basta, cielos, ya basta.

Sale Lisarda.

LISARDA.

La casa andube, y en ella
no he visto á nadie, y guiada
de la luz, me vuelvo á ver
en esta primera sala.
¿Mas quién está aqui?

Tropieza con Celio.

CELIO.

¡Jesus!

OCTAVIO.

¡Qué es esto!

CELIO.

Ahí que no es nada.
La que en este mismo instante
era Leonor, ya es Lisarda.
Huiré de ella cielo y tierra.

OCTAVIO.

¡Eres sombra! ¡Eres fantasma,
mujer, que asi los sentidos
turbas!

LISARDA.

¿Pues, de qué te espantas,
si tú mismo me traxiste
desde mi casa á tu casa,
de que esté en ella?

OCTAVIO.

De verte
cada vez en formas varias.
¿Quién te traxo aqui?

LISARDA.

Tu padre.

OCTAVIO.

¡Mi padre! Otra vez me matas.

LISARDA.

El me guió aqui, Don Juan.

OCTAVIO.

Con Don Juan piensa, que habla. *ap.*
¿Si me parezco á Don Juan?
Que segun las cosas andan,

no será mucho. Leonor,
¿cómo, viendome, te engañas?

LISARDA.

Tú solo te engañas.

OCTAVIO.

¡Yo!

LISARDA.

Si; que, pues Leonor me llamas,
no me conoces. ¿No sabes,
Don Juan, que yo soy Lisarda?
¿Como tal no me traxiste
desde mi casa á tu casa?

OCTAVIO.

¡Cielos, qué escucho! ¿Tú misma
no eres aquella, que estabas
en el jardin?

LISARDA.

Quien lo duda.

OCTAVIO.

¿Pues cómo, si á Don Juan hablas
en él, ignoras, que es
el mismo, que quieres y amas?

LISARDA.

Porque yo nunca le quise;
que alli estube disfrazada
como criada. ¡Mas tú,
si la quieres, cómo agravias
su amor y no la conoces,

siendo, el que con ella hablabas!

OCTAVIO.

No fui: que como criado
guardé á Don Juan las espaldas.

LISARDA.

¡Luego tú eres aquel Celio,
que entendidamente habla!

OCTAVIO.

¡Luego eres tú aquella Nise
de tan buen ingenio y gracia!

LISARDA.

¡Luego no erés tú el galan
de Leonor!

OCTAVIO.

¡Luego la dama
no eres tú de Don Juan!

LISARDA.

Yo
fui Nise, siendo Lisarda.

OCTAVIO.

Y yo Celio, siendo Octavio.

LISARDA.

¿Eso es verdad?

OCVAVIO.

Cosa clara.

CELIO.

Gracias al cielo, que ya
llegamos á la posada.

OCTAVIO.

Sepan Don Juan y Leonor
esto que á los dos nos pasa.

LISARDA.

¿Dónde están?

OCTAVIO.

En este quarto.

LISARDA.

¡Cómo!

OCTAVIO.

Es historia muy larga.

LISARDA.

¿Quién traxo á Leonor?

OCTAVIO.

No sé.

LISARDA.

Prosigue pues.

OCTAVIO.

Temo:::

LISARDA.

Acaba.

OCTAVIO.

que no tengo que saber,
sabiendo, que tú eres:::

LISARDA.

Basta.

OCTAVIO.

Ni se iba á decir.

LISARDA.

¿Por qué?

OCTAVIO.

Por no perder á tu fama
el respeto.

LISARDA.

Bien está,
¿Celio?

OCTAVIO.

¿Por que asi me llamas?

LISARDA.

Porque asi :::

OCTAVIO.

Dilo.

LISARDA.

Es muy presto.
Vamos, á ver á mi hermana.
Valgate el cielo por Celio.

OCTAVIO.

Valgate Dios por Lisarda.

Vanse y sale Ursino y un criado.

URSINO.

¿Qué dices?

CRIADO.

Lo que es cierto.

URSINO.

¡Quando temia, que le hallases muerto
dices, que levantado

está!

CRIADO.

Tanto le anima su cuidado.
Fuera, de que la herida
nunca le puso á riesgo de la vida;
que falta fue de sangre, á lo que entiendo.

URSINO.

¿Y ahora, dí, qué hace?

CRIADO.

Está escribiendo
un papel. Mas él sale.

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

URSINO.

Con los brazos
os doy el parabien.

D. SANCHO.

Porque sus lazos,
á quien valor, nobleza y sangre esmalta,
suplan en mí la fuerza, que les falta.

URSINO.

¿Cómo os sentís?

D. SANCHO.

Sin vida, sin sosiego,
hasta abrasar, señor, á sangre y fuego
este fiero homicida
de mi honor, de mi fama, y de mi vida.

URSINO.

Yo, Don Sancho, á buscaros
vengo, para serviros y ayudaros,
hasta que libre esteis de vuestro agravio.
Disponed la venganza como sabio.

D. SANCHO.

Por eso he prevenido
el remedio, que oiréis. Vamos, os pido,
á vuestra casa.

URSINO.

En el camino, espero,
saberle.

D. SANCHO.

Mi enemigo es forastero,
y no sé, donde pueda
hallarle, y asi el alma en duda queda.
Hablar á Leonor quiero, que es mi hermana,
que en vuestra casa está, deidad humana
de virtud y belleza.
Ella quizas podrá con mas certeza
de Lisarda informar. No son errores,
pensar, que ella sabia sus amores.
Si dice, donde puedo
hallarle yo, desengañado quedo.
Iré de allí, á matarle;
si no me dice de él, iré á buscarle,
sabiendo de un su amigo,

que, por librarle, se empeñó conmigo.
De suerte, que primero
buscar, señor, al agresor espero;
y de no hallarle, al cómplice; que vanos
discursos dicen, que, si yo á las manos
el principal no tengo,
me vengo, si en el cómplice me vengo;
y han de diferenciarse;
que una cosa es reñir, otra vengarse:
y asi, si no me vengo de uno, activo
este papel para el segundo escribo,
donde en el Parque digo, que le espero.

URSINO.

Bien pensais. Replicar en nada quiero;
y pues hemos llegado
á mi casa, entrad dentro recatado,
porque ninguno os vea,
y la ocasion, que os trahe, sospeche y crea.

D. SANCHO.

Ya vuestros pasos sigo.

URSINO.

Entrad; que bien seguro entrais conmigo.

Vanse, y salen Lisarda y Leonor.

LISARDA.

Ya que fue piedad del cielo,

ay Leonor, haberme dado
compañia en tal cuidado,
y en tal desdicha consuelo,
estando juntas las dos,
en tanto que fuera están
del quarto Octavio y Don Juan,
te he de decir::: ¡Mas, ay Dios,
la puerta de Ursino es,
la que abren!

LEONOR.

Pues á mí
no me vea. *vase.*

Salen Ursino y Don Sancho.

URSINO.

Espera aqui;
que no es justo, que la des
tan buena nueva con susto;
que tambien sabe matar
un gusto, como un pesar,
quando no se espera el gusto.
Señora, ya que no tengo
digno albergue, en que hospedaros,
serviros y regalaros,
una buena nueva vengo,
á daros, para que asi
supla el error de ofenderos.
Vuestro hermano, viene á veros.

D. SANCHO.

¡Qué error
tan notable!

URSINO.

El yerro es vuestro;
que esa fue, la que yo ví
en el jardin, y hasta aqui
la he guardado, y esta os muestro,
para que os informeis de ella,
no para que la ofendais;
y si con traycion pensais,
que habeis venido á ofendella,
quexareme yo de vos,
pues me traheis engañado,
á castigar vuestro enfado
en mi casa.

D. SANCHO.

Vive Dios,
que á verla vine, y saber,
lo que de ella pretendí;
mas no es esta, la que aqui
busco.

URSINO.

¿Cómo puede ser,
si yo mismo la he trahido?

D. SANCHO.

No es ella, tras todo eso.

URSINO.

Hareisme, que pierda el seso.

D. SANCHO.

Vos, que yo pierda el sentido;
y el fin de esta confusion
es solamente pensar,
que dos se puedan errar,
ahunque dos tengan razon.
Y, pues que no he conseguido,
el haberme aqui informado,
y es vuestra casa sagrado,
de quien tanto me ha ofendido,
solo un remedio me queda.
Aqueste papel tomad,
y á quien él dice, buscad;
que yo espero en la alameda
del parque. Si ese saliere
solo, solo espero allá;
mas si por dicha, que irá
el otro amigo, dixere,
id vos tambien; que esto os pido,
por no ofenderos; que fuera
mal hecho, que á otro eligiera,
habiendo con vos venido,
y llevado el papel vos.
Dad luego al punto el papel,
y en el parque espero de él
la respuesta. A Dios. *vase.*

URSINO.

A Dios.

¡Qué confusion es aquesta,
tan extraña y tan cruel!
Pero quizás del papel
sabré mejor la respuesta.
¿Quién será aquesta persona,
á quien tengo de buscar?
Cielo, añade otro pesar,
porque á Don Juan de Colona
dice. ¡Vive Dios, que es
mi hijo, agresor de su agravio,
y que el amigo es Octavio!
Ponderar conviene pues,
qué he de hacer en este caso;
que perder el juicio temo,
si de un extremo á otro extremo,
y de una duda á otra paso.
Si doy á mi hijo el papel,
cierto su riesgo será:
si no, Don Sancho dirá,
que es cobarde. ¡Qué cruel
duda padezco! ¿Mas quien
abre á este quarto la puerta,
que corresponde á la huerta
del parque? El es; ya se ven
mas dudas. ¿Pues qué querrá
en este quarto? ¿Y qué ha sido,

el haber desconocido
Don Sancho á su hermana? Ya,
que no sé de mí, confieso,
ni pensar, ni discurrir;
y asi mejor será, ir
al atajo del suceso.

Salen Don Juan, Octavio y Celio.

D. JUAN.

Mi padre está aqui.

CELIO.

Por Dios,
que él te ha cojido en la trampa.

OCTAVIO.

Mucho lo siento.

CELIO.

Ya escampa
la fortunilla.

URSINO.

¡Pues vos
en este quarto!

D. JUAN.

¿Venia
á enseñar el quarto á Octavio?

URSINO.

No hace poco, el que un agravio
disimula. No querria,
le viese ahora, que está,
como no se habita en él

descompuesto, y asi de él,
os salid; que tiempo habrá,
de verle otro dia.

D. JUAN.

El aqui
por Lisarda defendió
la entrada.

OCTAVIO.

¿Sí, á Leonor vió?

D. JUAN.

No sé. Esto ha de ser asi.

Hace, que se va.

URSINO.

Ven acá; que me olbidaba
de un recado, que me han dado
para tí; que aqui un criado
de un amigo te buscaba,
para darte este papel,
sobre no sé que dinero
del juego, y dartele quiero,
sin mirar, lo que hay en él,
por no obligarme, á pagar
porte; que dicen, es bien,
que pague los portes, quien
abre la carta. Tomar
puedes el papel, y advierte,
que, si es algo, que has perdido,
lo que en él te se ha pedido,

lo cumplas, ahunque la muerte
te den, por cumplir, Don Juan,
ló que prometido hubieres;
que los nobles, como eres,
quando empeñados están,
han de salir del empeño,
ahunque les cueste la vida.
Ninguna cosa te impida,
pues de mi hacienda eres dueño.
No quede yo con sospecha;
que os mataré, vive Dios,
si me dixeren de vos
cosa, que no sea bien hecha.
Con esto salios afuera;
que cerrar aqui, es razon.
Cumpla con su obligacion, *ap.*
y mas que en el campo muera. *vase.*

OCTAVIO.

Con tan preñadas razones,
á discurrir, nos provoca.

CELIO.

Con la barriga á la boca
están todos.

D. JUAN.

Mis pasiones
de nuevo empiezan. ¿Qué haremos?

OCTAVIO.

Pues aqui, ¿qué hay ya que hacer,

Don Juan, sino abrir y leer
el papel? De él lo sabremos.

D. JUAN *leyendo.*

Por no saber, donde hallar á Octavio, os busco á vos, como mas conocido, y no menos culpado. Decidle de mi parte, que venga al parque, donde le espero; si solo, solo; y si con vos, con un amigo. Dios os guarde.

Pesame, de haber leido
recio el papel.

CELIO.

A mí no; *ap.*
que á trueco de saber yo,
lo que en él se ha contenido,
lo doy por bien empleado;
que no me habia de andar
todo el año, á adivinar,
siendo astrólogo criado.

D. JUAN.

Aquesto dice.

OCTAVIO.

Ya aqui
no tenemos, que pensar.
¿Va al parque esta puerta á dar?

D. JUAN.

Sí.

OCTAVIO.

Pues guiad por ahí
luego allá; porque, si ahora
en las razones advierto
de vuestro padre, es muy cierto,
que nada del caso ignora;
porque estar dentro del quarto,
echarnos á los dos de él,
darte el mismo ese papel,
¿qué mas desengaño?

D. JUAN.

Harto
me dixo: y asi me atrevo,
hacer, lo que él me mandó.
Pues dice, que pague yo,
vengo, á pagar, lo que debo.

CELIO.

¡Desafiados los dos!
Supuesto, que yo lo supe,
la Virgen de Guadalupe
hará las paces. A Dios. *vanse.*

Salen Vrsino y Don Sancho.

D. SANCHO.

Presto, á buscarme venis.
¿Qué hay?

URSINO.

Fui de vuestra parte
al caballero, y leyó

vuestro papel, sin turbarse,
ni dar muestras de disgusto
en la voz ni en el semblante.
Dice, que hará, lo que en él
le decis. Si solo sale,
reñireis solo con él;
si con otro, habeis de hallarme
á vuestro lado.

D. SANCHO.

Cumplis,
señor, en empresas tales
con la sangre, que teneis.

URSINO.

¿Sabeis vos, quál es mi sangre?

D. SANCHO.

Sé, que sois Ursino, y basta.

URSINO.

Pues no lo soy: nò os engañe
el nombre; que mi apellido
es otro.

D. SANCHO.

Bien engañarme,
puedo.

URSINO.

Bien se echa, de ver,
supuesto, que ahun ignorasteis,
que soy Ursino Colona,
y que soy de Don Juan padre.

Pero ya estamos acá.
Bien será, que solo os hallé;
por si acaso viene solo.
Vive Dios, que si no sale, *ap.*
que yo le he dar la muerte.

Salen Don Juan y Octavio.

OCTAVIO.

¿Don Sancho?

D. SANCHO.

Sí.

OCTAVIO.

El cielo os guarde.

D. SANCHO.

Solo el término le pido,
que he de tardar, en vengarme.

OCTAVIO.

En buena ocasion estais,
pues no lo estorbará nadie;
que el amigo, con quien yo
vengo, es, á quien enviasteis
el papel; y por saber,
que hay otro, que nos aguarde,
venimos los dos.

URSINO.

Es cierto.
Pues sois dos, los que llegasteis,
dos somos; que, á venir solo,
solo estubiera,

D. SANCHO.

A esta parte

te pon conmigo.

D. JUAN.

Señor,

pesame, de que asi agravies
la sangre, que tengo tuya.
Tú me la diste: tú sabes,
que supiera yo pagar,
como tú me aconsejaste,
mis deudas, y ya me ofendes,
si, á darme tu ayuda, sales.

URSINO.

Caballero, yo no sé
lo que decís, y admirarme
debo, de que me trateis
con respeto semejante.
Yo soy un hombre, que vengo
al lado, de quien me trahe.
No conozco otro en el mundo,
de quien yo deba acordarme;
que estando en esta ocasion,
yo nunca conozco á nadie.
Haced, vos lo que debeis,
sin que os turbe, ni embarace
nada, que yo me holgaré
de veros, en esta parte
cumplir las obligaciones,

que decís; que en semejante
caso un noble caballero
debe reñir con su padre.

D. JUAN.

No debe, ni hay ocasion,
que á eso pueda obligarle.

D. SANCHO.

¡Qué escucho! Perdido estoy.

URSINO.

¿Qué recelais?

D. SANCHO.

De mirarte;
sintiendo dentro de mí,
que ya es forzoso, dexarme.

URSINO.

Vive Dios, que si no fuera,
por dar zelos al infame
escrúpulo vuestro, aqui
en ese pecho ignorante
manchára este blanco acero.
Con vos vengo: no os espante
nada.

D. JUAN.

Perderé mil vidas
primero, Octavio, que os falte.
Señor, pues venís al lado
de Don Sancho, y me llevaste
el papel tú mismo, y yo

llamado vengo á la parte
tambien, al lado de Octavio,
y es fuerza, en empeños tales
sacar los dos las espadas,
si ellos las sacan, pensarse
debe algun medio, que escuse
entre los dos este lance.

URSINO.

Quando al lado de otro hombre
el que es caballero sale,
no ha de dar medio ninguno,
porque él para nada es parte.
Con Don Sancho vengo aqui.
Yo no soy mio este instante.
Bien dicho estará, y bien hecho
quanto hiciere y quanto habláre.
Si él riñere, he de reñir;
haré paces, si hace paces;
que yo, con quien vengo, vengo,
y aqui no conozco á nadie.

D. SANCHO.

De suerte vuestro valor
pudo, señor, admirarme,
que, por no empeñaros tanto,
mi honor, quisiera, que hallase
un modo, que el duelo escuse
mas estraño y mas notable,
que ha visto el sol hasta hoy.

URSINO.

Eso vos habeis de darle;
yo no; y si aqui permitiere,
que algun partido se trate,
será, porque estoy bien puesto.
Vos, que sois, el que llamasteis,
quando os volvais sin reñir,
porque no hay medio importante,
para que de reñir dexe,
quando otro á reñir me saque
llamado por un papel:::

D. JUAN.

Cuerdamente me avisaste
de la obligacion, que tengo;
pues soy, quien tubo esta tarde
el papel, y asi me toca
á mí el reñir, por hallarme
empeñado, en ser llamado.
Sacad la espada, y acabe
la duda; que, como yo
contra el pecho no la saque
de mi Padre, no rehuso
la ocasion; pues asi iguales,
cumplo yo de parte mia,
y él cumplirá de su parte.

Riñen Don Juan y Don Sancho; Octavio se vuelve contra Don Sancho, y Ursino se pone delante.

OCTAVIO.

Eso no me está á mí bien;
que, ahunque el papel enviasteis
á Don Juan, fui yo el llámado.

URSINO.

El tambien riñe; bien haces.
Pues que te llamó, conmigo
riñe tu.

OCTAVIO.

Fuerza es, que halle
disculpa, pues he de hacer
lo que con quien vengo, hace.

Salen Celio, el Gobernador, Leonor y Lisarda.

CELIO.

Llegad presto; que los quatro
dieron las hojas al ayre.

GOBERNADOR.

¿Pues qué es esto, caballeros?
Mirad, que estoy yo delante.

URSINO.

Vueseñoria pudiera
solamente reportarme,
como al fin Gobernador

que es de Verona.

GOBERNADOR.

Admirarme
debo, de ver en dos bandos
contrarios á hijo y padre.

URSINO.

A aquesto obliga el honor,
de quien á campaña sale
con otro; que este es precepto
de la ley del duelo.

GOBERNADOR.

Baste
para exemplo del valor
de vuestra invencible sangre.
Pero á los quatro, es forzoso,
dar una torre por carcel,
en tanto que se averigua
la ocasion.

LISARDA.

Todo es muy facil,
con saber, que de Don Juan
es Leonor, que está delante,
esposa, y de Octavio yo;
pues las dos por esta parte
desde la casa de Ursino
llegamos en este instante;
y que hagan los casamientos
hoy, señor, las amistades

entre Don Sancho, mi hermano
y Octavio, pide mas grave
lugar, porque son sucesos
dignos de elogio mas grande.

D. SANCHO.

Como mi honor se remedie,
yo le perdono la parte
de mi vida, que es lo menos
de mi ofensa. Como case
con Lisarda, soy su amigo
y hermano.

D. JUAN.

Pues, señor, sabe,
que el principio de su amor
fue, por solo acompañarme.

GOBERNADOR.

Si tan conforme amistad
hizo entre los quatro paces,
yo soy padrino de todos.

OCTAVIO.

Para que con esto acabe
la comedia, perdonando
sus defectos, ahunque grandes,
siquiera por el Autor,
que humilde á esas plantas yace.

